

DAVID ALEMAN

ALAS ROTAS

**ÉL QUISO TOCAR EL CIELO CON LOS DEDOS.
ELLA NO PUDO EMPEZAR A VOLAR.**

Lectulandia

Él quiso tocar el cielo con los dedos. Ella no pudo empezar a volar.

Marcos Ro es un hombre con un objetivo en la vida: llegar a ser líder de audiencia con su programa de sucesos. Para conseguirlo hará todo lo que sea necesario: manipular a los directivos de la cadena de televisión, engañar a la audiencia e, incluso, trepar a costa de su mujer, presentadora de la competencia.

Pero cuando llega el caso que tiene en vilo a todo el país, la desaparición de Olivia Carrasco, Marcos tiene que elegir entre su imparable ascenso mediático o dar a conocer una pista clave para encontrar a la joven.

Lectulandia

David Aleman

Alas rotas

ePub r1.0

Titivillus 01.04.2019

Título original: *Alas rotas*
David Aleman, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

1. FIN
2. MARCOS
3. DIANA
4. EL *CASTING*
5. LA CARRERA
6. LOS BOLOS
7. EL ENCUENTRO
8. LA UNIÓN
9. LA OPORTUNIDAD
10. DANIELA
11. EL FRAUDE
12. EL HUNDIMIENTO
13. EL DESPEGUE
14. *PRIME TIME*
15. GLAMUR
16. TÚ, TÚ Y YO, YO
17. OLIVIA CARRASCO
18. DESAPARECIDA
19. CULPABLE
20. PRUEBA DE VIDA

21. ADIÓS

22. SORPRESA

23. CASO CERRADO

24. LA MUERTE

*A mis padres, por el apoyo incondicional
en todo lo que hago.*

A María, con ella todo es posible.

A Paula y Mara, simplemente por vivir.

1. FIN

El coche de producción llegó puntual a la gran mansión familiar. Diana apuraba un zumo de naranja mientras devoraba la prensa. Todos los periódicos habían salido con la misma noticia. El famoso presentador Marcos Ro ocupaba todas las portadas. Ese día no se hablaría de otra cosa. Era paradójico que una estrella de la televisión acostumbrada a contar sucesos pasara a protagonizar uno de ellos.

Se quedó mirando a su hija fijamente. La pequeña estaba jugando con el iPad, ajena a todo. Pensó que debía tener una larga charla con ella, pero sería en otro momento. Antes tenía que resolver unas cuantas cosas. Jamás se imaginó que le fuera a costar tanto reunirse con el director general de la Policía. Todos los meses se veían al menos dos veces, pero ese día era diferente. Ese día la información que tenían que intercambiarse era la más importante de su vida.

El chófer le abrió la puerta del Mercedes negro. Al entrar en el vehículo, prefirió mirar al suelo antes de tener que cruzar su mirada con la de su empleado. De esa forma evitaba gestos de indiferencia disfrazados de condolencia.

De camino al trabajo, a Diana se le agolpaban los recuerdos, las sensaciones y los sentimientos. Una mezcla de tristeza, pena y alegría. Iba a ser una jornada muy larga. Recordó el día que conoció a Marcos. Fue curioso pensar que la televisión les unió y también les separó. Se habían querido mucho. Se habían apoyado de tal forma que el éxito de uno no hubiera sido posible sin la ayuda del otro. Hubo un momento en que fueron invencibles. Dos personas con tanta afinidad que parecían una sola. Les gustaba lo mismo, tenían las mismas ambiciones, los mismos planes de futuro. Cuando uno de los dos avanzaba, tiraba del otro y los dos ganaban. Fueron progresando a la vez, hasta llegar a un éxito que jamás imaginaron. Lo que nunca pudo recordar fue el momento en que todo eso cambió. La vibración más imperceptible es capaz de provocar la bifurcación del camino, creando con el

paso de los años dos vidas totalmente alejadas. Nunca adivinó cuál fue esa vibración. El castillo de sueños que construyeron se derrumbó y ninguno de los dos fue capaz de desescombrarlo. Siempre quedaron añicos de reproches, envidias y traiciones.

Se había prometido no soltar ni una sola lágrima, pero los esfuerzos no fueron suficientes. Al fin y al cabo, fue el hombre de su vida. Le dio lo que más quería en el mundo, su hija. Y si había llegado tan lejos, y si en algún momento había sido feliz, fue gracias a él. La mezcla de sentimientos, nostalgia y melancolía se quedó en el coche. Nada más pisar la acera, parecía otra. Dejó la persona para convertirse en la estrella. Levantó la cabeza, miró al frente y se metió en la piel de la prestigiosa presentadora que era.

En cuanto entró en los estudios, se le dibujó una media sonrisa en su cara. Estaba decidida. Lo tenía claro. Ese día volvería a ser la reina, daría un golpe en la mesa y recuperaría el terreno perdido. El golpe de efecto sería espectacular. Se sentó delante de las cámaras aparentando tranquilidad. Los focos que la alumbraban le transmitían un calor que no sentía. Por el pinganillo escuchaba la cuenta atrás.

—3, 2, 1... Dentro cabecera.

Oía la sintonía de su programa a la vez que su corazón desbocado. Cuando por el rabillo del ojo vio que estaba en imagen, comenzó a hablar.

—Buenas noches, esta mañana han asesinado a mi marido. Esto es *Diana en directo*. ¡Comenzamos!

2. MARCOS

20 de noviembre de 1975.

—«Españoles, Franco ha muerto».

Ese día saltaron muchas lágrimas. Unas de tristeza y otras de alegría. La muerte del dictador ponía fin a un ciclo y donde muchos veían una oportunidad, otros veían el miedo. Las lágrimas de Catalina y Esteban eran bien diferentes. Eran de felicidad absoluta. Poco les importaba la llegada o no de un nuevo régimen político. Ese día lo único que existía en su mundo era la llegada de su primer hijo. Llevaban años esperándolo pero no acababan de poner la guinda a un pastel que habían elaborado ambos a base de mucho amor, esfuerzo y sacrificio. Era una pareja feliz, habían conseguido formar un hogar y solo les faltaba la alegría de un bebé. Cuando nació Marcos, el matrimonio estaba pletórico. Desde el primer momento que le vieron la cara supieron que harían todo lo posible para que no le faltara de nada. Les daba igual el rumbo que siguiera España. El mundo que realmente les importaba estaba cerca del Retiro, en una casa comprada diez años atrás, a la que llegaban ahora con una nueva vida.

Marcos vivió siempre entre algodones. Sus padres le colmaban de todo tipo de caprichos. Aunque la economía no les daba para grandes lujos, nunca les faltó de nada. Acudía a diario a un prestigioso colegio cercano a su casa. No fue un estudiante brillante pero tampoco tuvo excesivos problemas. Lo dejaba todo para el último día, que era cuando se pegaba la panzada a estudiar. El aprobado para él era más que suficiente. Un alambre muy fino por el que caminaba que le hizo tropezar unas cuantas veces. Los suspensos no les sentaban nada bien a sus padres, que veían cómo su hijo desaprovechaba su talento y su inteligencia y aprovechaba al máximo su vagancia.

Tenía un cuerpo atlético. Pasaba muchas horas haciendo deporte. Se había inscrito en el equipo de fútbol del colegio y todas las tardes se quedaba después de la clase a entrenar. Se le daban bien los deportes, y era muy bueno jugando al fútbol. Tanto es así que llegó a jugar con los juveniles del Real Madrid. Esteban estaba feliz. Acompañó a su hijo a todos los entrenamientos

y estaba seguro de que le harían la ficha. Finalmente no fue así. Le dijeron que tenía un gran potencial pero que debería seguir mejorando en su equipo del colegio. Fue una gran decepción para los dos. Ambos ya se imaginaban acudiendo a la Ciudad Deportiva para jugar partidos oficiales los fines de semana. Marcos se siguió esforzando en su equipo de toda la vida porque le dijeron que había veces que el Madrid enviaba a sus ojeadores a ver los partidos de fútbol de aquellos jugadores que habían entrenado con el equipo blanco para observar su evolución. Eso nunca sucedió. A Marcos jamás le volvieron a llamar. La única relación que tuvo con el Madrid desde ese momento era cuando acudía con su padre al Santiago Bernabeu para ver a Hugo Sánchez, su gran ídolo de la infancia. Poco a poco fue perdiendo el interés de practicar un deporte, que sabía que no le iba a reportar nada en el futuro.

Marcos también tenía un gran físico. Eso le hizo muy popular en el colegio. Cuando era pequeño, algunos familiares decían que era tan guapo que parecía una niña. En la adolescencia ya nadie dudaba de su género, aunque seguía siendo tremendamente atractivo. Raro era el fin de semana que no saliera con alguna chica. La efervescencia de sus hormonas se imponía a las neuronas del buen gusto. Le daba igual ocho que ochenta. A su madre, Catalina, no le gustaba tanta promiscuidad y muchas veces discutió con él sobre este tema.

—Deberías hacerte valer más. Eres capaz de enrollarte con el palo de una escoba si tiene falda.

—Mamá, soy joven y tengo la suerte de que gusto a las chicas. ¿Por qué tengo que privarme? Estoy disfrutando. No creo que haya nada malo en ello.

Desde el punto de vista de un chaval joven, no había nada que objetar, pero su madre quería lanzarle un mensaje de vida.

—Mira, Marcos, todas las cosas exclusivas que existen en el mundo tienen un alto precio y son pocas las personas que pueden acceder a ellas, ya sea porque son muy caras o porque son difíciles de conseguir. Si tú estás al alcance de todo el mundo, nunca serás exclusivo. Utiliza tu talento, tu físico y tu cabeza. ¡Hazte valer! —exclamó Catalina.

Marcos entendió el mensaje a su manera. Se dio cuenta de que su madre tenía razón y que podía sacarle mucho partido a su atractivo. Había una asignatura que se le atragantaba y pensó que era el momento de utilizar su talento, su físico y... no se acordaba muy bien de cómo acababa el consejo de su madre, pero le dio igual, tenía claro cuál iba a ser su objetivo desde ese momento: la profesora de inglés.

Los idiomas nunca habían sido su fuerte. La mayoría de las veces prefería quedarse con algunos amigos en el Retiro que acudir a clase de inglés. Lo único que le gustaba de esa asignatura era Fabiola. Una chica joven, recién salida de la universidad, con muy mal genio pero con un tipazo que volvía locos a sus alumnos. De cara no era muy allá, pero era rubia, delgada, alta, y los pantalones vaqueros le quedaban fenomenal. Suficiente para todos esos chavales que acababan de descubrir que no les hacía falta nadie para pasar un buen rato en la intimidad. Solo bastaba con algo poco de imaginación.

Marcos quiso ir un poco más allá. Quiso hacer realidad sus fantasías. Hasta el momento no se le había resistido ninguna de sus compañeras. Algunas eran de cursos superiores con dos o tres años más que él, otras incluso tenían novio. Daba igual, todas se rendían a sus encantos. Cuanto más difícil parecía la chica, más le gustaba a Marcos. Se jactaba entre sus amigos de haberse acostado con Danae, la chica más popular del colegio. Danae era una mala estudiante que había repetido dos veces, pero con un físico espectacular. No solo era guapa sino que además tenía unos pechos enormes. Le gustaba vestir con poca tela; minifalda y top cuando hacía buen tiempo, y minifalda, top y cazadora cuando hacía frío. Eso hizo que tuviera fama de irse con el primero que le decía «ole». Lo cierto es que le gustaba provocar y después dar calabazas a todo el que se le acercaba. Con Marcos hizo una excepción. Un viernes, después de tomar un par de copas, Marcos la acompañó a su casa y en el portal consiguió quitarle el top.

Pensó que el siguiente paso era seducir a su profesora de inglés y tal vez así aprobar en junio la asignatura. Había oído historias de otros alumnos que habían hecho algo similar con otras profesoras. Había quien aseguraba que un antiguo alumno había sido expulsado y la maestra en cuestión denunciada. Probablemente se trataba de leyendas urbanas, historias que nunca existieron y que se habían ido transmitiendo de boca en boca desde que algún chaval se lo inventó aunque nunca tuviera el valor de intentarlo.

A medida que pasaban los años, Marcos estaba más seguro de sí mismo y no tuvo ninguna duda de que ese curso sacaría sobresaliente en inglés a pesar de no tener ni idea de lo que era el genitivo sajón.

Quedaban pocos meses para acabar COU y presentarse a la selectividad. Iba aprobando todas las asignaturas pero la lengua extranjera seguía siendo su talón de Aquiles. Ese día, inglés tocaba a primera hora. Fabiola llegó, como siempre, cuando todos los alumnos estaban sentados. Desfilaba como una modelo ante la mirada lasciva de algunos e inocente de otros. Marcos pensó que lo hacía aposta para exhibirse. También pensó que nunca antes se había

planteado esa teoría. Pero ese día era especial. Ese día comenzaba la operación «aprobar inglés» y cualquier movimiento que hiciera Fabiola a Marcos le parecía una provocación. Era su forma de convencerse de que le resultaría fácil ligarse nada más y nada menos que a la profesora de inglés.

No desperdició ni un minuto. La primera vez que Fabiola cruzó la mirada con él, Marcos no apartó la vista y le dedicó una sonrisa. Fabiola no le dio la más mínima importancia. Sabía que Marcos no hacía ni caso en sus clases, que siempre pensaba en sus cosas en lugar de atender. La mayoría de las veces que le preguntaba por algo que estaba explicando, no sabía qué responder porque ni siquiera la había escuchado. Cuando le vio sonreír, creyó que se habría acordado de algo gracioso.

—Señor Rodríguez, nos puede contar a todos qué es eso tan gracioso por lo que no puede dejar de sonreír.

Oh, oh. Esa reacción no era nada buena, pensó Marcos. Siempre le habían dicho que tenía una sonrisa perfecta. Era la primera vez que alguien se enfadaba después de esbozar su plato fuerte.

—No me trate de usted, señorita, llevamos prácticamente un año juntos. Creo que hay confianza suficiente para que me llame por mi nombre.

Pensó que lo primero que tenía que hacer era romper la barrera del tratamiento formal. Volvió a sonreír.

—Señor Rodríguez, no se le ocurra volver a decirme cómo le tengo que llamar. Es cierto que llevamos casi un año en esta clase, pero no tenemos ninguna confianza, entre otras cosas, porque usted está siempre en la inopia mientras yo doy las clases. Así que deje de pensar en eso que le hace tanta gracia y atienda.

Marcos se dio cuenta de que era muy difícil ligar a primera hora de la mañana. Esa misma sonrisa por la tarde no hubiera fallado.

Una de las características de Marcos era su tozudez. Cuando se le metía algo en la cabeza no paraba hasta conseguirlo. Este reto de seducir a su profesora le entusiasmaba. Ya no lo hacía por aprobar la asignatura. Era una cuestión de orgullo, de saber cuánto valía. Siguiendo el consejo de su madre, iba a ser exclusivo. Seguramente no había muchos alumnos que tuvieran a su profesora al alcance.

Esperó al viernes de esa misma semana. Ese día, la clase de inglés era a última hora de la tarde. A esas horas el cuerpo ya tiene ganas de fin de semana. Marcos pensó que Fabiola estaría más receptiva.

Igual que hizo en el primer intento, en cuanto la mirada de Fabiola colisionó frontalmente con la suya, Marcos sonrió. Pero esta vez midió sus

movimientos. Bajó la cabeza para tener que mirar de abajo arriba. Mintió al poner un gesto tímido y ruborizado. Dibujó media sonrisa sin llegar a abrir los labios y levantó las cejas casi de forma imperceptible. Fabiola retiró su mirada. Se dio cuenta de que esa sonrisa no era de un alumno despistado. Esa sonrisa se la había dedicado a ella con toda la intención, aunque no sabía exactamente cuál era. El caso es que la descolocó, incluso se llegó a poner nerviosa. Dejó pasar un tiempo prudencial y volvió a mirar a Marcos mientras recordaba casi como un robot las *WH Questions*. Algo le golpeó en el estómago cuando vio al muchacho mirándola fijamente con una nueva sonrisa. Esta vez no era tímida, era de frente. Era una sonrisa amplia, semiabierta. Un gesto que transmitía felicidad, ilusión. La sonrisa infantil de un alumno, pero, a su vez, la de un hombre que la devoraba con la mirada. Las mariposas revolotearon más fuerte en su tripa cuando pensó que esa sonrisa... era preciosa.

Cuando llegó a su casa, no podía quitarse de la cabeza lo que había ocurrido esa tarde. No se explicaba cómo había sido posible. Habían sido dos cruces de miradas. La primera, fugaz pero suficiente para ponerla en alerta. La segunda, más larga, fue la que le rompió los esquemas. Tenía la seguridad de que nunca antes un alumno había seducido de esa forma a su profesora. Tenía una sensación de euforia y de ilusión que se sobreponía a la de responsabilidad y al miedo de saber que eso no era correcto. Pero le dio igual, sabía perfectamente cuál había sido siempre su objetivo: ser feliz. Y en ese momento, la mirada de ese alumno había conseguido que se sintiera viva.

Cuando esa noche se metió en la cama, abrazó a su marido y lo besó. Cogió sus manos y las colocó debajo de su camiseta, a la altura de sus pechos. Fabiola cerró los ojos e imaginó que quien le acariciaba ahora la zona pélvica era su alumno con la sonrisa perfecta. Esa noche hicieron el amor los tres. En la cama, los que se movían al compás eran Fabiola y su marido, pero fue Marcos, con su sonrisa, quien le provocó el orgasmo.

A la semana siguiente, Marcos fue a por todas. Se dio cuenta de que Fabiola se había sonrojado el viernes anterior. Había conseguido lo más difícil, romper la barrera que existe entre profesora y alumno. Fabiola le miraba como cualquiera de las chicas que se ligaba el fin de semana. No podía dejar enfriar la situación. Tenía que lanzarse. El lunes y el martes siguió dedicándole sonrisas y miradas, que ella aceptaba de buen grado. El miércoles echó el órdago. Cuando quedaban cinco minutos para que acabara la clase, se levantó y se dirigió a la mesa de la profesora:

—Señorita, mi madre me ha dicho que le pida una tutoría para este viernes después de las clases.

Pensaba que el corazón se le iba a salir por la boca. De haber sido así, hubiera caído al mismo sitio que el de Fabiola, que estaba igual de nerviosa. La profesora sabía que era mentira, que su madre no iba a acudir a esa tutoría. Era muy consciente de que a su despacho solo iría Marcos con sabe Dios qué intención. Pero también se dio cuenta de que en ese momento estaba tremendamente excitada. Miró fijamente los ojos verdes de Marcos y le dijo:

—Está bien. Dile que venga a mi despacho el viernes a las seis.

Marcos esbozó una sonrisa. Esta vez no era ni seductora ni tímida, era pícaro y triunfante. Sin apartar sus ojos de ella, le respondió:

—Allí estaré. —Y tras una pequeña pausa, y medio riendo, añadió—: Con mi madre. —Se dio la vuelta y se fue.

Ese viernes, Fabiola no cruzó la mirada ni una sola vez con Marcos. Eso le dejó un poco descolocado. No sabía si era por timidez, si se había arrepentido de tener esa «tutoría» o simplemente si él había malinterpretado todo. Era ya muy tarde para echarse atrás. Pasara lo que pasara, tenía que intentarlo. Después de clase estuvo haciendo un poco de tiempo en el campo de fútbol con algunos amigos. Cuando quedaban cinco minutos para las seis, ya no había mucha gente por el cole y decidió dirigirse al despacho de la profesora. No sabía cómo le iba a recibir cuando entrara sin su madre, así que empezó a buscar excusas por si la cosa no salía como él esperaba. Llegó a la puerta del despacho. Tenía una mezcla de nervios y emoción. Si salía mal, podría ser expulsado del colegio, pero si salía bien... Puf, solo de pensarlo, se le empezó a acelerar el corazón que le latía tan fuerte que no llegó a escuchar sus nudillos contra la puerta.

Toc, toc, toc.

3. DIANA

22 de octubre de 1978.

—«Con frecuencia el hombre actual no sabe lo que lleva dentro, en lo profundo de su ánimo, de su corazón. Muchas veces se siente invadido por la duda que se transforma en desesperación. Permitid, pues, os lo ruego, os lo imploro con humildad y con confianza, permitid que Cristo hable al hombre. ¡Solo Él tiene palabras de vida, sí, de vida eterna!».

Mientras el recién nombrado papa alumbraba a sus fieles con estas palabras en su primera homilía desde la plaza de San Pedro, en Roma, Laura alumbraba en el hospital a su quinta hija, Diana. Durante el embarazo surgieron algunos problemas, así que nació con muy poco peso y tuvieron que llevarla rápidamente a la incubadora. Laura era muy católica y se encomendó al nuevo pontífice para que su hija saliera adelante. Para ella no era casualidad que Diana naciera el mismo día en el que Juan Pablo II mandara al mundo un mensaje de fe.

Fueron unos meses complicados para Laura y Roberto. Tuvieron que repartir al resto de la prole por diferentes casas. Abuelos y tíos se hicieron cargo de los pequeños mientras ellos se volcaban en visitas al hospital y cuidados a su hija. Desde muy temprano, Diana aprendió a ser fuerte. En esos momentos luchaba para sobrevivir, durante toda la vida lo hizo para triunfar. Cuando, por fin, la pudieron llevar a casa, hicieron una gran fiesta. Por un lado, festejaban la llegada de una nueva bebé y, por otro, agradecían el apoyo incondicional de la familia.

La pequeña de cinco hermanos tiene que ser muy rápida en todo. Para mamar no solo le basta con llorar. Su llanto tiene que ser el primero para no compartir con sus hermanos la atención de sus padres. Lo mismo pasa en las conversaciones. Como espere a que hablen todos, el comentario de la más pequeña ya no suele interesar a nadie. O habla rápido o la respuesta se la da el silencio. Para comer, además de rápida, tiene que ser egoísta. Si algo le gusta,

tiene que comérselo en ese momento, aunque no tenga apetito, porque si espera a que le apetezca, probablemente ya no quedarán ni las migas.

Todos estos aspectos marcaron el carácter de Diana. Desde niña quiso ser la mejor. Era la única forma de desmarcarse de sus hermanos.

En el colegio fue una alumna modélica. Se le daban bien todas las asignaturas y no bajaba del sobresaliente de media. Tener un notable le ocasionaba un disgusto. Se encerraba en su cuarto y se pasaba las tardes estudiando. No le suponía un gran esfuerzo, por eso era muy generosa con sus compañeros y no le importaba prestarles apuntes o esquemas que ella misma realizaba para facilitar el estudio. Al salir de clase solía quedar con alguna amiga para darle clases particulares. Ante los buenos resultados de sus improvisadas alumnas, cada vez eran más los compañeros que reclamaban su ayuda para preparar los exámenes. Algunos porque querían realmente aprobar, otros simplemente para estar cerca de ella. Diana era tremendamente atractiva. Tenía una belleza propia de una princesa de cuento. Rubia con el pelo largo, tez blanca, suave y con unos ojos grandes y verdes. Pero lo que más encandilaba a sus compañeros era su simpatía. Siempre estaba de buen humor. Hasta las calabazas las repartía con una sonrisa perfecta, lo que hacía que se enamoraran aún más de ella.

Una vez estaba en la biblioteca del colegio con Jaime, el típico compañero gracioso que todos quieren tener en sus fiestas pero ninguno en su grupo de trabajo. Jaime le había pedido que le ayudara a preparar el examen de lengua del día siguiente. Entre gracia y gracia nunca se había parado a pensar la diferencia que había entre las oraciones subordinadas y coordinadas. Diana se reía a diario con su compañero y creyó que ayudarlo para que aprobara el examen era una buena contraprestación. Ella se tomaba muy en serio sus clases particulares. Dedicó una hora y media a explicarle con ejemplos el análisis sintáctico de las oraciones compuestas. Para sorpresa suya, Jaime permaneció serio y atento durante toda la clase. Hasta que llegó el momento de ponerlo a prueba.

—Escribe una frase compuesta y analízala sintácticamente —le propuso Diana.

Jaime se tomó su tiempo. Estuvo unos cuantos minutos concentrado sin escribir nada. Diana pensó que su compañero no sabía ni por dónde empezar. Le dio pena. Había personas que por mucho que les explicaras no valían para los estudios. Cuando iba a poner punto y final al suplicio de su compañero, Jaime cogió el lápiz y escribió: «Esta ha sido la mejor tarde de mi vida porque estoy enamorado de ti».

Diana se puso roja. Pero no porque se hubiera ruborizado sino porque estaba muy enfadada. Sentía que había perdido el tiempo. Una hora y media tirada a la basura.

—¡Jaime, me pareces un auténtico egoísta! Tengo muchas cosas que hacer, ¿sabes? He dedicado media tarde a ayudarte y en lugar de prestarme atención e intentar aprender, me sales con esto. ¿Te crees que estamos en una de esas discotecas a las que vas para ligar conmigo? Ahí te quedas. Suerte con el examen de mañana.

Nada más levantarse de su silla, Jaime la agarró de la muñeca, la miró a los ojos y le dijo:

—Es una oración compuesta subordinada adverbial causal. —Se hizo el silencio.

Diana se sentó, leyó de nuevo la frase y se volvió a poner roja. Pero esta vez sí se había ruborizado. El ejercicio era correcto. Jaime no apartaba la mirada de ella. Diana se dio cuenta, por eso no se atrevió a levantar la vista del cuaderno y mirarle a los ojos. Estaba avergonzada. Acababa de meter la pata hasta el fondo. «Maldita engreída», se decía para sí una y otra vez. Finalmente, con un hilo de voz, logró pronunciar:

—Muy bien, Jaime, la frase es correcta. Perdona mi salida de tono.

—No te preocupes. No ibas muy desencaminada, también es lo que siento —confesó el joven.

Esta vez la reacción de Diana fue distinta. En esta ocasión no se enfadó sino todo lo contrario. Aquella declaración le hizo gracia. Tenía que reconocer que había sido muy original. A sus diecisiete años fueron muchos los que habían intentado besarla pero ninguno lo había conseguido. Diana los había rechazado a todos, casi sin pensarlo, de forma automática. Ella estaba centrada solo en sus estudios y no tenía ganas de perder el tiempo con ningún chico. Pero esta vez fue diferente. No lo había visto venir. El gracioso de la clase, el último chico en el que se hubiera fijado había logrado sorprenderla. Y no solo eso, también había conseguido ruborizarla. El ingenio con el que se había declarado le había gustado. Jaime seguía mirándola fijamente y ahora ella no apartó la mirada. En ese momento, por primera vez, le pareció atractivo. Le invadió el deseo de besarlo en la boca. Sintió algo que nunca antes había sentido y le empezó a entrar miedo. Siguió clavando sus ojos en los de él y esbozó una sonrisa perfecta.

—Eres un encanto, Jaime, pero lo que más ilusión me hace ahora mismo es que mañana apruebes el examen. Cuando llegues a casa, repasa todo lo que te he explicado.

Y segura de que lo que acababa de hacer era lo correcto, se levantó, le dio un beso en la mejilla y se fue.

Diana escribía en la revista del colegio. Era una publicación mensual dirigida por antiguos alumnos y en la que participaban todas aquellas personas que, como ellos mismos decían, formaban la familia escolar. Alumnos, profesores, padres de alumnos, entrenadores de los equipos deportivos, director, jefe de estudios... Todos estaban invitados a llenar algunas de las páginas de la revista. Como suele ocurrir en todos los casos en los que se pide implicación, poca gente solía colaborar. Cuando te ponen algo al alcance y fácil de conseguir, pierde el interés. Al final, escribían los cuatro de siempre, y Diana era una ellas.

La revista recogía la vida en el colegio, las novedades, los triunfos deportivos y académicos, la jubilación de algún profesor, las anécdotas más curiosas o simplemente la reflexión del que escribía el artículo. Se amenizaba con fotografías de los recreos, de las excursiones o de las actividades extraescolares. Tenía bastante aceptación y a los alumnos, aunque no se implicaran en ella, les gustaba leerla y enterarse de todo lo que ocurría. Diana escribía francamente bien. Le hacía mucha ilusión cuando algún compañero, al que nunca había visto, la paraba para hablarle o felicitarla por algo que había escrito en la revista. Cuando ocurría, le gustaba fantasear con que era un personaje famoso al que paraban por la calle sus fans. Existía un grupo de alumnos que siempre leían sus artículos. Eran sus admiradores y cada mes tenía más. Comprobó que, de alguna forma, tenía cierta influencia sobre ese grupo y pensó que tenía que escribir sobre cosas relevantes. Tenía un altavoz y no iba a desaprovecharlo. Decidió realizar una crítica implacable de todo aquello que a su juicio no estuviera bien.

Consiguió sacar los colores a más de un profesor a medida que iba ganando más lectores. La crítica contra el orden establecido siempre vende más que la complacencia. Fue muy sonada la columna que le dedicó a don Julián, el profesor de Historia. Un hombre histriónico que chillaba de forma exagerada cuando reñía a algún pobre que había osado hablar más de la cuenta en su clase. Aprovechaba para ridiculizar a su presa llegando a la humillación y cayendo a veces en insultos e incluso en el coscorrón. El mensaje calaba hondo porque eran pocos los que se atrevían a abrir la boca mientras explicaba la lección, pero la forma no era la correcta y Diana lo puso en la picota:

DÉJATE DE HISTORIAS

Hay quien mira tanto al pasado que se olvida de estar en el presente. Bucea tanto en el «de dónde venimos» que ha dejado de pensar en el «a dónde vamos».

Sus gritos y gestos sobreactuados reflejan la debilidad de alguien que se envalentona en clase porque seguramente en casa no le dejan.

Querido profesor, no es bueno aguantar. Es mejor abrir la válvula de la olla exprés para ir aminorando la presión. Si no, estallas con los que no tienen la culpa, tus alumnos.

No se necesita un personaje histriónico para contar la vida de un personaje histórico.

En el país en el que vivimos no se le corta la mano al que roba, ni se lapida a la infiel. En los tiempos que corren la regla solo sirve para medir, no para castigar.

Explique la historia, pero no viva en ella.

La letra con sangre no entra y la historia con histeria tampoco.

Diana Bex

15 de abril de 1996, COU A

El artículo hizo que creciera exponencialmente la popularidad de Diana. No solo había escrito lo que muchos pensaban sino que además se había atrevido a publicarlo. Algunos alumnos no podían contener la risa cuando se cruzaban con don Julián, que no ocultó su indignación ante la dirección del centro por haber permitido que una alumna le dejara en evidencia en público. Cuando el profesor se reunió con el director del colegio para que prohibiera el artículo, se llevó un gran chasco.

—En este colegio inculcamos a nuestros alumnos lo beneficioso que es para la sociedad la democracia y la libertad de expresión. No pienso traicionar los valores que promulgamos censurando un artículo.

Ante las palabras del director, el profesor protestó.

—¿Qué tontería es esa de la libertad de expresión? Estamos en un colegio donde lo que hay que divulgar es la educación y sobre todo el respeto a la autoridad —exclamó airado, como si regañara a uno de sus alumnos al hablar en mitad de la clase.

—No quiero volver a hablar de este tema. Si no está de acuerdo con mis decisiones, está en su derecho de dejar este centro. Pero si se queda, y sigue impartiendo sus clases de historia, le aconsejo que sea más condescendiente con sus alumnos o de lo contrario seré yo el que esté en mi derecho de apartarle de su puesto.

Pronto se corrió la voz de que el profesor de historia, perdón, de historia, había recibido un ultimátum por parte del director. Don Julián decidió emplearse a fondo para desprestigiar a Diana y que su nota media bajara considerablemente. Intentó por todos los medios que suspendiera en junio y que tuviera que esperar a septiembre para presentarse a la selectividad. Don

Julián sabía que cualquier movimiento que hiciera directamente contra Diana le pondría en evidencia. De todos era sabido que desde que se publicó el artículo, la animadversión hacia su alumna era patente. Se reunió con el profesor de matemáticas con el que mantenía una buena amistad y no le dijo la verdad cuando le contó de lo que se había enterado.

—El director me ha dicho que no piensa coartar la libertad de expresión y que Diana le ha reconocido cuál va a ser su siguiente víctima. Ahora resulta que esta mocosa tiene vía libre para realizar su particular caza de brujas. No lo podemos permitir —aseguró don Julián.

Don Emilio, el profesor de matemáticas, se temió lo peor.

—¿Y quién es su siguiente víctima?

—Nadie. No lo vamos a consentir. El siguiente artículo que piensa escribir es para ridiculizarte a ti —mintió—, pero vamos a impedirlo.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó don Emilio, preocupado.

—Tienes que ir un paso por delante de ella. Adelanta el examen final de matemáticas y asegúrate de que no lo apruebe. Después del suspenso no podrá escribir nada en tu contra o perderá su credibilidad. Todo el mundo pensaría que ha utilizado la revista del colegio para vengarse por la mala nota. Su suspenso será tu salvaguardia.

A Diana nunca se le dieron demasiado bien las integrales, el logaritmo neperiano o las derivadas, pero no se podía creer que hubiera sacado el primer suspenso de su vida y en el momento más inoportuno, a las puertas de la selectividad. Lejos de desmoralizarse, pidió la revisión del examen y se dio cuenta de que las explicaciones del profesor no se sostenían.

El examen no era una obra de arte pero sí podía haberlo aprobado de sobra. Intuyó que había algo más en ese suspenso y decidió llegar hasta el final. Sabía que la sombra de don Julián planeaba sobre el resultado del examen y que el suspenso era, de alguna forma, la consecuencia de su artículo. Por primera vez entendió la importancia de los medios de comunicación. Se dio cuenta del poder que tenía la prensa, aunque fuera la simple revista de un colegio, y de cómo podía cambiarlo todo. Comprobó que un simple artículo puede desencadenar un torrente de acontecimientos inesperados provenientes de los sitios más insospechados. Y, sobre todo, descubrió una nueva arma poderosa que se carga con tinta y con papel, de la que ya no se iba a desprender nunca. En ese momento supo que dedicaría su vida al periodismo para contar la verdad y luchar contra las injusticias y la corrupción. Y, por supuesto, no se iba a dejar intimidar por las represalias. Su primera batalla estaba a punto de empezar ahí mismo, en el colegio, contra

don Julián. Diana acababa de saborear las mieles y las hieles de algo que marcaría su vida para siempre: el cuarto poder.

4. EL CASTING

—¡Adelante! —se oyó desde el interior del despacho.

Marcos abrió la puerta y entró decidido, como si controlara la situación. Fabiola permaneció sentada en su silla, detrás de la mesa. Marcos se colocó justo delante, y aunque quiso aparentar más edad de la que tenía, le delató la frase que pronunció:

—Hola. Mi madre no me ha podido acompañar.

Fabiola sonrió. Hacía unos minutos estaba muy nerviosa pero en ese momento se tranquilizó. Empezó a disfrutar de la situación.

—¿Acaso le llegaste a decir a tu madre que teníamos esta reunión?

Marcos se dio la vuelta, cerró la puerta del despacho y echó el cerrojo. Al volverse vio que Fabiola se había levantado y se había situado delante de la mesa, medio sentada en el borde. Marcos se paró un instante para observar a su profesora de inglés. Le gustó cómo iba vestida. Una camisa blanca con los tres primeros botones desabrochados. Una falda negra que le llegaba por encima de la rodilla pero que, al estar apoyada en la mesa, se le había subido un poco, mostrando parte de sus muslos. Unos zapatos negros de tacón y el pelo semirrecogido. Marcos se acercó a ella y mirándola fijamente a los ojos, le dijo:

—Los dos sabemos que mi madre nunca iba a venir a esta reunión.

Fabiola no acertó a contestar, tan solo cogió un poco de aire por la nariz y lo echó por la boca, como un pequeño jadeo producto de la mezcla entre excitación y nerviosismo.

Marcos decidió que lo mejor era pasar a la acción y no decir nada más. Apoyó suavemente sus manos en los muslos y las fue subiendo por el lateral de las piernas. De repente sus nervios se convirtieron en deseo. Él también necesitó coger más aire de lo normal. El corazón comenzó a bombear la sangre a toda velocidad y notó una erección vertiginosa. Mientras las manos seguían subiendo por las piernas hasta introducirse por debajo de la falda y llegar al borde de las bragas, vio cómo Fabiola miraba hacia abajo

mordiéndose el labio inferior. Agarró con fuerza la ropa interior y empezó a tirar de ella para deshacer el recorrido que acababan de trazar sus manos. Inmediatamente después de tirar las bragas al suelo, le subió la falda hasta la cintura, le abrió las piernas para meterse entre ellas y comenzó a besar apasionadamente a su profesora. Ella aprovechó para desabrocharle el cinturón primero, y los botones del vaquero después, e introdujo su mano debajo del calzoncillo.

Marcos no daba crédito a lo que estaba pasando. Tantas veces había fantaseado con una situación así que le parecía mentira que estuviera ocurriendo de verdad. Fabiola, su profesora de inglés, el deseo de casi todos los alumnos, le acariciaba su pene mientras él lamía su cuello a la vez que agarraba su culo con fuerza. En ese momento, empujó a Fabiola para que quedara totalmente tumbada en la mesa. Le desabotonó la camisa y le subió el sujetador para poder besarle los pechos. Después recorrió con la boca su cuerpo desnudo hasta llegar a su sexo y saborear su excitación. Sabía que esa situación no se iba a repetir muchas veces, así que quiso aprovecharla al máximo. Hacía unos minutos que Fabiola se dejaba hacer. Estaba disfrutando del momento estando a merced de su alumno. Marcos le dio la vuelta e hizo una pausa para observar la escena con detenimiento. Quería que esa imagen se quedara grabada para siempre en la retina. Su profesora, a la que tanto había deseado, echada en la mesa de su despacho, boca abajo, ofreciéndose y esperando a ser penetrada. Marcos no la hizo esperar demasiado. Se bajó los pantalones, le agarró la cintura y la penetró. El vaivén apenas duró un par de minutos. Cuando alcanzó el orgasmo, estaba profundamente orgulloso de sí mismo. Había hecho realidad su sueño y el de todo el alumnado. Había protagonizado lo que se convertiría en una nueva leyenda en el colegio. Como diría su madre, había conseguido algo exclusivo que no estaba al alcance de ninguno de sus compañeros. Aunque intuía que ella no estaría muy orgullosa de esa conquista. Pero lo más importante era que había logrado su objetivo. Estaba seguro de que en ese momento acababa de aprobar inglés... y con nota.

Después del clímax, la sangre volvió a repartirse por el cuerpo y llegó la sensatez, la vergüenza por el desnudo, el miedo por si les veían, el remordimiento para ella y las prisas de irse a casa para él.

La nota media de BUP y COU con la de selectividad no era para tirar cohetes pero suficiente para optar a unas cuantas licenciaturas y diplomaturas. Como era habitual en Marcos, escogió el camino más fácil y rápido. Si en tres años podía acabar una carrera, para qué estudiar más de la cuenta. Su ilusión

en aquel momento, en el que tienes que decidir nada más y nada menos que tu futuro, era trabajar y tener dinero. Tampoco le disgustaba la idea de ser famoso. Se inscribió en una agencia de modelos que también ofrecía a sus representados la posibilidad de hacer figuración o pequeños papeles en alguna serie de televisión. Los padres de Marcos no se opusieron, pero, como condición, le dijeron que tenía que aprobar en junio todas las asignaturas de comunicación audiovisual. A Marcos le pareció un buen trato, entre otras cosas, porque pensaba que era muy fácil la diplomatura que había escogido.

Mucho más difíciles eran algunos *castings* a los que iba. Cuando la prueba era para trabajar como modelo, no había problema. Marcos acudía muy tranquilo porque sabía de antemano lo que iba a tener que hacer y no era especialmente complicado. Tenía que mirar a cámara y presentarse; decir su nombre, su agencia, su edad y algún *hobby*. Luego, mostrar sus dos perfiles a la cámara y caminar de un lado a otro. El único inconveniente de estos *castings* era su carácter multitudinario y podía estar en la sala de espera todo el día. Los directores de *casting* siempre se despedían con la misma frase:

—Gracias. Ya te llamaremos.

A Marcos le llamaron pocas veces y no ganó mucho dinero con la moda. Así se dio cuenta de la cantidad de gente que había para todo. Hasta entonces estuvo metido en la burbuja de sus padres y de su familia, en la que siempre le habían dicho que era guapísimo y que llegaría lejos en el mundo de la farándula. En el colegio también había destacado por su aspecto y había triunfado con Fabiola, así que se decepcionó bastante cuando comprobó que en el mundo de la moda era del montón.

Los *castings* que peor llevaba Marcos eran los de publicidad que se emitían en televisión. Las salas de espera estaban igual de abarrotadas y las pruebas eran un tanto peculiares. Hubiera prescindido de esos anuncios, pero estaban muy bien pagados.

El primer *casting* que hizo de este tipo fue un tanto vergonzoso. Cuando le llamó su agencia, le dijo que estaban buscando a un chico de unos veinte años, atlético, deportista y atractivo para grabar un anuncio de yogures. Pagaban sesenta mil pesetas por sesión de trabajo. Cada sesión duraba cuatro horas. Se extrañó cuando llegó a la sala de espera y vio que estaba llena de chicos y chicas con perfiles y edades totalmente diferentes. Le hicieron rellenar un formulario en el que tenía que poner sus datos personales, sus aficiones, sus medidas y la agencia que le representaba. Una vez cumplimentado, le dieron un número como si estuviera en la cola de la carnicería. La espera la dedicó a observar al resto de aspirantes. Había un niño

que no paraba de decir que se quería ir a casa, pero su madre se empeñaba en que tenía que hacer la prueba porque estaba segura de que había sacado la vena artística de un tío suyo que, por lo visto, una vez salió en la tele. Cuando Marcos estaba a punto de entrar, vio cómo le pellizcaba los mofletes al niño porque decía que así tendría los pómulos colorados y saldría mejor en la prueba. Marcos pensó que nunca dejaría que su madre le acompañara a un *casting*.

Por fin le llegó su turno. Se decepcionó cuando vio el tamaño de la sala. Pensaba que sería un plató enorme con grandes decorados, pero era una simple habitación. Al fondo había un rodillo que iba de lado a lado del que colgaba un gran rollo de cartulina blanca que hacía de pared y se prolongaba por el suelo donde había marcada una equis con cinta aislante. La siguiente decepción fue al ver la cámara. Nada de grandes objetivos anclados a grandes trípodes. Era una cámara pequeña, de las que se utilizan normalmente para grabar cualquier evento familiar, una boda o una comunión. Estaba conectada a un pequeño monitor donde se veía a los aspirantes que realizaban la prueba. Delante de la cartulina blanca, había dos focos que iluminaban el set de grabación. Le recibió una mujer de mediana edad encantadora.

—Es la primera vez que vienes aquí, ¿no? —preguntó con una sonrisa de oreja a oreja mientras le daba dos besos.

—Sí, he hecho muchos *castings* de moda, pero este es el primero que hago para televisión —contestó Marcos, intentando parecer seguro de sí mismo.

—Colócate en la marca que hay ahí en el suelo y mira a cámara.

Marcos hizo lo que le pedía ocultando lo tremendamente nervioso que estaba. El resto de la sala estaba a oscuras y los focos le deslumbraban, así que no conseguía ver a la mujer que se había quedado en la penumbra que había detrás de la cámara. Los nervios solo se le pasaron cuando la simpática directora de *casting* le explicó lo que tenía que hacer: jugar al baloncesto. Había algo que no le cuadraba pero le pareció divertido. Tantos nervios y al final solo tenía que jugar a un deporte que no se le daba nada mal.

—Marcos, ya has visto la cantidad de gente que hay en la sala de espera, así que empieza cuanto antes.

En ese momento se dio cuenta de lo que no le cuadraba. No tenía compañeros de equipo, no había canastas y tampoco tenía un balón para poder botar. Volvieron los nervios. Para salir del paso, Marcos hizo como si lanzara un tiro libre a una canasta imaginaria. Escuchó cómo la directora paraba la cámara. Salió de la oscuridad y le dijo:

—A ver, Marcos, tienes que imaginarte que estás en medio de un partido muy igualado. Quedan unos segundos, le pides el balón a un compañero y le guiñas un ojo para que sepa que tú vas a ganar el partido. A otro le puedes dar un pequeño codazo de complicidad. Recibes el balón, encestas y lo celebras por todo lo alto con tus compañeros. Y para acabar, estaría bien que miraras a cámara e hicieras un gesto de victoria, contento por haber ganado.

La directora reforzaba su explicación con toda suerte de gestos y posturas ridículas y exageradas. A Marcos ya no le pareció tan simpática, sino una persona sádica y cruel que disfrutaba mientras unos pobres chicos, con la ilusión de triunfar en televisión, perdían la dignidad frente a su cámara.

Cuando llegó a casa, sus padres le preguntaron:

—¿Qué tal te ha salido la prueba?

—Muy bien, he ganado el partido —contestó, irónico.

Los padres no entendieron a qué se refería pero no quisieron insistir porque vieron que Marcos estaba de mal humor.

Ese *casting* le pareció todavía más bochornoso cuando, al cabo de unas semanas, vio el anuncio por la tele. Una mujer en el interior de una fabulosa casa se comía un yogur frente a la cámara mientras decía que, desde que tomaba uno al día, iba al baño con regularidad. Había que fijarse muy bien para darse cuenta de que tras los cristales de la ventana, había un grupo de chicos jugando al baloncesto. Estaban tan lejos en el plano que a ninguno se le distinguía la cara. No entendió por qué la directora le hizo tanto hincapié en que hiciera guiños y gestos ridículos a la cámara si no se iban a apreciar. Volvió a pensar que era una sádica.

Casi siempre coincidía con los mismos chicos en todas las pruebas que se realizaban en la ciudad. Sin embargo, a Marcos no le gustaba relacionarse demasiado con ellos. Lo único que quería era trabajar, ganar dinero y salir en televisión, pero realmente le disgustaba ese mundillo, que le parecía muy falso. Tenía calados a casi todos los aspirantes. Estaba el engreído, que era el que ya había hecho unos cuantos anuncios y se creía que era superior al resto. Miraba a todos por encima del hombro. Solía estar en silencio salvo cuando salía el director de *casting*, entonces lo abrazaba y hablaba con él como si le conociera de toda la vida. El engreído solía salir del plató donde había realizado la prueba hablando en alto de las fechas de rodaje, como si le hubieran elegido. Estaba también el gracioso, siempre había un gracioso. El amigo de todos que no tiene ninguna vergüenza y que prepara el *casting* en la misma sala de espera delante de todo el mundo. Una vez, Marcos acudió a una prueba para una publicidad de una marca de refrescos sin saber qué tenía

que hacer. Llevaba tres horas esperando cuando se le acercó el gracioso y le pidió que le diera la réplica.

—Marcos, yo hago de naranja y tú haces de limón.

De repente se puso a llorar desconsolado mientras pronunciaba unas frases de un guion que le había dado su agencia. Cuando terminó su sobreactuación esperó la réplica de Marcos.

—¿No te lo sabes? Tienes que saltar dando gritos de alegría porque tú sí le has ganado la batalla al azúcar. Pero acuérdate de que eres un limón, tus gritos tienen que ser cítricos.

Marcos miró a su alrededor y comprobó que toda la sala le miraba fijamente esperando que hiciera su interpretación. Decidió no darles la satisfacción.

—Hablando de azúcar, me ha entrado hambre. Me voy a merendar.

Se puso el abrigo y se marchó. Prefirió tirar tres horas de espera a la basura que hacer el ridículo delante de tanta gente. El gracioso no entendió qué había hecho mal.

Marcos se prometió que nunca más iría a un *casting* de publicidad.

La nueva agencia que le representaba estaba más enfocada a series, películas y programas de televisión. Marcos había realizado numerosos cursos de arte dramático que le sirvieron para conseguir un pequeño papel en una serie que estaba teniendo mucho éxito entre los más jóvenes. Paradójicamente el *casting* que le hicieron fue mucho más sencillo que los de publicidad. Le dieron una separata, que es el guion de una pequeña secuencia, en la que tenía que mantener un diálogo con una chica. En esta ocasión, no tenía que actuar entre cuatro paredes con un fondo de cartulina blanca, sino en un decorado real de los estudios. Y quien le daba la réplica no era su imaginación, sino una de las actrices de la serie. No se lo podía creer cuando le llamaron para decirle que fuera a firmar el contrato. Seguía siendo un pipiolo y ya iba a ganar más dinero que su padre.

Le dijo a su agencia que no hacía falta que negociara demasiado la nómina, los dos millones y medio de pesetas que le pagaban al mes le parecía una cantidad más que suficiente. Interpretaba a un estudiante de instituto huérfano que se tenía que ganar la vida trabajando de camarero en una discoteca. Su personaje era más promiscuo que él mismo. En esa ficción todos estaban liados con todos. Su personaje había salido con todas sus compañeras de clase. Marcos estaba en su salsa. Era una de las mejores etapas de su vida. Joven, con éxito, dinero y rodeado de jóvenes actrices guapas con el mismo éxito y dinero. Las relaciones públicas de las mejores discotecas se

peleaban por llevar a los actores de la serie a sus locales. Les habilitaban reservados vips provistos de botellas de alcohol y refrescos gratis. Marcos se creía el rey del mambo. Noche tras noche alucinaba al ver la cola de fans que se formaba tras el cordón del reservado que estaba custodiado por los porteros de las discotecas. Jamás le había resultado tan fácil ligar. Los peces saltaban solos a la barca. A veces no le hacía falta ni lanzar una mirada seductora. Seguía siendo el mismo chico, su físico no había cambiado nada pero el simple hecho de salir en la tele le hacía mucho más atractivo para las mujeres.

La fama le hizo vivir algunas situaciones rocambolescas. Una vez, una chica paró en mitad de un acto sexual para pedirle un autógrafo. En otra ocasión hizo un pase de moda junto a algunos compañeros de serie para una obra benéfica. El auditorio donde se celebraba el evento estaba abarrotado de gente. En un momento del desfile, el personal de seguridad no pudo contener a los espectadores que reclamaban autógrafos y fotos de sus ídolos. Los actores tuvieron que salir a la carrera para refugiarse en el interior de los camerinos. Lo preocupante fue cuando las mismas personas que tenían que velar por su seguridad comenzaron también a pedirles autógrafos y besos. Parecía una película de vampiros, como si alguien del público hubiera mordido al personal de seguridad y se estuvieran transformando en fans enloquecidos. Los actores lograron meterse en los coches y huir a toda velocidad. Llegaron al hotel a salvo de lo que había sido una escena de terror.

La fama también tenía su lado negativo. Ganaba nuevos amigos falsos con la misma velocidad que perdía los que en su día creyó verdaderos. Amigos de la infancia incapaces de soportar el éxito. Cuando se reunían en casa con la familia para ver la serie, esos amigos preferían mirar por la ventana en lugar de verle en la tele.

Un día la productora decidió poner fin al personaje que interpretaba y Marcos comprobó lo efímera que es ese tipo de fama, y la poca memoria que tiene la gente. Unos cuantos meses después de desaparecer de la televisión, comenzó a pagar de nuevo en las discotecas, a esperar las colas en los restaurantes y tener que mirar de forma seductora a las chicas para poder ligar con ellas. Las personas le seguían reconociendo por la calle pero no sabían su nombre verdadero y le llamaban por el del personaje. Marcos intentó dar un giro a su carrera profesional. Quería un proyecto serio que le sirviera para quedarse, que no fuera flor de un día. Que le conocieran a él mismo, no a su personaje. Necesitaba mirar a cámara y ser él. Pronunciar sus palabras y no las que le había escrito el guionista. Quería ser presentador.

Si el mundo de la interpretación es difícil, el de los presentadores lo es todavía más. En las series hay numerosos personajes, pero en los programas hay solo un presentador. Aun así, Marcos quiso intentarlo, y no pudo tener una mejor idea... o sí. El caso es que esa decisión marcaría su vida.

5. LA CARRERA

Durante los años que Diana se dedicó a impartir clases particulares a todos aquellos a los que no se les daban demasiado bien los estudios, se ganó amistades de todo tipo. Alumnos que no aprobaban porque su cabeza no les daba para más, o alumnos que suspendían porque, aunque fueran inteligentes, preferían dedicar su tiempo a otras cosas que no fuera el estudio. También estaban los alumnos clasificados como poco recomendables. El colegio esperaba cualquier pequeña infracción de este pequeño colectivo para expulsarlos porque ensuciaban el expediente académico del centro. No solo eran alumnos gamberros y desobedientes, a veces también bordeaban la ley. Realizaban pequeños hurtos, trapicheaban con drogas y solían colarse en los despachos de los profesores los días previos a un examen para conseguir las preguntas. Una información muy valiosa que aprovechaban no solo para aprobar, sino también para venderla a sus compañeros y sacarse un buen dinero. Cuando no conseguían entrar en los despachos, no les quedaba más remedio que pedirle a Diana que les explicara la lección.

A pesar de no tener nada en común, Diana se llevaba bien con ellos y pensó que era el momento de que le devolviesen los favores. La misión era complicada, pero nada que no hubieran hecho antes. Entrar en el despacho de don Emilio y fotocopiar el examen que ella había suspendido. Ni Róber ni César pusieron pegas. Los dos se sentían en deuda con ella. A Róber siempre le había gustado Diana, aunque no se atrevió nunca a reconocerlo. Pensaba que daba un aspecto mucho más duro si hablaba de ella de forma despectiva. A César se le encendió enseguida la bombilla. Él también había suspendido ese examen, así que pensó que aprovecharía el encargo de Diana para su beneficio.

Entrar en los despachos de los profesores ya no resultaba complicado. Lo difícil fue quitarle la llave maestra a la señora de la limpieza, hacer una copia y devolvérsela sin que se diera cuenta. El problema al que se enfrentaban cada

vez que hacían un allanamiento era entrar y salir sin ser descubiertos por el vigilante de seguridad.

Siempre esperaban a que se hiciera de noche para saltar la valla que rodeaba el perímetro del colegio. La oscuridad nocturna era un arma de doble filo. Por un lado, les ayudaba a no ser descubiertos, pero, por otro, al estar el colegio tan vacío, cualquier pequeño ruido podría delatarlos. Nunca sabían dónde estaba el vigilante de seguridad. Aparecía cuando menos se lo esperaban. El colegio estaba formado por numerosos pabellones que se repartían por todo el recinto. Cada pabellón tenía dos plantas y pertenecía a un curso. Cada piso tenía dos clases, dos roperos y un despacho para el tutor de cada aula. En este tipo de misiones no hacía falta mapas, ni horarios como en las películas. Róber y César sabían perfectamente dónde estaba el despacho de don Emilio y se movían por instinto, con los ojos muy abiertos y medio agachados para pasar desapercibidos. Cuando llegaron al pabellón de COU, abrieron sin problemas la puerta con la llave maestra. Cerraron tras de sí y se dirigieron al piso de arriba, donde estaba el despacho del profesor de matemáticas. Buscaron con cuidado, intentando dejar todo en su sitio. Llevaban algo más de un año con esa llave maestra y si no les habían descubierto todavía era porque se cuidaban mucho de no levantar sospechas, y para eso tenían que ser muy cautos.

No tardaron demasiado en encontrar la carpeta con los exámenes en uno de los armarios del despacho. Estaban ordenados por orden alfabético y el de Diana Bex era de los primeros. En ese momento entendieron la dificultad que tenía esa misión. En otras ocasiones copiaban a mano las preguntas y se iban, pero Diana les había dicho expresamente que necesitaba una fotocopia del examen.

El problema era que en los pabellones no había fotocopidora. Tenían que ir a la biblioteca, que estaba en la otra punta del colegio. César le pidió a Róber que fuera a fotocopiar el examen, él necesitaba quedarse para hacer algo. No iba a desaprovechar ese momento. Eligió uno de los exámenes con mejor nota, cogió una hoja en blanco y comenzó a copiarlo de su puño y letra. Róber salió de nuevo al exterior y corrió por las instalaciones hasta llegar a la biblioteca. De vez en cuando paraba detrás de un árbol, se agachaba y escudriñaba su alrededor. Le pareció raro que en ningún momento hubiera visto, ni de lejos, al vigilante. Pensó que se habría cogido el día libre. Una vez dentro, no perdió ni un segundo, se dirigió a la fotocopidora y fotocopió el examen. El haz de luz de la máquina resplandeció demasiado en la oscuridad.

Róber se puso en alerta. Abrió bien los ojos cuando escuchó unos pasos que se acercaban. El vigilante hizo acto de presencia:

—¿Quién hay ahí?

Róber se dio cuenta de que el vigilante sí había ido a trabajar esa noche. Se escondió detrás de una silla. En el respaldo había colgado un abrigo que algún alumno se habría dejado por la mañana y hacía de pantalla. Un olvido que podría salvarlo de una expulsión inminente. Estaba completamente agachado y podía distinguir por debajo de la silla los movimientos del guarda. Vio cómo sus pies se paraban delante de él. No se atrevió a levantar la vista, ni siquiera a respirar cuando escuchó de nuevo al vigilante.

—Te estoy viendo, sal de ahí.

Róber pensó que ese era su último día en el colegio. Aunque todavía había una oportunidad de salir de esa situación indemne. Correr y rezar para que no lo reconociera. Se puso de pie tapándose la cara con las manos y, antes de echar a correr, vio entre sus dedos que el guarda estaba de espaldas, mirando al otro lado de la estancia. Róber volvió a agacharse a toda velocidad. El vigilante volvió a insistir:

—¿Vas a salir de ahí o no?

Róber se asomó disimuladamente para contemplar la escena. Vio cómo el vigilante buscaba detrás de algunas mesas. No sabía si había visto algo realmente o estaba de farol por si alguien caía en la trampa y salía de su escondite. Él había picado, pero por suerte no lo había descubierto. Al no encontrar nada, el guarda farfulló entre dientes y se marchó. Róber respiró profundamente y salió en busca de su compañero.

Cuando César terminó de copiar el examen, utilizó un bolígrafo rojo y copió también las correcciones del profesor para acabar poniéndose un nueve de nota. Cogió su examen con el suspenso, lo arrugó y se lo metió en su bolsillo para poner en su lugar el nuevo examen con sobresaliente. En ese momento llegó Róber acelerado. Sin perder mucho más tiempo, salieron de allí con la misión cumplida.

Diana volvió a utilizar la revista del colegio para dejar en evidencia a un profesor. Pero en esta ocasión lo que iba a denunciar era muy grave. Un profesor la había suspendido de forma arbitraria a sabiendas de que el examen, sin ser perfecto, había sido correcto. Antes de publicar nada, decidió hablar con el prevaricador:

—Don Emilio, los dos sabemos que el suspenso se debe a otras cuestiones ajenas al resultado del examen. ¿Por qué lo ha hecho?

—No sé a qué te refieres, ya revisamos el examen. Estoy seguro de que si en verano estudias todos los días un poquito, podrás aprobar en septiembre.

—Voy a publicar en el siguiente número de la revista mi examen. Así todos podrán verlo y comprobar si es justo o no el suspenso.

—Ja ja, ja —rio sin ganas el profesor—. Buen intento, señorita. Pero para que fuera fiable tendrías que tener el examen y como comprenderás no pienso facilitártelo.

—Contaba con ello, profesor. Pero no me hace falta su colaboración. El examen ya lo tengo. Esto es una copia —le dijo mientras le enseñaba la fotocopia que habían conseguido Róber y César—. Aunque no sea el original, creo que será suficiente para que sea fiable. ¿No cree? —No pudo evitar un cierto retintín.

—¿Cómo has conseguido eso? Vas a publicar algo que has conseguido de forma fraudulenta. Entrar en una propiedad privada es un delito, podría denunciarte.

—Estoy en mi derecho de publicar mi propio examen y, créame, le sería muy complicado demostrar cómo lo he conseguido —respondió Diana, muy segura de sí misma.

—Supongo que si has venido a hablar conmigo antes de publicarlo es porque quieres algo. Dispara.

—Le vuelvo a formular la primera pregunta de esta conversación. ¿Por qué lo ha hecho?

Don Emilio estaba contra las cuerdas, y le reconoció que la había suspendido para blindarse contra sus artículos de denuncia.

—Don Julián vino a mi despacho y me dijo que yo sería la próxima víctima de tu afilada pluma.

A Diana no le sorprendió la confesión. Le dio la oportunidad de publicar una entrevista en la que pudiera reconocer lo que había sucedido y pedir disculpas. Don Emilio se negó en rotundo.

—No pienso traicionar a don Julián. Es amigo mío desde que entré a dar clases en este colegio, hace ya diez años. Búscate otro verdugo que le corte la cabeza.

—Dadas las circunstancias, solo veo dos opciones —replicó Diana—. Publico el examen demostrando que ha cometido una infracción tan grave que seguramente conlleve su expulsión o publico el examen junto a una entrevista en la que yo acepto sus disculpas y la realización de un nuevo examen, y usted cuenta la conspiración de don Julián. Usted decide.

La dirección del centro dio la callada por respuesta. Ni confirmó, ni desmintió los rumores que apuntaban a que habían despedido al profesor de historia. Lo cierto es que se había formado un gran revuelo cuando Diana sacó a la luz la confabulación de dos profesores para suspender a una alumna. Don Julián no se despidió de nadie, así que no aclaró por qué, después de veinte años impartiendo clases en ese colegio, decidía cambiar de aires. El director era el único que sabía que le había invitado a marcharse. Don Emilio no se libró de las bromas y cuchicheos del resto de los alumnos pero siguió en el colegio dando clases, después de haber puesto un merecido notable en el segundo examen de matemáticas que realizó Diana.

La carrera de periodismo transcurrió sin sobresaltos. Diana también acaparó la atención en la universidad, no solo por sus notas, su físico y su simpatía, sino porque participaba en casi todas las actividades que se realizaban. Le encantaba lo que hacía. En el último curso llegó a dirigir la revista de la facultad. Su estilo seguía siendo el mismo que en el colegio. Eliminó el espacio dedicado a anunciar las muchas fiestas que organizaban los universitarios. Redujo los artículos triviales y las noticias que hablaban de las actividades complementarias. Y también relegó a una sola página los deportes, salvo que hubiera que destacar algún logro importante o denunciar algún amaño. Diana, como ya hizo en el colegio, utilizó la revista como una herramienta para mejorar el día a día de la universidad. Realizó un periodismo de investigación, de denuncia. Con una gran aceptación entre los alumnos y cierto miedo en el órgano rector. Era cuestión de tiempo que algún gran medio de comunicación se fijara en ella.

Estaba haciendo prácticas en la radio cuando un día les visitó el gran jefe. Todo el mundo se preocupó para que la visita de don Braulio Sabatini, el gran magnate de la comunicación, fuera perfecta. Era un hombre de unos cincuenta años, orondo y afable, aunque tenía fama de ser tan exigente que pocos trabajadores perduraban en su estela. El señor Sabatini era el dueño de varios medios de comunicación. En el *holding* que manejaba estaba la radio en la que aprendía Diana, un periódico de tirada nacional y de marcado carácter político, una revista de moda, otra de variedades y varios canales de televisión, uno de ellos era el que más audiencia tenía del país. Era comprensible que todo el mundo anduviera nervioso. Lo que no era tan normal es que a Diana le tuviera sin cuidado la llegada de aquel hombre que tenía incluso el poder de derrocar un gobierno con algunas de sus publicaciones.

El señor Sabatini dedicó casi toda la mañana a visitar las instalaciones de la radio y conocer a todos sus trabajadores. Se veía claramente en qué estancia de la radio estaba por el gran revuelo que se montaba alrededor. Le acompañaban unas diez personas en todo el recorrido. Fue saludando uno por uno a los trabajadores de cada departamento. Algunos salían a la puerta de sus despachos para verlo pasar como si fueran niños en la cabalgata de Reyes esperando a recoger algún caramelo. Diana era el último mono. Acababa de llegar y le quedaba muy lejos todo ese mundo de las altas esferas. Prefirió quedarse en su mesa y centrarse en el reportaje que estaba elaborando sobre el precio de las hortalizas y frutas de esa temporada del año. El barullo que se escuchaba cada vez más cerca avisó de que el séquito del señor Sabatini estaba a escasos metros. Todos en su departamento habían dejado libre sus mesas para ver y saludar al rey Midas. Muchos mostraron su mejor sonrisa. Pocos se atrevieron a pronunciar alguna palabra y todos se sorprendieron cuando el señor Sabatini se paró en seco y preguntó por la chica que estaba sentada frente a su ordenador al fondo de la sala. Le llamó la atención que fuera la única que siguiera trabajando.

—¿Quién es esa joven que no tiene ni un minuto? No tiene pinta de ser la que más cobre y sin embargo no deja de trabajar. A ver si la vais a estar explotando —dijo con sorna el señor Sabatini.

El jefe del departamento se apresuró a responder un tanto avergonzado.

—Es una chica de prácticas y posiblemente no se haya enterado de su visita. Discúlpela.

El señor Sabatini entró en la sala y se aproximó a Diana.

—Ya que Mahoma no va a la montaña, seré yo quien venga a conocerla a usted, señorita.

Diana apartó la mirada del ordenador y no sabía dónde meterse cuando vio delante de ella al gran magnate y a unas quince personas detrás que no dejaban de observarla. Se puso roja como la corbata de quien le hablaba y no supo articular palabra. El señor Sabatini volvió a tomar la iniciativa.

—¿Qué es lo que hace tan interesante que no puede dejarlo ni un segundo? —preguntó con una sonrisa.

—¡Las fresas! —contestó como un acto reflejo—. En esta época del año le recomiendo las fresas, por su sabor y por su precio, aunque le aconsejo que compre nísperos porque su temporada ideal, que es ahora, dura muy poco.

Diana se dio cuenta de la salida tan estúpida que había tenido cuando escuchó la carcajada al unísono de todos los palmeros del gran jefe. El señor

Sabatini no se rio. Se limitó a mantener su sonrisa y a ordenarle al responsable de emisiones:

—Mándeme el corte de audio de esta pieza. Me interesa saber cuáles son las frutas que debo incluir en la próxima compra y esta chica parece que lo tiene muy claro.

Todos volvieron a reír. Diana pensó que tenía que revertir esa situación. No podía quedar como una estúpida ni ante su jefe ni ante sus compañeros. Decidió dar un golpe de efecto.

—Ya que he conseguido acaparar su atención, déjeme que le diga que la línea editorial de sus informativos está siendo demasiado condescendiente con algunos de nuestros políticos. Pienso que los medios de comunicación y sobre todo la televisión tienen que ser implacables con los maltratadores. Perdona si le digo que la noticia de ayer sobre el ministro acusado de maltratar a su mujer me pareció demasiado laxa. Creo que tiene la obligación de llegar hasta el final en ese asunto. De confirmarse las acusaciones, tendría que hacer saber a los espectadores qué clase de hombre les representa, aunque pertenezca al partido político afín a sus empresas.

En esta ocasión Diana no escuchó ni mu. Todos tenían la boca abierta pero ninguno pronunció ni una sola palabra. Se dio cuenta de que se había excedido viendo la cara de estupefacción de sus compañeros. El señor Sabatini siguió con la sonrisa en sus labios, pero esta vez sin saber muy bien qué responder. Por un momento había perdido su superioridad y se había hecho pequeño frente a esa joven en prácticas. No es que le hubiera sentado muy bien ese tirón de orejas en público, pero le gustó el valor, la determinación y la profesionalidad de esa chica. Por no hablar del atractivo espectacular que tenía.

—Quiero que sepa que he escuchado su queja. Por el momento, es todo lo que le puedo decir al respecto. También le quiero decir que, cuando me vaya de aquí, es muy probable que sus compañeros la alaben y sus superiores la regañen. No haga caso ni a unos ni a otros. Las loas te adormecen y te hacen perder la iniciativa y los reproches te minan el instinto. Me gusta su versatilidad. Es admirable que pueda hablar de frutas y política con la misma solvencia. Estoy seguro de que llegará muy lejos y espero que sea conmigo. Usted tiene un gran físico que no puede ser desaprovechado en la radio. Haré que la semana que viene le hagan una prueba de cámara. Creo que el medio en el que tiene que trabajar es la televisión.

No pudo apuntar mejor el señor Sabatini. Dio en la diana, y nunca mejor dicho.

Diana se sintió decepcionada cuando la llamaron de la tele. El *casting* lo había bordado. La directora de contenidos le dijo que había sido un descubrimiento. Con tanto elogio pensó que iba a presentar el informativo de máxima audiencia. Sin embargo, le ofrecieron un puesto de reportera en un programa de uno de los canales locales que tenía el señor Sabatini. Lo presentaba Arancha Luna, una modelo que era más famosa por sus relaciones sentimentales que por sus desfiles de moda. Hacía entrevistas a estrellas del cine o la televisión. Los guionistas se esforzaban en dárselo todo muy bien explicado y con las preguntas muy claras. El director del programa, harto de sus meteduras de pata cada vez que improvisaba, le dejó muy claro que no se saliera ni un ápice del guion. La presentadora era fija en las revistas del corazón por sus constantes escarceos amorosos con personajes populares. En los pasillos de la redacción se rumoreaba que la única relación de Arancha que no se había hecho pública era la que mantenía con el señor Sabatini.

Su trato con Diana era cordial, aunque no coincidían demasiado. Diana pisaba poco ese plató. O hacía reportajes en la calle, o desde otro plató más pequeño daba paso a vídeos de salud, deporte o música. A Diana no le gustaban mucho los contenidos de los reportajes que le mandaban hacer pero estaba contenta porque estaba aprendiendo un mundo que le apasionaba más que la prensa escrita o la radio. Había cogido mucha soltura ante la cámara y le gustaba comunicarse con los espectadores mirando al objetivo. Por si fuera poco, además del aprendizaje, el programa le brindaba la oportunidad de conocer a personas muy interesantes, como actores, cantantes, escritores, políticos o deportistas.

El estudio estaba completamente revolucionado. Les visitaba un actor que se había hecho muy popular interpretando un papel en una de las series con más audiencia. No era la primera vez que entrevistaban a un actor de éxito, pero en esta ocasión el artista invitado estaba considerado como uno de los más atractivos. Ese día no se habló de otra cosa que no fuera de la llegada de aquel joven que, además, tenía fama de mujeriego.

Algunas redactoras pasaron por la sala de maquillaje para recibir al actor en las mejores condiciones. Diana no había visto esa serie, así que no conocía al personaje en cuestión. Cuando la chica de producción avisó de que el invitado acababa de llegar a las instalaciones de la tele, la sala de redacción se quedó vacía. Tan solo Diana permanecía en su puesto estudiando el guion del programa. Cuando quedaban unos minutos para empezar el directo, se dirigió hacia su set de grabación donde esperaba la orden de la presentadora para dar paso a sus reportajes. En el pasillo coincidió con el actor invitado, apenas

pudo verlo porque estaba rodeado de un gran número de personas que lo acompañaban al plató. Ya en el interior del estudio, entre cámara y cámara consiguió distinguir a la presentadora y al actor sentados en el sofá donde se iba a desarrollar la entrevista. Diana entendió el revuelo que se había montado. Nunca había conocido a alguien que le pareciera tan guapo. Cuando comenzó la sintonía del programa, se concentró en su trabajo y escuchó atentamente las palabras de la presentadora:

—Buenas tardes. Hoy tenemos una visita muy especial. Está con nosotros Marcos Rodríguez.

6. LOS BOLOS

Pasaron unos cuantos meses sin que le saliera ningún trabajo a Marcos. Cuando estaba en la cresta de la ola, le llovían ofertas de todo tipo. Papeles en otras series, intervenciones en alguna película, anuncios para televisión o desfiles de moda. Rechazó la mayoría de esas ofertas por dos motivos; primero, porque no tenía tiempo material para realizar otros trabajos que no fuera la serie en la que trabajaba y, segundo, porque pensaba que ya habría ocasión más adelante de escoger la oferta que más le conviniera. Nunca imaginó que la popularidad de esas series es como la efervescencia del champán, un estallido de glamur, alegría y despilfarro pero que, al diluirse, acaba convirtiéndose en un líquido pringoso que mancha el suelo y, si te descuidas, hasta los pantalones; y Marcos se los había puesto perdidos.

Con las dos primeras nóminas se compró un coche y dio la entrada de un pequeño apartamento. A Marcos le gustaba aparentar y alardear cuando las cosas le iban bien. Tanto la casa como el coche parecían mucho más caros de lo que realmente eran. El vehículo era un deportivo pero de una marca coreana que entró en el mercado de la automoción con unos precios muy competitivos. El apartamento estaba en Arturo Soria, una de las mejores zonas de Madrid, pero apenas llegaba a los cincuenta metros. Baratos o no, el caso es que tenía que seguir pagándolos y no tenía trabajo. El champán le estaba ahogando.

Fueron unos meses duros en los que el teléfono no sonaba y decidió firmar un contrato con Ismael Tejeiro, un representante que le había recomendado un antiguo compañero de la serie. Tenía la agencia en el centro de Madrid, así que Marcos, aduciendo que en esa zona es imposible aparcar, tenía la excusa perfecta para dejar el coche en casa y acudir a la cita en transporte público que le salía bastante más barato. Lo primero que le dijo Ismael es que necesitaba nuevas fotos que le podía hacer el fotógrafo de la agencia por el módico precio de trescientos euros. Y lo segundo que le dijo es que necesitaba un buen *videobook*, es decir, un DVD con las mejores

interpretaciones de Marcos. El *videobook* también se lo harían en la agencia previo pago de quinientos euros. Le dijo que con su currículum y su físico no se explicaba cómo no estaba trabajando en ese momento y que a él, con todos los contactos que tenía, no le costaría mucho encontrarle trabajo. Marcos salió de la agencia con una sensación agri dulce. Por un lado, optimista porque Ismael Tejeiro le había asegurado que, en poco tiempo, estaría otra vez triunfando. Y, por otro lado, contrariado porque la primera visita a su nuevo representante le había costado lo mismo que una mensualidad de la hipoteca.

Pasaba el tiempo e Ismael Tejeiro no le llamaba para nada excepto para algún bolo que a Marcos no le quedaba más remedio que aceptar a regañadientes. Lo bueno de esos trabajos puntuales era que se los pagaban muy bien y viajaba a cuerpo de rey a diferentes provincias de España. Los bolos eran tremendamente fáciles y divertidos. Por regla general, solían llamarle para inaugurar alguna discoteca. Su única labor consistía en permanecer en el establecimiento un tiempo determinado, firmar autógrafos y hacerse fotos con sus fans. No se sentía muy realizado con ese tipo de trabajos pero eran una buena fuente de ingresos y alimentaban su ego, ya que le hacían sentirse nuevamente importante, aunque fuera por unas horas.

Lo que más le gustaba a Marcos era cuando le llamaban para presentar algún evento. Nunca era nada importante: la inauguración de un centro comercial, el inicio de una competición deportiva o una entrega de premios de un determinado gremio. Se sentía más útil realizando ese tipo de cometidos que inaugurando discotecas y lo aprovechaba para practicar como presentador, que era realmente su ambición. El caché era más o menos el mismo, unas doscientas mil pesetas por trabajo. Ismael Tejeiro le recomendó que no rechazara nada y que se dejara ver, la popularidad era importante para que volvieran a confiar en él. Marcos siguió los consejos de su representante e intentaba estar en todos los saraos posibles. Proliferaban fiestas por la ciudad a las que acudían muchos famosos que siempre aseguraban que tenían numerosos proyectos laborales a la vista, aunque nunca se les veía trabajando. En la puerta del local que organizaba la fiesta de turno, se apostaban un buen número de periodistas del corazón que fotografiaban las llegadas de los personajes populares y les preguntaban por sus amoríos y por sus nuevos proyectos. Las respuestas eran siempre las mismas. Que no hablaban de su vida privada, aunque fueran de la mano de su pareja, y que tenían un trabajo a la vista que no podían contar porque daba mala suerte. Marcos pensaba que lo que daba mala suerte era no contarle porque a esos famosos nunca se les materializaban sus planes.

Juanmi Relano era el relaciones p \acute ublicas que organizaba, con las *celebrities* del momento, el mayor n \acute mero de fiestas de la ciudad. La primera vez que llam \acute a Marcos fue para acudir a una discoteca de moda. Marcos no se lo pens \acute , seg \acute n le dijo Juanmi Relano, iban a acudir directores de televisi \acute n, presentadores, actores y cantantes que estaban arrasando en las listas de \acute xitos. Se puso sus mejores galas: pantal \acute n, chaqueta negra y la camisa blanca por fuera con los cuellos asomando por la solapa de la americana, que era como la llevaban los entendidos en moda de la \acute poca. Nada m \acute s llegar a la entrada de la discoteca, una chica le dijo que pasara por el *photocall*, una especie de pasillo en el que en un lado est \acute n los fotogr \acute fos y en el otro un cartel con publicidad. Despu \acute s de posar para los medios, al final del *photocall*, le esperaban los reporteros de los programas de televisi \acute n que se dedicaban a airear la vida privada de los famosos.

—Hola, Marcos, qu \acute solito vienes a la fiesta. \acute No tienes a nadie que te acompa \acute ne?

—No. En estos momentos estoy soltero.

—No se te conoce ninguna novia y hay rumores de que eres gay. \acute Es cierto?

Marcos no daba cr \acute dito. La segunda pregunta era sobre su sexualidad. La reportera que le hac \acute a la pregunta era bastante atractiva. Marcos pens \acute que si no estuviera rodeada de c \acute maras, le dejar \acute a clara su inclinaci \acute n sexual sin pronunciar una sola palabra. Sin embargo, no fue muy original en su respuesta.

—No. Claro que he tenido novias, pero no quiero hablar de mi vida privada.

—Hace ya unos meses que no te vemos en televisi \acute n. \acute Tienes algo a la vista? \acute Puedes adelantarnos algo?

—S \acute . Tengo un contrato muy interesante encima de la mesa pero no os puedo contar nada porque no est \acute firmado y no quiero que se gafe.

Tampoco fue original con esa respuesta. Siempre criticaba ese tipo de contestaciones que se ve \acute a a la legua que quien respond \acute a as \acute era porque en realidad no ten \acute a trabajo ni visos de encontrarlo. Pero la verdad es que era una buena salida. La pregunta que m \acute s le descoloc \acute fue la \acute ltima.

— \acute Qu \acute regalo le has tra \acute do a Juanmi Relano en un cumplea \acute os tan redondo como son los cincuenta a \acute os?

Marcos no supo qu \acute contestar, se qued \acute absolutamente sorprendido. No entendi \acute por qu \acute ese hombre, al que no conoc \acute a de nada, le hab \acute a invitado a su cumplea \acute os, y ya que lo hab \acute a hecho, por qu \acute no se lo dijo. Tuvo que

improvisar una respuesta para salir airoso y acabar de una vez esa maldita entrevista.

—Eso es un secreto. Es algo personal que le he enviado a su casa — mintió con una sonrisa. Seguidamente zanjó la encerrona—: Permíteme que entre ya en la sala, es que me están esperando. Muchas gracias.

La reportera se quedó con las ganas de hacer más preguntas pero Marcos no se paró a escucharlas. Entendió por qué la mayoría de los famosos aborrecían ese tipo de periodismo, lo que ya no le quedó tan claro fue por qué seguían acudiendo a aquellas fiestas. Él decidió no volver a ninguna más salvo que le reportaran algún beneficio. Lo que vio en el interior de la discoteca tampoco le agradó en exceso. Ni rastro de directores, cantantes, presentadores y actores, como le había prometido Juanmi Relano. Solo había famosos de tres al cuarto, de los que no podían hablar nunca de sus proyectos para no gafarlos. Todos amigos de todos y siempre con una sonrisa impostada comentando lo grandes que fueron en su día. No quiso mezclarse demasiado con la farándula, estaba solo cuando se le acercó un señor mayor, bajito, regordete, medio calvo y con gafas, que decía ser la mano derecha de Abel Stoyca, un búlgaro que llegó a España hacía veinte años y se había convertido en uno de los productores más influyentes del país.

—Hola, Marcos, soy Miguel Fonseca. Trabajo en la productora de Abel Stoyca. Estamos ahora con la preproducción de una serie que estoy seguro de que va a ser un éxito y creo que tú deberías ser unos de los actores principales.

Marcos pensó que, después de todo, la fiesta no iba a estar tan mal. A lo mejor salía con un contrato debajo del brazo.

—Ahora estoy estudiando algunas ofertas que me han propuesto, pero sería un honor trabajar para Abel Stoyca. ¿Cuándo podríamos reunirnos con él para hablar de ese proyecto?

—Si quieres, quedamos mañana en la cafetería que hay delante de la productora y nos tomamos un café tranquilamente. Luego te mando por SMS la dirección exacta.

—Perfecto. Mañana nos vemos —contestó Marcos. Había algo que no le gustaba de aquel hombre. No se explicaba por qué se citaban en una cafetería cercana a la productora y no en la misma productora. Pero tampoco iba a dejar de intentarlo por su desconfianza.

Al día siguiente llegó puntual a la cita. Sin embargo, Miguel Fonseca se retrasó más de la cuenta. Llegó cuarenta y cinco minutos tarde sin poner demasiadas excusas. Desde que se sentó habló de infinidad de cosas menos de

la serie. Durante la primera media hora le estuvo regalando los oídos: que era un gran actor, que estaba desaprovechado, que su físico era espectacular y que debería tener un hueco en la televisión. Marcos se sentía halagado y emocionado, el segundo de a bordo de una de las productoras más punteras del país le estaba dorando la píldora y tenía un proyecto entre manos muy interesante. En ese momento Marcos se percató de que no habían hablado todavía ni una sola palabra de la serie y decidió ir al grano.

—¿La serie de la que me hablaste en la fiesta tiene algún personaje que pueda interpretar yo?

—Yo creo que sí.

Miguel Fonseca miró al techo de la cafetería con el ceño fruncido, la boca entreabierta y los ojos medio cerrados. Era un gesto de reflexión, como si se estuviera acordando de algo. Marcos no dejaba de mirarlo. Estaba impaciente. Pensaba que Miguel estaba buscando en su memoria el nombre del personaje que iba a interpretar en la serie. Y tras un par de minutos de silencio, Miguel volvió a hablar.

—Yo creo que deberías aceptar uno de los papeles principales.

—Para eso alguien debería ofrecerme unos de los papeles principales. De momento no me has dicho nada concreto.

—Tengo que hablar con Abel Stoyca. ¿No te ha llamado su secretaria?

Marcos empezó a pensar que estaba perdiendo el tiempo con ese hombre que no dejaba de divagar. ¿Cómo le iba a llamar la secretaria de Abel Stoyca si no había hablado con él todavía?

—No, no me ha llamado nadie. ¿No has hablado todavía con Abel de mí? Pensaba que habíamos quedado hoy para comentar un proyecto que estaba más avanzado.

—Y así es. Yo creo que el proyecto está avanzadísimo. De hecho, mañana empieza la grabación del primer capítulo.

Marcos pensó que Miguel Fonseca había quedado con él para reírse en su cara.

—Si ya se va a empezar a grabar la serie mañana, entiendo que los papeles principales ya están dados. ¿Qué pinto yo en todo esto? —preguntó de forma airada.

—No te preocupes por eso. Más adelante habrá más papeles que no han sido todavía repartidos. Yo creo que uno de ellos puede ser para ti. ¿Por qué no quedamos mañana en mi casa? Yo creo que podemos elegir qué personaje te puede ir bien.

En ese momento a Marcos le entraron ganas de coger la taza de café que se estaba tomando Miguel Fonseca y estampársela en la cara.

—Tú crees demasiadas cosas y entre ellas que yo soy gilipollas. ¿De verdad crees que me voy a meter en tu cama para conseguir un papel? No sé por quién me has tomado, pero evidentemente te has equivocado de persona.

—Yo creo que...

Antes de que terminara la frase, Marcos le interrumpió.

—Si no quieres que te obligue a cambiar de gafas, cállate y... deja de creer.

Se levantó y se fue. Miguel Fonseca se dio cuenta de que gran parte de los clientes de la cafetería habían visto la escena y para disimular volvió a poner el gesto de reflexión. Miró al techo de la cafetería con el ceño fruncido, la boca entreabierta y los ojos medio cerrados. Esta vez no intentaba recordar nada, solo que pasara el tiempo.

No todos los trabajos para los que le llamaba Ismael Tejeiro estaban remunerados. En ocasiones no tenía más remedio que conceder entrevistas a diferentes medios sin cobrar un duro. Ismael hacía mucho hincapié en que salir en las revistas o en la televisión le venía muy bien para seguir estando en el candelero. Él mismo se encargaba de seleccionar a qué tipo de programas iba o qué clase de entrevistas le iban a hacer. El objetivo era promocionar a Marcos Rodríguez y por eso las entrevistas tenían que estar encaminadas en esa dirección. Nada de hablar de sus relaciones sentimentales y mucho menos de poner en cuestión su sexualidad como habían hecho en el cumpleaños de Juanmi Relaño. Todo lo contrario, deberían hablar de su soltería, de que no encontraba a su media naranja, así darían la sensación de que cualquier fan podía soñar con ser la mujer capaz de cazarlo. Tendrían que hablar de su carrera profesional, de los muchos proyectos que le llegaban aunque fuera mentira. El objetivo en esas entrevistas, según las planteaba Ismael Tejeiro, era que Marcos Rodríguez fuera deseado sentimental y profesionalmente. Que diera la sensación de que era una persona complicada de alcanzar por lo solicitado que estaba. Marcos se acordó de su madre y reconoció lo sabia que era. Ahora su representante le pedía lo mismo que ella, que fuera exclusivo, que se hiciera valer.

Ismael le llamó para que fuera de estrella invitada a un programa de televisión. Le dedicarían la hora y media que duraba el formato. Sería un recorrido por su vida, sus aficiones, sus sueños, sus trabajos. Era un programa de una televisión pequeña y nunca iban artistas de primer orden, salvo que

estuvieran promocionando alguna película, obra de teatro, libro o su último disco. El resto de los invitados solían ser como Marcos, actores que habían triunfado y que ahora querían promocionarse. A pesar de dedicarles casi toda una tarde y de ser el pilar principal del programa, no tenían presupuesto para pagar a sus invitados. A cambio, además de la promoción, les facilitaban todo tipo de comodidades.

Un coche de alta gama fue a recogerle a la puerta de su casa. Marcos hizo esperar al chófer unos minutos para dar tiempo al vecindario y al portero de su comunidad a ver el momento en el que se sentaba en el asiento trasero del imponente Mercedes. En la puerta de los estudios le esperaban dos azafatas que se apresuraron a abrirle la puerta del vehículo y acompañarlo hasta su camerino donde habían dejado una mesa llena de refrescos, canapés y dulces. Había llegado con un poco de antelación, así que le dijeron que tenía unos minutos para poder descansar antes de comenzar el programa. En la puerta del camerino esperaban algunas de las trabajadoras de los estudios para que Marcos les firmara un autógrafo y se hiciera una foto con ellas.

Cuando llegó el momento, las dos azafatas más tres personas de producción fueron a buscarlo para acompañarlo a la sala de maquillaje. A medida que caminaban por los pasillos, se iban sumando más curiosos que, a pesar de trabajar en televisión, parecía que nunca habían visto un famoso de cerca. Maquillado y peinado, le acompañaron al set de grabación donde esperaba la presentadora. Tenía tanta gente alrededor que parecía una estrella de la canción. Marcos se vino arriba, empezó a bromear con algunas de las chicas que le acompañaban, a algunas las rodeaba con el brazo, a otras les acariciaba la cara e incluso, al más puro estilo Julio Iglesias, llegó a darle un beso a una de ellas. En ese momento se creyó la persona con más éxito del mundo y se olvidó de que estaba realmente en una televisión pequeña con el objetivo de encontrar trabajo.

La entrevista transcurrió tal y como le había dicho su representante. A la presentadora ya la conocía de haber coincidido en alguna fiesta y se lo hizo muy fácil. Ninguna de sus preguntas le puso en un compromiso. Fue una entrevista amable y cómoda y se sintió relajado en todo momento hasta que la presentadora dio paso a su compañera que estaba en otro set. A Marcos se le aceleró el corazón. Se puso nervioso al ver a esa chica. Tenía algo especial, aparte de ser espectacularmente guapa, tenía una simpatía fuera de lo normal. Su ojos verdes traspasaban la pantalla, y su sonrisa le estaba hipnotizando. Los pocos minutos que quedaban de entrevista no se pudo quitar de la cabeza a aquella chica. No había prestado atención a la presentadora cuando le dio

paso y no sabía cómo se llamaba. Pensó que tenía que estar allí, muy cerca de donde le estaba entrevistando. Estaba deseando que acabara el programa y coincidir con ella por los pasillos. Sin embargo, cuando acabó todo, no quedaba casi nadie y ni rastro de aquella reportera. Toda la expectación que había levantado se había esfumado en el mismo momento en el que la presentadora se había despedido de los espectadores. Las trabajadoras tenían más ganas de irse a casa que de hacerse las fotos que Marcos les había prometido. La realidad le bajó de los altares a los que su ego le había subido antes de empezar el programa. La presentadora, como buena anfitriona, le acompañó hasta la puerta y le preguntó si se había sentido cómodo. Marcos asintió y le dio las gracias sin dejar pasar la oportunidad.

—Me ha gustado todo mucho. Hacéis un gran trabajo, incluso el reportaje de tu compañera, que, por cierto, no la había visto nunca. ¿De dónde la habéis sacado?

—Es una chica nueva. La descubrió el mismísimo Braulio Sabatini. Casi podría decir que está en prácticas, pero lo hace muy bien y yo creo que tiene un gran futuro por delante.

—Sin lugar a dudas. Su nombre se oirá mucho. ¿Cómo has dicho que se llama?

—Diana Bex.

7. EL ENCUENTRO

Marcos vivía pendiente del teléfono. Se lo llevaba a todas partes y de vez en cuando lo miraba por si le había llamado su representante y no lo había oído. Soñaba con la llamada deseada: Ismael Tejeiro diciéndole que le habían cogido para hacer un papel en una serie de éxito. Mientras llegaba ese momento, aprovechó el tiempo libre para apuntarse a una academia de baile donde también impartían arte dramático. En un mundo tan competitivo, toda preparación es poca y le habían hablado de un profesor que tenía muy buena reputación. La mayoría de sus alumnos acababan trabajando en el cine, en la televisión o en el teatro.

Lo primero que le llamó la atención fue que la sala era muy oscura. Lo segundo, que los alumnos hablaban muy bajito, vocalizaban de forma exagerada y miraban fijamente a los ojos mientras conversaban. Todos estaban metidos en un ambiente muy espiritual. Y lo tercero, las actividades que les mandaba hacer el profesor. Marcos no llegó a entender cómo le podía ayudar a su profesión estar cinco minutos dando vueltas por la sala imaginándose que era aire. Todos hacían más o menos lo mismo, andaban como si flotasen, pensaban que no pesaban, que eran incorpóreos. Algunos de los alumnos se metían tanto en el papel que chocaban con otros pensando que los iban a atravesar. Cuando el profesor dio una palmada, el aire se puso en movimiento. Tenían que interpretar el viento. Todos los alumnos se pusieron a correr por la sala. Alguno era un verdadero huracán, arrollando todo lo que se ponía por delante. Lo que más difícil le resultó a Marcos fue cuando llegó el momento de ser una tormenta. Los rayos y truenos no se le dieron demasiado bien, así que decidió no volver más a esa escuela, pensó que el mejor aprendizaje lo daban las tablas.

Llegó la llamada. Un amigo le dijo que estaban buscando un personaje para una nueva serie protagonizada por Sara Logan, que era una de las pocas divas que quedaban en la televisión. Marcos se tomó el *casting* como un todo o nada. No solo era cada vez más difícil trabajar, sino que hasta era

complicado que le llamaran para una prueba. El personaje que iba a interpretar le venía como anillo al dedo. Pedían un chico de su edad, atractivo y deportista. Fue hecho un manojito de nervios al *casting*, pero tuvo buenas vibraciones. No fue muy complicado, le dieron el guion de un diálogo con la que se suponía que era su novia. La chica que le iba a dar la réplica también se presentaba a la prueba y estaba igualmente nerviosa. Lo estuvieron ensayando en la sala de espera mientras esperaban a que saliera otra pareja que aspiraba a los mismos papeles. Cuando les tocó el turno, se situaron delante de la cámara. No había ningún elemento de atrezzo, pero los dos estaban muy compenetrados y se sintieron cómodos interpretando sus respectivos roles. Al finalizar, como en todas las pruebas, les dijeron que ya les llamarían. Y en esta ocasión lo hicieron.

La primera vez que Marcos vio a Sara Logan se dio cuenta de lo que era una estrella de verdad. La actriz llegó en la parte trasera de un Rolls Royce. Esperó en el interior del coche hasta que el chófer le abrió la puerta. Unas grandes gafas de sol le cubrían casi toda la cara y se resguardaba del frío con un gran abrigo de piel. El recibimiento fue con todos los honores. El productor, el director y casi todo el elenco de actores estaban en la puerta esperando la llegada de la gran diva. A pesar de la distancia profesional que existía entre Sara y el resto de intérpretes, y de la fama de arisca que la precedía, Sara fue extremadamente cordial y simpática con su nuevo equipo. En cuanto vio a Marcos, lo primero que le dijo, inmediatamente después de piroparlo por su físico, fue que tenía que cambiar su nombre artístico.

—Hay miles de Marcos Rodríguez. ¿Cómo quieres diferenciarte así del resto? Necesitas un nombre que cuando alguien lo pronuncie no haya ninguna duda de que está hablando de ti.

—Gracias por el consejo. Pensaré algo, aunque me gusta mi nombre y a mi padre no le va a hacer ninguna gracia que me cambie su apellido. Pero lo haré.

—A partir de ahora, te llamarás Marcos Ro. Es un nombre artístico muy sonoro y original. Así no renuncias a tu nombre y tienes parte del apellido de tu padre. Le diré al productor que lo pongan así en los créditos.

A Marcos le pareció buena idea aunque tampoco tuvo tiempo de protestar. Lo que parecía un consejo había sido en realidad una imposición. Después de cambiarle de nombre, Sara Logan se fue a su camerino seguida de su séquito, que le reía todas las gracias.

La serie era la gran apuesta de la temporada de esa cadena. Cada capítulo se grabaría como si fuera teatro, con el público en plató y sin tomas falsas. La

grabación era en falso directo, es decir, no se cortaba, salvo por alguna causa de fuerza mayor, lo que añadía más tensión a la ya existente en un estreno. Marcos esperaba detrás de la puerta de la entrada de la casa del personaje que interpretaba Sara Logan a que le dieran la señal para hacer su primera aparición en la serie. En ese momento estaba solo, escuchando el diálogo que el resto de actores interpretaban ante el público y las cámaras al otro lado del decorado. La separación entre el escenario y las bambalinas era muy estrecha. Apenas había una fina madera, que por un lado es la pared de una casa con sus cuadros incluidos, y por el otro lado acumula serrín y alguna que otra anotación a bolígrafo que recuerda en qué posición del decorado va ese panel. Entre la pared falsa del decorado y el verdadero muro de los estudios había un par de metros en los que esperaba Marcos a que la protagonista le diera el pie, es decir, la frase que marcaba su entrada en escena. Marcos esperaba ansioso ese momento. Los nervios le estaban devorando. Por un instante olvidó el guion, y escuchaba más alto el corazón que el diálogo de los actores. Sin embargo, cuando le tocó entrar, todo volvió a la normalidad. Los nervios se quedaron en el *backstage*, y el guion volvió a su cabeza. Se concentró en interpretar bien su texto y en disfrutar ese instante que tanto se le había resistido. Por fin estaba nuevamente delante de las cámaras, dando la réplica a una gran estrella de la televisión, y con el público en la grada entregado por completo.

Entre los millones de espectadores que vieron el estreno de la serie se encontraba Diana, que era una gran admiradora de Sara Logan. Cuando Marcos apareció en pantalla, le dio una especie de calambre en el estómago. En ese momento no acertó a saber si era porque se acordó de que ese mismo actor había estado unos meses antes en su programa para ser entrevistado, o porque le pareció extremadamente guapo. Supo que era lo segundo cuando su madre, con una sonrisa burlona, le dijo:

—La verdad es que el chico es atractivo, Diana, pero me sorprende que te hayas quedado embobada mirándolo.

—No sé de qué me estás hablando, mamá —protestó Diana.

Su madre la había visto pocas veces suspirando por un chico. La situación le pareció graciosa y no soltó a su presa.

—A una madre no se la puede engañar. Te conozco perfectamente, así que no disimules. Antes de que reniegues de él, te recuerdo que trabajas en televisión y que tampoco sería descabellado que os conocierais. Todo lo que digas ahora podría ser utilizado en tu contra en un futuro.

Diana prefirió no entrar al trazo y permaneció en silencio, pero no se pudo quitar esas palabras de la cabeza. Prefirió no decirle a su madre que ya había coincidido con Marcos y que él ni siquiera se había fijado en ella. Lo que desconocía Diana era que Marcos sí se había fijado, que preguntó por ella, que le había gustado. Esa noche le costó conciliar el sueño. No paró de recordar el día en que el actor visitó sus estudios. Soñó, justo antes de dormirse, con que los dos salían a cenar después de la entrevista. No le llegó a besar porque se quedó profundamente dormida. Se habían visto dos veces y, sin hablarse siquiera, se habían gustado. Era lo que se dice popularmente un flechazo. Los dos deseaban volver a verse. Y lo deseaban con todas sus fuerzas, así que, como diría Paulo Coelho, el universo había empezado a conspirar para que se produjera ese nuevo encuentro. Eran dos polos opuestos. Ella era la humildad, y él la vanidad. La disciplina y la anarquía. El yin y el yang. Pero todas esas diferencias iban a hacer que los dos circularan a toda velocidad por el mismo carril y en sentido contrario. El choque sería tan fuerte que saltarían fuegos artificiales y no se podrían despegar jamás.

Otra vez volvió a ocurrir. En esta ocasión fue la cadena la que decidió cancelar la serie. Fue una sorpresa, nadie en el equipo se esperaba esa decisión tan drástica. La serie iba bien de audiencia pero los gastos eran muy elevados y la mala relación entre Sara Logan, el director y el productor hizo saltar por los aires el trabajo de mucha gente. Los directivos del canal prefirieron poner punto y final al proyecto antes de que saliera a la luz que pagaban los caprichos y excesos de su estrella. Había una persona de producción encargada única y exclusivamente de colmar los deseos de Sara Logan. Algunos traspasaban la legalidad, como cuando tuvo que salir precipitadamente en mitad de una grabación para comprar un gramo de cocaína porque la diva amenazó con no salir de su camerino hasta que no le suministraran lo que para ella era el único polvo que le hacía ver las estrellas. La protagonista fue la que menos sintió la cancelación de la serie. Tenía dinero suficiente como para vivir el resto de su vida, ella y las tres generaciones siguientes. Y, aunque no hubiera tenido tanto dinero, tampoco le hubiera preocupado mucho que suspendieran su programa. Prefería alimentar su ego y su orgullo antes que alimentarse a sí misma. El caso era no dar su brazo a torcer ante los directivos. Muy diferente era la situación del resto del equipo. Eran casi cien personas las que formaban el grupo entre equipo artístico, técnico y administrativo.

Marcos lo sintió enormemente y le invadió una mezcla de decepción, frustración, enfado y también preocupación. Sabía que en apenas unos meses,

si no encontraba un nuevo empleo, se le empezarían a acumular otra vez las deudas.

Diana recibió una llamada del señor Sabatini; le dijo que estaba poniendo en marcha un nuevo programa para una de las grandes cadenas de la televisión a nivel nacional. Necesitaba cuatro reporteros con buena presencia que no tuvieran inconveniente en viajar por toda España. El cometido era cubrir todo tipo de casos, desde un asesinato, hasta hacer guardia en la casa de algún famoso. Ella daba el perfil y se lo había propuesto nada más y nada menos que el gran jefe. No podía negarse... y no lo hizo.

Lloró al despedirse del equipo en su último día de grabación, pero estaba ilusionada por dar el salto a un canal más grande. Le gustaba el reto de ponerse en el escaparate, de jugar en primera división aunque todavía fuera en la cola del león. Diana se propuso abrir bien los ojos, aprender de todo lo que le rodeaba. Quería estar al lado de la presentadora, de los guionistas, del equipo de producción y, por supuesto, de los redactores. Aprender del trabajo de todos ellos, conocer el cometido de cada departamento. Deseaba prepararse para cuando tuviera la oportunidad de ser la punta de flecha, poder aprovecharla. Sabía que estaba valorada en la empresa y que, si hacía bien su labor como reportera, podría ser la antesala de un formato con ella como presentadora.

Quedaba un mes para la emisión del nuevo programa pero todos los días tenía que acudir a los estudios. La preproducción fue larga e intensa. Numerosas reuniones, pruebas de cámara y ensayos. El primer día conoció a otros dos reporteros. Alfredo y Sonia eran también jóvenes como Diana y con más futuro en la tele que pasado. Habían trabajado en algunas producciones pequeñas y para ambos el proyecto en el que se embarcaban era el más importante hasta ese momento en sus carreras profesionales. Los dos habían sido seleccionados mediante el *casting* que había organizado la productora. Diana pensó que era muy afortunada porque ella no tuvo que presentarse a ninguna prueba. El señor Sabatini la había elegido a dedo. Por un momento se sintió más importante que sus compañeros. Todavía quedaba por seleccionar a otro reportero. En el *casting* no habían encontrado a una cuarta persona que reuniera las características que buscaban y el director decidió realizar una segunda convocatoria. De paso, Alfredo y Sonia, a pesar de que les habían dicho que ya estaban seleccionados, tuvieron que volver a presentarse a la prueba porque el director no lo tenía todavía muy claro. De esa forma, comenzaron a aprender cosas importantes de la televisión, como que no tienes un programa seguro hasta que no estás en casa viéndote por la tele.

Marcos volvió a su vieja idea de buscar algo como presentador. Pensaba que era la forma de hacerse un hueco, de tener un nombre propio y, desde que le rebautizó Sara Logan, ese nombre era Marcos Ro.

Decidió dejar a su representante. Ismael Tejeiro solo le había conseguido hasta entonces algunos bolos. El único trabajo realmente importante que había hecho en los últimos dos años había sido la serie con Sara Logan y se había enterado del *casting* gracias a un amigo. Aun así, su representante se llevó el veinte por ciento de su sueldo por no hacer nada, porque hasta el contrato lo negoció el propio Marcos. Una vez más, fue un amigo el que le avisó de que estaban haciendo un *casting* para un programa. Necesitaban un reportero joven, atractivo y con experiencia. Marcos sabía que carecía de ella en ese terreno pero sí la tenía frente a las cámaras. En ningún momento le mencionaron que el candidato tuviera que ser periodista, tal vez lo daban por hecho pero no lo especificaban, así que decidió presentarse. Utilizaría su bagaje en la interpretación, se presentaría a la prueba e interpretaría el papel de un reportero. No podía ser tan difícil. Lo que no se imaginaba era que no solo iba a cambiar de registro en su carrera profesional, sino que también lo iba a hacer en su carrera sentimental.

Alfredo y Sonia tenían cierta experiencia como reporteros y ya habían sido preseleccionados. Marcos sintió por un momento que lo iba a tener bastante complicado. Llegó a pensar que no tenía que haberse metido en ese jardín, pero ya no se podía echar atrás. Además, no tenía nada que perder. La primera en hacer la prueba fue Sonia y el resultado no fue todo lo bien que esperaba. Tenía que entrevistar a un cantante a la salida de un concierto. Al parecer, se le había visto besándose en una discoteca con una chica que se había hecho famosa por haberse operado los pechos en directo en un *reality show*.

Sonia se había preparado una batería de preguntas para lanzarle al cantante en cuanto saliera del *backstage*. Se dio cuenta de la dificultad de su trabajo cuando, al llegar, vio una gran cantidad de compañeros reporteros que querían conocer de primera mano las impresiones del cantante al saltar la noticia de su «idilio». Sonrió orgullosa cuando, en apenas unos segundos y tras unos pequeños codazos, vio que se había colocado en primera fila para preguntar al afamado cantante. Lo cierto es que, el que era líder de ventas en aquel momento tenía fama de ser bastante antipático con la prensa y más en esas circunstancias. Por eso, los demás reporteros habían dejado pasar a la chica nueva. Se imaginaban qué clase de pregunta iba a formular y la

respuesta que iba a recibir. Ellos grabarían la reacción del cantante sin tener que mancharse. Sonia no paraba de repetir en su cabeza las preguntas que se había preparado. Las directrices que le habían dado eran claras. Debía sacarle alguna declaración sobre el beso y sobre sus planes de futuro con la chica.

El cantante salió eufórico, el concierto había sido un éxito. En cuanto abrió la puerta, las fans corearon su nombre, le lanzaron flores, ropa interior y, sin saber muy bien por qué, hasta un teléfono móvil que afortunadamente logró esquivar. Su manager le pidió que no atendiera a los medios y que se subiera al coche. Con el subidón propio del concierto y de la coca que se había metido en el camerino, desoyó a su manager y se puso ante la alcachofa de Sonia con una sonrisa de oreja a oreja. La entrevista fue más corta de lo que esperaba la aspirante a reportera.

—¡Enhorabuena por el concierto!

Sonia pensó que así se ganaría a su interlocutor antes de soltarle la pregunta para la que había sido enviada.

—Gracias —contestó el cantante mientras lanzaba besos al aire para satisfacer la demanda de sus admiradoras.

—Hemos visto en las revistas tu beso apasionado. ¿Tienes planes de boda?

El mundo se paró. La sonrisa se congeló. Los ojos del cantante se llenaron de odio cuando la miró fijamente.

—¿Tienes tú planes para dejar de ser tan imbécil?

Y así, el cantante al que todos esperaban para preguntarle se metió en el coche sin atender al resto de los reporteros.

Las fans del cantante comenzaron a insultar a Sonia, alguna quiso agredirla. Los reporteros también le reprocharon que hubiera lanzado esa pregunta tan pronto. Sonia aprendió ese día que primero hay que ganarse al entrevistado. Era importante formular cuatro o cinco preguntas fáciles antes de clavar el puñal.

Marcos y Alfredo hicieron la misma prueba. En un centro comercial y acompañados por un cámara tenían que averiguar la afluencia de gente que había tenido ese día, el dinero que había ingresado, los establecimientos que más habían vendido y los que menos, las preferencias de los clientes y los artículos que más se habían vendido. Alfredo decidió ir tienda por tienda, preguntando a los empleados. Los datos que buscaba no fueron demasiado exactos porque la mayoría de tiendas no llevaban el control diario de la gente que entraba en sus establecimientos.

Alfredo aprovechó la visita a cada local para que los dependientes le contaran cómo iba la jornada, las ventas con más éxito del día, las devoluciones y las anécdotas más curiosas. También preguntó a los clientes por sus gustos y sus preferencias. Estuvo todo el día grabando y volvió a la redacción con numerosos testimonios y anécdotas del día a día en un centro comercial. Marcos fue mucho más conciso, optó por ir a hablar con el departamento de seguridad. En el centro de control, iban contabilizando mediante un sistema informático las personas que entraban y salían. En poco más de dos minutos tenía todos los datos que necesitaba para conocer la afluencia de gente. También contactó con los departamentos de contabilidad de los diferentes locales. Le dieron números muy aproximados de las ventas que se iban a realizar ese día. Tardó media jornada en tener todos los datos que le había pedido el jefe de *casting*.

Cuando el director visionó las pruebas, se reafirmó en contratar a Sonia y Alfredo. Diana venía impuesta por el señor Sabatini, así que solo tenía que elegir uno más. El *casting* de Marcos le había gustado mucho, aunque le dio la sensación de que ser un actor conocido le restaría credibilidad a su trabajo.

Marcos pensó que no le habían cogido en el *casting*. Le dijo su amigo que ya habían llamado a los otros dos aspirantes. Pasaron unas cuantas semanas y, cuando ya ni siquiera se acordaba del programa, le llamó el jefe de producción para comunicarle que contaban con él. Pesó más la efectividad en el *casting* que los prejuicios que tenía el director porque Marcos fuera actor.

Diana, Alfredo y Sonia habían conectado bastante bien. Sabían que cuando empezara el programa, apenas se verían porque cada uno tendría que estar en una punta de España, pero hasta entonces se habían vuelto inseparables. Salían los tres de una reunión cuando les avisaron de que tenían que ir a la redacción para recibir a su nuevo compañero que ya había sido seleccionado. La dirección del programa había mantenido en secreto la identidad del cuarto reportero pero se rumoreaba que había participado en varias series de televisión y que era muy guapo. Tanto misterio había levantado una gran expectación y el personal andaba un poco revolucionado con la llegada del nuevo.

Diana sintió una punzada en el corazón cuando lo vio.

—Soy Marcos Ro. Encantado de conoceros —se presentó, con una amplia sonrisa que mostraba una dentadura perfecta.

Alfredo y Sonia le saludaron cordialmente, pero Diana se quedó atrás. No era desinterés ni descortesía, era un sentimiento que no había experimentado antes. Una timidez que le hizo sonrojarse al saludarlo.

—Hola, soy Diana Bex. Encantada.

La flecha esta vez se le clavó a Marcos. No se lo podía creer. Era la chica que trabajaba en el programa de Arancha Luna. Desde entonces no la había vuelto a ver, pero no había pasado ni un solo día en el que no hubiera pensado en ella. Ahora estaba ahí, frente a él, y sería su compañera. Una extraña sensación de ilusión y felicidad le recorrió el cuerpo.

Diana se dio cuenta en ese momento de que el motor de su vida era el amor. Todo lo que había luchado hasta entonces para cumplir sus objetivos no había servido para nada, pues sería capaz de dejarlo todo en ese preciso instante para irse con esa persona que se acababa de presentar a cualquier lugar del mundo. En apenas unos segundos, Marcos Ro se había convertido en una persona imprescindible en su vida, y se enfurecía por ello. No era normal en ella perder la cabeza de esa forma pero se acababa de enamorar por primera vez. Lo que había empezado como un mordisco en el estómago se había convertido en un sentimiento que lo invadía todo. El universo ya había conspirado, ya había hecho su trabajo, ahora dependía solo de ellos.

8. LA UNIÓN

Apenas se veían. La producción del programa les obligaba a viajar por España durante toda la semana. El teléfono móvil del que disponían era su mejor aliado para estar siempre conectados. Marcos volvía a estar inmerso en una de las mejores etapas de su vida. Le gustaba su nuevo trabajo. Era muy diferente a lo que había hecho hasta entonces. No tenía que interpretar a ningún personaje. Era él mismo, mirando a cámara y comunicándose con los espectadores con sus propias palabras. Pero lo que más le gustaba era llegar al hotel, echarse en la cama y hablar por teléfono con Diana. Los primeros días disimulaba y llamaba al resto de los reporteros, quería hacer ver que no tenía interés por nadie en concreto. Su coartada se venía abajo al poner el cronómetro en marcha. Las llamadas a Sonia y Alfredo eran breves, un par de minutos para comprobar cómo les había ido el día. Cuando se le veía el plumero era cuando hablaba con Diana. Podían conversar un par de horas sin inmutarse y nunca encontraban el momento de darse las buenas noches.

De vez en cuando, los reporteros acudían al plató para presentar sus trabajos. No solía ocurrir, pero en contadas ocasiones se daba la circunstancia de que Marcos y Diana coincidían ese día en el programa. Ambos permanecían ajenos al caos que reinaba entre bambalinas. Redactores corriendo para entregar a tiempo un vídeo de última hora, los productores colgados al teléfono para conseguir la intervención de un invitado, técnicos de sonido microfonando a cualquier persona que entrara en el plató o el director atento a su cronómetro para cumplir los tiempos que había marcado en la escaleta. Por el contrario, Marcos y Diana se sentaban en sendas sillas, relajados, como en una nube, hablando y riendo de cualquier cosa a la espera de la señal del regidor para hacer su aparición ante las cámaras.

Congeniaron a la perfección desde el primer momento. Les gustaba estar juntos y comprobaron que tenían el mismo sentido del humor en el momento más tenso que se vivió en el programa. Cuando parecía que todo se desmoronaba, ellos lloraron de risa gracias a la señora de la limpieza. Esa

mañana, todos los contenidos giraban en torno a un hombre que el día anterior había amenazado con tirarse desde su ventana si no paraban el desahucio de su casa. La presentadora había conseguido contactar por teléfono con él en el momento más crítico y le había hecho entrar en razón. Dada la repercusión del programa, consiguieron paralizar el desahucio y el hombre había prometido acudir al plató al día siguiente. Cuando llevaban más de veinte minutos de emisión y habían anunciado a bombo y platillo la presencia de Emilio, que, según decía el cebo del programa, seguía con vida gracias a la presentadora, recibieron una llamada de su abogado pidiendo disculpas y justificando el plantón de su cliente por la inconveniencia de aparecer en público en mitad de un proceso judicial. Sin el invitado en plató, el tema no tenía mucho recorrido y tenían que rescatar en tiempo récord otros contenidos de interés.

Ese día Marcos y Diana estaban en plató para explicar un reportaje que habían hecho juntos sobre las zonas de actuación de las prostitutas en Madrid. Diana se había hecho pasar por una de ellas y quería mostrar lo difícil que era ejercer la profesión en determinadas zonas sin la autorización de las mafias que controlaban el negocio del sexo. Les dijeron que su sección iba a durar el doble de lo que tenían previsto en un primer momento y que estuvieran muy bien documentados. En los pasillos de la redacción solo había carreras y gritos. La tensión se había apoderado de todo el equipo de dirección. Los guionistas escribiendo en directo nuevos temas para que la presentadora pudiera leerlos en el cue. Marcos y Diana estaban repasando su reportaje mientras acordaban aportar nuevos datos que podrían ser de interés, cuando les interrumpió la señora de la limpieza para decirles, muy nerviosa:

—¡Perdonad, chicos! Tengo que salir un momento. Si alguien pregunta por mí, decidle que estoy en el plató de al lado limpiando una gotera, pero que no se preocupe, que llego enseguida.

Sin esperar la respuesta de los reporteros, salió corriendo para desempeñar su cometido. Diana y Marcos se miraron a los ojos y, sin decir una sola palabra, comenzaron a reírse. Se dieron cuenta de lo relativo que es todo. A esa mujer le importaba muy poco que ese día el programa pudiera irse al traste. Que en cuestión de minutos se hubiera quedado sin contenidos. Le daban igual los nervios que tenían Marcos y Diana instantes antes de entrar en plató. Ignoraba que todo había pasado a un segundo plano y que lo importante era sacar el programa adelante. A ella solo le preocupaba estar en su sitio si alguien la reclamaba y si no, poder justificar su ausencia, sin reparar que en ese momento de caos nadie la echaría en falta. Las risas hicieron que Marcos

y Diana salieran al plató más relajados y bordaron la sección. Ambos tenían carrete para rato y sabían muy bien de lo que hablaban. Cuando volvieron a la redacción, el director los felicitó. Ese día comprobaron que en momentos así puedes salir trasquilado o encumbrado y ellos supieron obtener ganancias en río revuelto.

Al día siguiente, el director del programa, después de analizar la audiencia, y reunirse con la dirección de la cadena, comunicó algo que sorprendió a todo el equipo, empezando por Diana, que no salía de su asombro.

—¿Me está diciendo que ya no voy a hacer más reportajes? No lo entiendo. ¿Es que no le gusta lo que hago?

El director, con media sonrisa, le explicó la situación a Diana y el porqué de esa decisión.

—Diana, me gusta mucho cómo trabajas y las piezas que nos traes, pero ayer estuviste simplemente genial y creo que puedes aportar mucho más desde plató. Quiero que entiendas que esta decisión, lejos de ser un castigo, es un premio por tu buen hacer. A partir de ahora complementarás el trabajo de la presentadora. Aportarás datos, introducirás temas y, más adelante, si todo va bien, podrás hacer entrevistas en plató. Créeme, es el paso natural que tenías que dar tarde o temprano.

Diana estaba confusa, le gustaba estar en la calle, buscar la noticia y sentía que en el plató se podía acomodar y perder el olfato periodístico. Además, no sabía cómo se iban a tomar la noticia sus compañeros. Pasaba de ser una reportera más a copresentar el programa, y eso podría crear envidias. El primero al que le contó el cambio fue a Marcos, que le hizo ver su postura de inmediato.

—No tienes que pensar en tus compañeros, tienes que pensar en ti y en tu futuro, y te acaban de dar una oportunidad que no puedes desaprovechar.

—Sí, pero creo que es injusto. Somos cuatro reporteros y todos deberíamos tener esa oportunidad. Sonia se va a sentir mal porque ella se toma muy en serio su trabajo y lo hace muy bien. No sé por qué no se lo ofrecen a ella también. Al menos podían haber hecho una prueba.

—Diana, en la tele están los que triunfan y los que no. Hacerlo bien no es suficiente. Un reportero, un actor o un presentador puede hacerlo igual o mejor que otro. Pero el público, sin saber muy bien por qué, se fija solo en unos pocos elegidos. Posiblemente no sea mejor que sus compañeros, pero es el que cala, el que llega más adentro, el que cae en gracia sin la necesidad de

ser gracioso. No pienses en por qué a los demás no, piensa en que a ti sí. Hazlo, y empieza a triunfar.

Marcos estaba realmente feliz por Diana, pero también porque se dio cuenta de que había posibilidades de subir peldaños en el programa. Sabía que no podía acomodarse, que no se podía conformar con ser reportero, que tenía que destacar e intentar que también le dieran la oportunidad de presentar. Tenía que aprender de los que triunfaban y olvidarse de los consejos de aquellos que se habían quedado por el camino.

Efectivamente, las dudas de Diana no eran infundadas. No a todos los reporteros les sentó su ascenso igual de bien que a Marcos. Sonia, a pesar de ser una grandísima amiga de Diana, no dudó en protestar. Consideraba que ella también había hecho bien su trabajo, que lo había dado todo por el programa y que había aportado noticias importantes. Recordó un caso en el que durante una semana estuvo día y noche a las puertas de la casa de un individuo para poder grabarle unas declaraciones. Hizo infinidad de horas extras que, por supuesto, no cobró, y nunca la recompensaron como ella creía que merecía. No cuestionaba el talento de Diana, pero pensaba que lo justo sería haber hecho una prueba. Se presentó en el despacho del director del programa, con el que tenía muy buena relación, para mostrar su enfado. La respuesta que obtuvo fue inesperada.

—Sonia, estoy encantado con tu labor y no quiero perderte como reportera. Eres una pieza importante en este programa, pero si no estás de acuerdo con mis decisiones, tienes la puerta abierta para seguir tu camino por otro lado. Eso sí, te pediría que nos avisaras lo antes posible para poder elegir a alguien tan buena como tú.

Sonia pensó que eso era dar una de cal y otra de arena. Salió del despacho cabizbaja. Si algún día tuvo el sueño de hacer algo más en ese programa, se esfumó en ese mismo momento.

A medida que pasaban los meses, Diana se iba asentando más en el programa. Iba cogiendo más protagonismo y, por tanto, más popularidad. La presentadora se llamaba Rosa Olmedo, era una mujer con una larga trayectoria en televisión. Había pasado por numerosos programas cuando le ofrecieron conducir un magacín de mañana. Un gran formato en el que tratarían todo tipo de temas, desde la política hasta el corazón, pasando por sanidad o sucesos. Rosa Olmedo estaba encantada con la idea y aun así decidió echarle un órdago a la cadena. Solo firmaría el contrato si le dejaban también producir ese formato. De este modo, tendría poder absoluto en el

proyecto. Sería ella la encargada de contratar al director, a los redactores, a los colaboradores y al resto del equipo de su programa. Por no hablar de su cuenta corriente, que aumentaría exponencialmente, ya que no solo ganaría su elevado sueldo como presentadora sino que también obtendría el beneficio industrial de su propia productora.

La propuesta no cayó muy bien en la dirección de la cadena, que ya se había comprometido con una productora de confianza. Barajaron incluso encomendar el proyecto a otras presentadoras que pudieran desempeñar el mismo papel sin tantas exigencias, pero Rosa Olmedo se sacó un as de la manga. Era el momento de darlo todo y no dudó en llamar a su amiga Cristina González, vicepresidenta del Gobierno, para ir a comer con ella.

Cristina González estaba en el ojo del huracán desde hacía unos meses, salpicada por un caso de corrupción. Estaba siendo investigada por un presunto delito de apropiación indebida. Eran muchos los medios de comunicación que la habían llamado para entrevistarla y conocer su versión, pero ella, que defendía su inocencia, había declinado hacer declaraciones hasta que se celebrara el juicio. Tenía miedo de que cualquier fallo en alguna respuesta pudiera influir no solo en la opinión popular, sino también en la decisión de los jueces. Rosa Olmedo olía la sangre de lejos y era el momento de sacar los dientes y atacar. Su amiga estaba herida y ella iba a sacar tajada de aquella situación.

Quedaron en uno de los restaurantes más selectos de Madrid. Le dijo a su secretaria que reservara la mesa más discreta y, cuando vio a su amiga, le contó que tenía un nuevo proyecto televisivo entre manos. No le dijo que la cadena de televisión estaba estudiando su propuesta de producir el programa, lo dio por hecho. Rosa Olmedo no era de pedir favores, era de cobrarlos, aunque el favor se lo estuvieran haciendo a ella. Era un terreno en el que se movía perfectamente y en el que no todo el mundo es capaz de salir airoso.

—Va a haber mucha expectación con el programa que voy a hacer y es el momento de que hagas una aparición estelar. Prepararemos la entrevista juntas y te aseguro que por lo menos el juicio popular lo vas a ganar. Voy a hacer todo lo posible para que la gente se convenza de que tu honestidad es intachable.

Cristina González estaba ilusionada con la idea. En su amiga Rosa, a la que conocía desde el colegio, sí confiaba. Sabía que no se la iba a jugar y sería una entrevista amable. Era una buena forma de lavar su imagen.

—Te lo agradezco mucho, Rosa. Sé que tú no me vas a fallar. Daré orden a Juan Carlos, mi director de comunicación, para que lo prepare todo.

—Perfecto. Dile que, cuando hable con los directivos de la cadena, haga hincapié en que exiges que la entrevista la haga yo sola, no vaya a ser que quieran imponer a algún colaborador y haga alguna pregunta difícil.

Rosa Olmedo se aseguraba así de que la cadena recibiera presiones por parte del Gobierno y que le acabaran dando el programa a ella.

Al día siguiente Rosa recibió la llamada que esperaba. El gran jefe quería verla. Llegó a las instalaciones de la tele con la firme convicción de que no iba a retroceder ni un milímetro en sus exigencias. Tenía claro que, a esas alturas de su vida, su objetivo era no solo presentar, sino producir un gran formato. Se lo había ganado después de un gran bagaje en los medios de comunicación. La secretaria la hizo esperar unos minutos y le dio permiso para entrar en el enorme despacho de Braulio Sabatini. El magnate se mostró tremendamente simpático y eso tranquilizó a Rosa, que veía que la reunión iba a ir por buen camino.

—Hemos recibido una llamada del gabinete de comunicación de la vicepresidenta. Me ha sorprendido mucho que estén organizando una entrevista para un programa que no está todavía decidido. Me gustaría saber qué es lo que les ha contado.

Rosa se quedó un poco cortada pero enseguida cogió las riendas. No pensaba amilanarse, por muy poderoso que fuera el señor Sabatini.

—Simplemente he cerrado la entrevista que todo el mundo quisiera tener para un programa como el que me habéis ofrecido.

—Sí, pero las condiciones que ha puesto encima de la mesa no se han aprobado todavía.

—Señor Sabatini, estoy convencida de que cualquiera de las productoras a las que le quiera encargar el formato no sería capaz de cerrar para el primer programa una entrevista con tantísima repercusión como la que va a tener Cristina González.

—Puede tener razón, pero yo no pienso solo en el primer programa, sino en los muchos que vienen después y no sé si está capacitada para tanta responsabilidad como conlleva la producción de un formato de estas características.

—Con todos mis respetos, lo que tengo claro es que la entrevista la voy a hacer. Solo espero que usted se decida pronto para saber dónde la voy a emitir.

—No se le ocurra amenazarme, señora Olmedo. Tengo el poder suficiente para cargarme su carrera profesional y la de la vicepresidenta si es preciso.

Rosa se dio cuenta de que se había excedido y no dudó en recoger velas.

—Perdone, señor Sabatini, creo que me ha malinterpretado, o me he expresado mal. Ni mucho menos le estaba amenazando con vender la entrevista a otra cadena. Lo que quiero decir es que la entrevista va a ser muy jugosa y tiene que ver la luz de alguna forma. Pero lo que deseo realmente es que sea en el nuevo magacín que ustedes me han ofrecido. Créame, no se va a arrepentir.

—Eso espero. No dudaré en retirarle la producción del formato al más mínimo fallo. Y, hágame caso, aunque crea que esta vez le ha salido bien, le recomiendo que no vuelva a venir a este despacho para chantajearme con llevar algún contenido a la competencia. La próxima vez lo pagará muy caro.

Rosa Olmedo salió feliz de la reunión con el gran magnate de la comunicación. Le habían dicho que era implacable, pero a pesar del rapapolvo que le había echado al despedirse, se había salido con la suya. El programa era suyo.

La primera emisión fue un éxito, tal y como preveía la periodista. La repercusión fue enorme en los medios y los resultados de audiencia, excelentes. El señor Sabatini parecía estar contento con la producción, y la popularidad y prestigio de Rosa Olmedo se habían disparado. Por eso cuando el director le dijo que Diana iba a acompañarla en el plató, no le importó. Estaba demasiado segura de sí misma. Lo que no se imaginaba era que la idea de poner a Diana en el plató no había salido únicamente de la cabeza del director, fruto de una improvisación, sino que era parte de la estrategia del señor Sabatini para llevar a cabo el relevo de Rosa Olmedo de forma paulatina, sin que la audiencia notara el cambio de presentadora. El señor Sabatini nunca olvidó el chantaje al que fue sometido en su propio despacho. Solo era cuestión de tiempo y de paciencia, imponer su poder sin montar un escándalo. Sabía que Rosa Olmedo presentaría batalla, que no se iba a quedar callada y gritaría a los cuatro vientos que Sabatini la había despedido por motivos personales, a pesar de los grandes índices de audiencia. El magnate tenía que hacer las cosas con cabeza para tener la de la presentadora en una bandeja.

Diana estaba contenta con su nuevo rol. Ya había dejado atrás sus temores y dudas. En el plató, al lado de Rosa Olmedo, estaba aprendiendo mucho y tenía más herramientas para comunicarse con el público. Comprendió que le habían dado una gran oportunidad y que no la podía desaprovechar. Lo que ignoraba era que existía un plan ideado por su gran valedor, el señor Sabatini, para destronar a Rosa Olmedo y convertir a Diana Bex en la nueva estrella de la televisión.

9. LA OPORTUNIDAD

Marcos no se quitaba de la cabeza el salto que había dado Diana. Estaba muy contento por ella. Sabía que se lo merecía profesionalmente. Le daba mil vueltas a su compañera Sonia y, además, era muy buena chica, muy guapa, y lo más importante de todo, estaba completamente enamorado de ella.

Durante toda su vida había ligado con un centenar de chicas. Se había acostado con unas cuantas decenas, y había salido con dos o tres. Nunca se había enamorado. Diana era la única mujer con la que prefería ir a cenar antes que ir a la cama. La única con la que preferiría despertarse antes que acostarse. La que consiguió ponerle nervioso en la primera cita.

Marcos había organizado toda la noche al milímetro, no quería dejar nada al azar. La recogió en su casa y fueron a cenar a un restaurante gallego. Antes de leer la carta, ya tenía pensado lo que iba a pedir. Nada de ensaladas para no correr el peligro de que un trozo de lechuga se quedara entre los dientes. Tampoco era conveniente pedir algo que llevara ajo o algún condimento fuerte que se pudiera repetir. Optó por un pulpo a la gallega, *carpaccio* de buey y de segundo una dorada a la sal para los dos. La botella de vino blanco que consumieron entre ambos y los ojos verdes de Diana le hicieron flotar en una nube. Había momentos que el deseo de besarla no le permitía ni siquiera escuchar lo que ella decía. Se quedaba absorto viéndola cómo movía los labios, sabiendo que el mejor manjar no estaba sobre la mesa sino frente a él.

Al salir del restaurante, pasearon por la calle Bailén hasta un establecimiento tailandés especializado en cócteles. Los combinados eran de lo más variopinto: con alcohol o sin alcohol, algunos echaban humo, otros se servían con enormes pajitas y sombrillas, y todos eran exquisitos. Ayudado por los vapores etílicos, Marcos se atrevió a acercarse cada vez más a Diana, a retirarles el pelo de la cara suavemente, a acariciarle la mano e incluso a proponerle un brindis porque estaba siendo la mejor noche de su vida.

Cuando salieron del local, siguieron paseando de la mano sin saber a dónde. El destino era lo de menos cuando lo importante de ese momento era

simplemente eso: ese instante. Llegaron a la explanada que existe entre la catedral de la Almudena y el Palacio Real. Cuando se acercaron a la barandilla que muestra las impresionantes vistas de la Casa de Campo de Madrid, Marcos no podía apartar su mirada de Diana. La cogió de la cintura, la apretó contra su cuerpo y cerró los ojos para besarla. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo al sentir sus labios. De vez en cuando abría los ojos para confirmar que era verdad lo que estaba ocurriendo, que era Diana la que estaba allí besándolo. Inspiraba profundamente para olerla, para tener una parte de ella dentro de él. De repente le entraron las dudas, se cuestionó por un momento si estaba a la altura, si a ella también le estaría gustando tanto como a él. Por suerte, no tuvo que esperar mucho tiempo para conocer la respuesta. El tiempo se paró un instante cuando Diana dejó de besarlo, se separó unos centímetros, le miró fijamente a los ojos y le dijo:

—Te quiero.

Marcos no pudo pronunciar ninguna palabra pero sentía lo mismo. En ese momento se dio cuenta de que estaba ante la mujer de su vida.

Marcos tenía claro que no se podía quedar atrás. Él también debía dar un salto. No se podía conformar con seguir siendo reportero. Estaba decidido a buscar su oportunidad, a cambiar las agujas de las vías para que el tren pasara, aunque fuera una sola vez por su vida, y cuando lo hizo no dudó en cogerlo en marcha.

Diana telefoneaba a Marcos unas cinco veces al día. La mayoría de las ocasiones era simplemente para hablar, aunque no tuviera nada que contar. Uno nunca sabe cuál va a ser la llamada que le va a cambiar la vida. Una mañana Diana hizo esa llamada.

Se enteró de que estaban buscando gente para un programa de sucesos que, aunque se emitía en una cadena pequeña, estaba teniendo mucho éxito por las noches. Querían reforzar el plató con un presentador que sirviera de apoyo a la presentadora y Marcos podía encajar con el perfil que buscaban. El problema era que no pensaban hacer *casting*, y la convocatoria de aspirantes se reducía al círculo de conocidos del director. Marcos vio la oportunidad de dar el salto que estaba buscando y se obcecó en que tenía que entrevistarse con el director como fuera. Durante el tiempo que llevaba trabajando de reportero en el programa, se había dado cuenta de que las personas cambian de forma de ser y de actuar cuando se ponen delante de una cámara. La mayoría baja la guardia. El más tirano de los jefes es capaz de decirle a un empleado que se tome la semana libre si le están grabando para un programa de televisión.

Recordó un día que la dueña de una tienda de gominolas le recriminaba airadamente a un niño de ocho años que hubiera derramado un refresco en el mostrador. Marcos estaba haciendo un reportaje sobre la obesidad infantil y entró en esa tienda para entrevistar a la dueña sobre los hábitos alimenticios de los niños cuando vio la reprimenda al pobre chaval. En cuanto encendió la cámara, la mujer cambió el rictus de su cara y pasó de ser la bruja de *Hansel y Gretel* a ser la bruja de *Hansel y Gretel* cuando era buena. Tal fue la metamorfosis de la buena señora cuando vio el piloto encendido para grabar, que acabó regalándole al niño el refresco y una bolsa de chuches. Marcos se sentía poderoso con la cámara al lado. La gente solía hacer lo que él pedía y ahora llegaba la oportunidad de emplear ese poder para su propio beneficio. Se dirigió a las puertas de la cadena donde emitían el programa que buscaba presentador. Esperó a que terminara la emisión y vio salir uno a uno a los colaboradores, personal técnico y presentadora. Solo encendió la cámara cuando apareció el director.

—Julián, buenas noches, soy Marcos Ro, reportero del programa de Rosa Olmedo. ¿Podría hacerle unas preguntas?

El director del programa, con más ganas de irse a casa que de conceder una entrevista, le preguntó:

—Estoy un poco cansado. ¿De qué se trata?

—Estamos haciendo un reportaje sobre los programas con más audiencia de las televisiones con bajo presupuesto. Queremos saber cuál es la clave de su éxito.

Nadie en su sano juicio es capaz de rechazar a alguien que le engorda su ego. Julián Orellana llevaba muchos años trabajando en televisión. A sus espaldas tantos éxitos como fracasos. Los tumbos de la vida le habían llevado a dirigir ese programa de sucesos a altas horas de la noche y sin la repercusión a la que estaba acostumbrado. Aun así, se sentía feliz por no tener que estar preocupado diariamente por las audiencias. En esos momentos valoraba más la continuidad y la tranquilidad que le ofrecía una tele pequeña que los ceros en la cuenta corriente que podían proporcionar las grandes.

Tras unos cuantos minutos de una entrevista que nunca se iba a emitir, Marcos le hizo la pregunta que le interesaba.

—Señor director, ha sido un placer poder conversar con un experto de la televisión como usted. Creo que va a incorporar caras nuevas en su programa. Me encantaría que me tuviera en cuenta. —Julián le respondió que sería un honor poder contar con un reportero de Rosa Olmedo. Marcos le tenía donde

quería y no iba a soltar la presa—. Están nuestros espectadores de testigos. ¿Se compromete a hacerme una prueba?

—Si quieres, mañana por la mañana te puedes pasar por mi despacho y hablamos.

El director miró al objetivo para hacer una broma.

—Lo siento, Rosa, creo que vas a tener que buscar a un nuevo reportero.

Ya con la cámara apagada, se dieron un apretón de manos y quedaron para el día siguiente. Marcos se fue orgulloso de su estratagema, le había salido perfecta. No podía entender cómo un director tan experimentado como Julián Orellana había caído en esa trampa, al fin y al cabo era muy poco probable que un reportero se ofreciera en un reportaje a otra empresa.

Al día siguiente, todo fue muy rápido. Se entrevistó con el director. Exageró su currículum, mintió cuando dijo que veía todas las noches el programa. Se inventó que había presentado otros formatos similares en cadenas autonómicas. Improvisó cuando contó algunas anécdotas que le habían ocurrido en directo en alguno de sus programas imaginarios, y se alegró sinceramente cuando el director le dijo que el trabajo era suyo.

A Marcos le pareció curioso que hubiera veces que en televisión exigieran muchísimo para contratar a alguien y otras que ni siquiera te pusieran delante de una cámara para hacerte una prueba. No le costó demasiado romper el contrato que había firmado con el programa para el que trabajaba. Sabía que ya había tocado techo y que no iba a progresar más. Habían contado con Diana para reforzar el plató y eso había cerrado las puertas al resto de los reporteros. Si quería seguir avanzando en su carrera, necesitaba hacerlo en otro lado. La idea de dejar el reporterismo y estar cobijado bajo el calor de los focos de un plató le motivaba bastante, a pesar de que la cadena no era tan potente y que su labor en el plató se limitaba a aportar cifras, fechas o aclaraciones de los temas que se trataban en el programa. Pero él siempre pensaba que tarde o temprano le llegaría su momento. Que poco a poco tendría más presencia, que su figura se iría haciendo cada vez más importante. Solo tenía que esperar, tener paciencia y hacerlo bien. Y no se equivocó. Fue cuestión de tiempo cuando tuvo su primera prueba de fuego. En una de las mejores zonas de la capital, ocurrió un hecho que escandalizó a la sociedad.

Un matrimonio brasileño había sido asesinado y descuartizado en su propio chalé. Numerosos indicios apuntaban a que el autor material de los hechos había sido el jardinero de la familia. Lo que había ocurrido en ese lugar fue realmente espeluznante. El jardinero no tenía ningún motivo para matar a esa pareja que siempre se portó bien con él. Simplemente tenía el

deseo irrefrenable de matar y saber de primera mano qué se sentía al acabar con la vida de una persona. Una mañana, provisto con sus tijeras de poda, entró en la casa y abordó a la mujer por la espalda. Clavó las tijeras en su nuca y le dio la vuelta con rapidez para ver la cara de sorpresa, dolor y terror de aquella mujer que no vio venir la muerte. Fue rápido y silencioso. También fue sucio y decepcionante. El jardinero no había disfrutado con esa muerte. Solo había durado un par de segundos. Un suceso de consecuencias tan grandes para una satisfacción tan pequeña. La mujer yacía en el suelo en mitad de un gran charco de sangre. El jardinero utilizó las mismas tijeras para cortarle un par de dedos con el fin de prolongar su excitación. Pero nada, la mujer ya había muerto y la amputación de los dedos no produjo ninguna reacción. El asesino estaba profundamente defraudado y enfadado. Decidió esperar al marido. No debería tardar mucho. Era la hora de comer y él siempre iba a casa.

Cerró la puerta de la cocina, se lavó las salpicaduras de sangre de sus manos y de su cara, se cambió la ropa, cogió el hacha del jardín y esperó en el salón. Se le aceleró el corazón cuando oyó la llegada del coche. Una mezcla de ilusión, nervios y excitación se apoderó del jardinero. Era casi un deseo sexual lo que sentía en ese momento. Tenía claro cómo iba a actuar. Esta vez lo haría más despacio, tenía que saborear el momento. Sonaron las llaves entrando en el bombín de la puerta. Escuchó su corazón, que lo tenía en la boca. Agarró fuerte el mango de madera de su arma mientras percibía una pequeña erección. En cuanto entró el hombre por la puerta, descargó toda su fuerza golpeando con el filo del hacha en la rodilla de aquel que una vez le dijo que jamás cultivaría unas rosas tan bonitas como su mujer. La misma que se desangraba en la cocina. El hombre con la pierna seccionada, se arrastró sin entender lo que estaba sucediendo. El jardinero, ahora sí, estaba disfrutando. Se limitó a observar cómo ese pobre hombre reptaba sin saber a dónde. Le abrió la puerta de la cocina para que pudiera ver a su mujer tendida en el suelo y así infligir más dolor. Cuando se cansó de la escena y de los gritos, volvió a golpear con el hacha, pero esta vez en la cabeza. Se pasó toda la noche troceando los cuerpos y limpiando la sangre. Pensó que así no dejaría huellas. Fue detenido al día siguiente.

Cuando Roberto, el hijo del matrimonio asesinado se enteró de la noticia, cogió el primer vuelo con destino a España. Estaba todavía en el aeropuerto, buscando la parada de taxis para dirigirse a su hotel, cuando se le acercó un joven impecablemente vestido con un traje hecho a medida y corbata de seda. Le tendió la mano cuando se presentó.

—Me llamo Jacinto Calero, de JC Abogados. Es terrible lo que les ha sucedido a tus padres. Permíteme que te acompañe en el sentimiento y en tu estancia en nuestro país. Tengo un coche esperando en la puerta. Puedo llevarte donde quieras.

Roberto pensó que Jacinto era el típico abogado oportunista que huele el dinero a distancia, pero no conocía a nadie en España, y le venía bien alguien que le guiara en un país desconocido y en esas circunstancias desoladoras.

El director del programa le dijo a Marcos que era la hora de la verdad, que el caso era suyo y que no le defraudara. Todas las cadenas y programas de la competencia hablaban de ese suceso.

—No me vale tener lo mismo que el resto. Si quieres que confíe en ti, tienes que ir más allá. Consigue algo nuevo —le advirtió el director.

Marcos se presentó a primera hora de la mañana en el despacho de JC Abogados. En cuanto conoció a Jacinto supo que se habían juntado el hambre con las ganas de comer. El caso había despertado un gran interés mediático y ninguno de los dos pensaba desaprovechar esa ocasión. Marcos no quería defraudar a su director y Jacinto no quería defraudarse a sí mismo. El reportero necesitaba la complicidad de ese abogado para que le diera información inédita. Y el letrado deseaba colocar su despacho en el escaparate audiovisual. Quería ser un abogado mediático, eso le proporcionaría clientes, caché y popularidad. Necesitaba la complicidad del presentador para filtrar en la tele la información que más le convenía.

Esas dos personas con profesiones diferentes y mismas ambiciones se dieron un apretón de manos y cerraron un acuerdo para utilizarse mutuamente. Lo que no sabían era que ese acuerdo lo mantendrían de por vida.

El caso estaba muy claro y resuelto a las primeras horas. La fiscalía tenía pruebas suficientes para solicitar cuarenta años de cárcel para el jardinero por dos delitos de asesinato. A Jacinto, que representaba a Roberto en la acusación particular, no le venía nada bien que todo fuera tan fácil. Necesitaba crear dudas, que la investigación se complicara para presentarse ante los medios como el gran artífice de que el jardinero se pudriera entre rejas. Marcos tenía la solución y le contó al abogado su plan. A cambio, salió del despacho con unas fotografías espeluznantes. El jardinero se había hecho unos *selfies* con los cuerpos del matrimonio descuartizados. Fue su primera gran exclusiva y la pagó esa misma noche en el programa cuando la presentadora le dio paso. El precio que tenía que pagar era crear dudas razonables de que el jardinero podría no haber sido el autor del crimen.

—Nuestro compañero Marcos Ro nos cuenta la última hora —leyó en el cue la presentadora.

Marcos se mostró muy seguro de sí mismo y todo lo convincente que pudo.

—Buenas noches. Se ha producido un vuelco en el caso. La defensa ha asegurado que el jardinero entraba todos los días en casa, así que es normal que hayan aparecido sus huellas en la escena del crimen. También ha declarado que, a la hora en la que se produjeron los asesinatos, él ya estaba comiendo en su casa. Por tanto, la principal prueba de cargo se viene abajo.

Evidentemente, sabía que la Policía Científica había encontrado huellas y ADN del jardinero no solo en la escena del crimen, sino también en los cadáveres, en el arma homicida, en las bolsas donde había introducido los cuerpos troceados y en la cinta americana con la que las había cerrado. Además, tenía en su poder las fotos que mostraban con claridad quién era el asesino. Eso le dio igual. Iban a hablar mucho de ese caso, ya tendría oportunidad de contar ese pequeño detalle otro día. Marcos había cumplido con su cometido. Por primera vez, la opinión pública tuvo dudas acerca de la autoría del crimen.

Al día siguiente siguió con su plan de sacarle el máximo provecho al caso. Le pidió al director del programa que le diera más presencia y más minutos para mostrar las imágenes escabrosas que le había facilitado Jacinto Calero. El director tenía dudas.

—Esas fotos no se pueden emitir, son demasiado explícitas, nos cerrarían el programa al día siguiente.

—Podemos difuminar los cadáveres para no herir la sensibilidad de nadie. La gente no va a poder apartar la vista de su televisión. Es muy impactante ver la cara de felicidad del jardinero después de haber cometido un doble crimen.

Marcos tenía respuestas para todo. Julián se pensó unos cuantos minutos su contestación.

—Está bien. Daré orden para que se difumine la foto entera y solo se vea la cara del asesino. Y tú no seas muy morboso cuando describas las imágenes.

La jugada le salió perfecta a Marcos. Esa misma noche, su participación en el programa fue impecable. Cuando le dieron paso, se sentó al lado de la presentadora, miró a cámara fijamente y, sin titubear, les contó a los espectadores la exclusiva que llevaba.

—Quiero que presten atención. Les adelanto que las imágenes que van a ver son realmente impactantes y pueden herir su sensibilidad. Son imágenes

difíciles de asimilar pero necesarias para comprender la personalidad de un asesino.

Marcos sabía que cuantas más veces advirtiera de la dureza de las fotos, más interés tendrían los espectadores en verlas. No se equivocó. El momento de las fotos fue el minuto de oro del programa. Marcos se había ganado el puesto en el plató. Había convertido su presencia en una referencia dentro del espacio.

Un hecho que supuso alegrías y enfados en la misma medida. La presentadora se llamaba Teresa Landa y llegó al programa sin tener demasiada experiencia en televisión. Había dado tumbos de una cadena a otra presentando pequeños formatos. Marcos se dio cuenta enseguida de que era una incompetente en lo profesional, pero muy competente en lo marital. Estaba casada con un magnate de la construcción que poseía gran parte del paquete accionarial de la cadena de televisión donde se emitía el programa. Comprobó la doble cara que se exhibe en el mundo televisivo. Era notorio por los pasillos el descontento general entre los trabajadores y su animadversión hacia la presentadora. Había que darle todo hecho, era incapaz de hacer nada por sí sola y sus meteduras de pata en directo eran continuas. Sin embargo, todos, absolutamente todos, se deshacían en elogios y halagos cuando la tenían delante. Las toses las dejaban para la intimidad de los corrillos en los pasillos. La encumbraban de tal forma que ella se creía perfecta. Julián Orellana era el único que le reprochaba los errores, pero lo hacía con mucho cuidado, sabía que Teresa tenía hilo directo con los despachos de arriba. Los directivos de la cadena conocían las carencias de la presentadora, pero el programa funcionaba y llevaban a rajatabla la máxima de la televisión: «Lo que funciona no se toca». El director siempre afirmaba que la audiencia del programa era buena a pesar de Teresa Landa.

Al principio estaba encantada con la idea de tener a Marcos en la mesa del plató. Reconocía que lo hacía muy bien y que aportaba mucho al formato. Pero eso solo fue al principio... muy al principio. Marcos iba ganando peso en el programa. Cada vez tenía más participación. El director estaba encantado con él y le daba más responsabilidad. Evidentemente, el éxito de Marcos iba en detrimento del de Teresa, que veía cómo poco a poco se le iba el programa de las manos. De nada sirvieron sus protestas y sus visitas a los despachos de los jefes para que prescindieran de Marcos. Los índices de audiencia habían subido y también tiraron del mismo tópico: «Lo que funciona en televisión no se toca». La tensión que se vivía en el plató iba en aumento. Teresa y Marcos no se hablaban. Ella lo veía como un enemigo en

lugar de un compañero y siempre intentaba dejarlo mal en directo. Marcos se desenvolvía cada vez mejor y solía salir airoso de esas batallas. Cuando la situación era insostenible, saltó la noticia.

El marido de Teresa llevaba años utilizando la cadena de televisión para desviar fondos a otras empresas de su propiedad afincadas en paraísos fiscales. Tenía un entramado de sociedades ficticias repartidas por diferentes países para dificultar el rastro del dinero que finalmente llegaba a una cuenta de Suiza. Teresa Landa figuraba como administradora en algunas de esas empresas, por lo que también estaba siendo investigada. La cadena quería alejarse de ese escándalo. Empezaron acciones legales contra el empresario y rescindieron el contrato a Teresa Landa el mismo día que la detuvo la Policía. No les dio tiempo para buscar una presentadora consolidada, así que esa noche tomaron una decisión de urgencia. El programa lo presentaría Marcos Ro.

Había mucha expectación por saber cómo iba a afrontar el programa de sucesos esa noticia. El morbo estaba asegurado. La mayoría de la gente pensaba que obviarían el tema, que no hablarían de la detención de su presentadora.

Marcos estaba tan ilusionado como nervioso. Toda la responsabilidad del programa caía sobre él. Era su oportunidad. Si le salía bien, tendría que seguir luchando día a día para mantenerse. Si le salía mal, sería definitivo. Nadie volvería a confiar en él. En televisión no hay segundas oportunidades.

Marcos Ro se puso delante de su cámara. Miró fijamente al cue donde estaba escrito el primer tema relacionado con una violación. Decidió no leer ese guion para improvisar, diciendo:

—Buenas noches. Hoy no está Teresa Landa porque está encerrada en la cárcel de Estremera. Esta noche presentaré yo el programa porque nunca he metido la mano en la caja.

El pinganillo que llevaba en el oído derecho echaba humo. Los gritos e improperios que le lanzaba el director desde control los podían oír hasta los colaboradores de la mesa. El programa fue líder de audiencia. Todo el mundo hablaba de esa introducción. Se había ganado el respeto de los espectadores, que vieron que no tenía pelos en la lengua. Había dejado su credibilidad y rigor fuera de toda duda.

10. DANIELA

Los dos trabajando en lo que les gustaba y los dos saliendo con quien les gustaba. No podían pedir más. Estaban inmensamente felices. Seguían riéndose ambos con cualquier tontería con la que uno solo se ríe cuando está enamorado. Estaban juntos siempre que el trabajo se lo permitía. Se habían visto toda la cartelera del cine y habían visitado los mejores restaurantes de la ciudad. Los fines de semana aprovechaban para hacer escapadas y volver a visitar lugares en los que habían estado por trabajo y que no habían disfrutado de la misma forma que lo hacían juntos. No discutían ni una sola vez, habían congeniado perfectamente. Estaban hechos el uno para el otro. Cuando Diana terminaba su programa, acudía a las instalaciones de la cadena donde trabajaba Marcos. Le gustaba quedarse detrás del decorado y observar cómo él conducía el espacio. Estaba orgullosa de su novio, de lo que había conseguido. Lo admiraba por haber logrado presentar un programa periodístico que funcionaba muy bien y que controlaba a la perfección sin haber estudiado periodismo.

Mucha gente les paraba por la calle. Les decían que hacían muy buena pareja. A Marcos le seguían recordando por las series. Su programa iba bien de audiencia pero se emitía en una cadena pequeña y el número de espectadores que lo veía era sensiblemente inferior al que registraba el programa de Diana. Ella continuaba sonrojándose cada vez que le pedían un autógrafa. Él engordaba un par de kilos con cada rúbrica que estampaba, aunque fuera en una servilleta. A ella le daba mucha vergüenza ser el centro de atención. A él le hacía sentirse importante. Se llevaban maravillosamente bien sin tener nada que ver el uno con el otro. Solo coincidían en el optimismo, en el sentido del humor y en la pasión que sentían por la televisión. La misma que les había unido y la misma que les iba a separar, aunque eso todavía no lo sabían.

A pesar del poco tiempo que llevaban saliendo, decidieron casarse. Estaban convencidos de que juntos eran una naranja. Ganaban más dinero que

cualquier pareja de su edad y empezaron a buscar casa. Se creían los reyes del mambo hasta que un par de bancos les denegaron la hipoteca. No llevaban tanto tiempo trabajando como para comprarse la casa de sus sueños. Las aspiraciones de Marcos excedían la realidad que su bolsillo podía pagar. Pensaba que era cuestión de tiempo que sus sueños materiales se cumplieran. Mientras, le bastaba con lo espiritual y romántico de la situación. Vivir al lado de Diana era el mejor de sus sueños. Se conformaron con un apartamento muy apañado en una calle nueva de las afueras de Madrid. Un dormitorio, un baño y un salón con cocina francesa eran más que suficiente en ese momento para dos enamorados que anhelaban la hora de acostarse. Una hora que conseguían alargar todas las noches con juegos, sudores y jadeos.

Los programas de ambos iban subiendo de audiencia. El de Diana ganaba cada vez más espectadores, lo que hizo crecer exponencialmente su popularidad. A Marcos le seguían reconociendo más por el pasado que por el presente. Le fastidiaba no estar en una cadena más grande. Ya no se conformaba con ser cabeza de ratón y tampoco le valía con ser la cola del león. Marcos quería ser el león entero, comerse al ratón y a cualquiera que le hiciera sombra. Sabía que con el tiempo tenía que dar otro salto, un paso más que le llevara a lo más alto. Mientras tanto se había implicado completamente en el formato que presentaba.

Estaba feliz de poder moderar un debate con expertos, de informar a los espectadores e incluso de dar alguna que otra exclusiva. En el caso del jardinero asesino, gracias a su amistad con el abogado Jacinto Calero, consiguió ser la referencia informativa, incluso por delante de programas como el de Diana, con mejores recursos y mayor presupuesto que el suyo. El abogado le seguía surtiendo de documentación jugosa. Marcos lo tenía todo: las autopsias, las declaraciones, pesquisas de la Policía, fotografías de la escena del crimen y un sinfín de imágenes escabrosas que jamás se podrían emitir en un programa de televisión. Una información que mostraba a los espectadores según su conveniencia y la de Jacinto. Una vez que se emitía en su programa, otros medios se hacían eco y así la información llegaba a las grandes cadenas. Jacinto Calero también consiguió lo que buscaba. Le llamaban de numerosos programas para conocer su opinión acerca de la información que se iba dando. Su popularidad fue aumentando como la espuma y los clientes que llamaban a la puerta de su despacho también. Gracias a Marcos, el caso se había complicado de cara a la opinión pública y Jacinto apareció ante los medios como el gran artífice de que el jardinero fuera condenado finalmente a cuarenta años de cárcel.

El programa de Rosa Olmedo también abordó ese tema, pero no llegaron a tener las exclusivas que consiguió Marcos. Diana nunca utilizó en su programa la información que le contaba Marcos en casa. Siempre supo respetar el trabajo de los demás y jamás traicionaría a su marido. Cuando se cerraba un caso, solía llegar otro. Evidentemente, había sucesos más potentes que otros, pero siempre había uno en el candelero. Y si no, ellos mismos se encargaban de dar a bombo y platillo cualquier suceso por pequeño que fuera, y tratarlo como si hablaran de un magnicidio. Cuando ocurría algo grave y mediático, se olvidaban del pseudomagnicidio.

El programa de Rosa Olmedo estaba tratando como tema estrella el caso de Daniela, una niña de diez años que necesitaba urgentemente un trasplante de médula. Existían numerosos niños en la misma situación que Daniela, pero no eran tan guapos como ella, ni eran tan fotogénicos, ni tan simpáticos delante de una cámara. Era una injusticia flagrante contra la que Diana no podía luchar. Tenía que entender que no podían dar cabida en el programa a todos los niños enfermos y se consolaba pensando que, ayudando a Daniela de forma directa, ayudaban al resto de forma indirecta. Cada vez que hablaban en el programa del caso, aumentaba el número de donantes de médula.

La pequeña acudía frecuentemente con sus padres al plató. El *show* que montaba el programa era impecable. Una música melancólica, las pantallas del plató proyectando imágenes de Daniela jugando con sus padres, divertida, feliz, aparentemente ajena a su destino prematuro. Los padres nunca podían reprimir las lágrimas y el espectáculo melodramático hacía que Rosa Olmedo quedara ante la opinión pública como la gran samaritana que cedía su espacio para ayudar a los que más lo necesitaban. La realidad distaba mucho del buen corazón de la presentadora. La realidad era que, cada vez que salía la niña con la cabeza cubierta con un pañuelo rosa, clavando sus grandes ojos azules en la cámara y pidiendo con una enorme sonrisa a los espectadores que se hicieran donantes, los índices de audiencia se disparaban. Diana ya llevaba el tiempo suficiente en la profesión como para saber que la televisión solo es solidaria si la audiencia es buena, pero aun así le entristecía mucho pensar que esa pobre niña se jugaba la vida en cada aparición televisiva. A las pocas semanas descubrió sin consuelo que la televisión no hace milagros. Diana no pudo contener las lágrimas cuando el programa dio la triste noticia mientras emitía unos emotivos vídeos que recordaban a Daniela. Rosa Olmedo tampoco pudo evitar hacer unos cuantos pucheros ante la cámara, sabía que así podía arañar unas décimas de audiencia, aunque no le salió ni una sola lágrima.

Marcos se había asentado perfectamente en su programa. Llegó casi de puntillas y en poco tiempo había pasado a liderar el formato. Su capacidad de trabajo y de esfuerzo para conseguir buenas noticias estaba casi a la altura de su ambición. Los colaboradores que a su llegada lo ningunearon empezaron a respetarlo, incluso hubo quien se sobrepasó en sus loas. Una noche, antes de comenzar el programa, Marcos estaba en su camerino vistiéndose cuando Julia López, una veterana periodista de investigación, llamó a la puerta. Desde el umbral le preguntó por los temas que iban a tratar esa noche en el programa. El momento incómodo llegó tras la respuesta de Marcos, cuando Julia se metió dentro y cerró la puerta. Enseguida Marcos se dio cuenta de que no iban a hablar de los casos de esa noche.

—Es increíble cómo te has hecho un hueco en este programa. ¿Quién lo iba a decir? Un pipiolo como tú. Hace nada estabas interpretando papeles de adolescente y ahora presentador serio de un programa de sucesos. ¿Qué dicen tus fans? Porque seguro que tienes muchas.

Marcos sabía que, tarde o temprano, Julia, antes de salir del camerino, se declararía una de sus fans. Se la veía venir de lejos. Intentó hacerle desistir para no llegar a ese momento.

—Bueno, no te creas. Tampoco es algo que ahora me importe demasiado. No tengo mucho tiempo libre y el poco que tengo se lo dedico a mi mujer.

Marcos creyó haber zanjado el tema pero se equivocó. Julia fue a la desesperada.

—Ahora tienes tiempo y no está tu mujer para dedicárselo —le dijo mientras le tocaba la entrepierna—. Ya verás cómo enseguida te vienes arriba.

Por un momento Marcos se planteó dejarse llevar, la periodista estaba ya entrada en años pero recordó cuando él era adolescente y la veía por la tele. Entonces no se lo hubiera pensado ni un instante. Con quince años menos, Julia era un mito erótico de su generación. En más de una ocasión había fantaseado con acariciarle los labios con una fresa después de un sensual baile detrás de una cortina al más puro estilo *Nueve semanas y media*. Pero el paso del tiempo no había perdonado a esa Kim Basinger, y además tenía a Diana muy presente y no quiso traicionarla. Justo en ese momento le vino a la cabeza la noche que estuvieron en la catedral de la Almudena, cuando la besó por primera vez, cuando ella le dijo que le quería, cuando comprobó que estaba enamorado de ella.

—Lo siento, Julia. Lo único que quiero que esté arriba esta noche es la audiencia de hoy y para eso tenemos que estar concentrados en el programa.

Marcos cerró la puerta después de echar del camerino a la periodista. Se recreó un instante en lo que había sucedido. Con una sonrisa se mostró satisfecho de haber rechazado a Julia. Lo más sencillo hubiera sido dejarse seducir por aquella mujer. Después de todo, no se conservaba muy mal, pero hizo lo más sensato, su madre estaría orgullosa. Pensó que esa decisión solo se toma cuando uno está muy enamorado, y él lo estaba.

A Diana no le dijo nada de lo que había sucedido. Sin embargo, pareció que la joven quiso tener un gesto de agradecimiento cuando le dio dos noticias que serían muy importantes en su vida. La primera significaría un punto de inflexión en su vida personal, la segunda en la profesional. Empezó por la primera y le dijo, con lágrimas en los ojos, que estaba embarazada de tres meses. Marcos se quedó sin palabras, le vinieron a la cabeza montones de pensamientos, de recuerdos. Se acordó de sus padres, de lo felices que iban a ser al darles la noticia. Sin saber muy bien por qué, se acordó también de Fabiola, su profesora de inglés, de Ana, la primera mujer con la que tuvo una relación sexual, de Julia, la última a la que había rechazado y de lo que se sentía ahora más orgulloso todavía. Por un instante la noticia que le acababa de dar Diana le había envejecido diez años. Acababa de decir adiós a la juventud. En ese momento se había convertido en un señor aunque tenía la ilusión de un niño. Hacía ya un tiempo que Diana le dijo que el nombre del primer bebé que tuvieran no era negociable. Se llamaría Daniela en homenaje a la niña que acudía con sus padres al plató en busca de ayuda. En el caso de que fuera niño, se llamaría Daniel.

La segunda noticia iba a dar el empujón definitivo a la carrera de ambos. Diana le contó la conversación que había escuchado esa misma mañana procedente del despacho de Rosa Olmedo. Diana no solía subir a la zona noble de la cadena de televisión, pero esa mañana lo hizo. Una planta donde cohabitaban los productores, directores, presentadores de renombre y, en definitiva, todo aquel que tuviera un buen puesto dentro del organigrama televisivo. Solo el todopoderoso Sabatini subía un piso más para acomodarse en su inmenso despacho.

Ese día, el director del programa la había citado en su despacho para darle una buena noticia. Realmente le iba a confirmar lo que ya se venía rumoreando por los pasillos desde hacía unas semanas. Diana había sido la elegida para estar al frente del programa mientras Rosa Olmedo disfrutaba de sus vacaciones de verano. La veterana presentadora había sugerido que le sustituyera una periodista con más bagaje profesional que el de Diana, pero, una vez más, el señor Sabatini, que seguía en su empeño de convertir a Diana

en una gran estrella, había impuesto su criterio. Ese verano Diana se iba a quedar muy gustosamente sin vacaciones. Estaba dando pasos de gigante en la profesión y todos sus compañeros estaban entusiasmados con ella. El jarro de agua fría llegó cuando fue a comunicarle la noticia a Rosa Olmedo. Era un mero trámite de cortesía porque sabía que la presentadora conocía mucho antes que ella la decisión de la cadena, pero creyó conveniente buscar la aprobación de la gran estrella del programa. La puerta del despacho estaba entreabierta y vio que Rosa estaba reunida con el director de producción del programa. Esperó fuera a que acabara la reunión y no pudo evitar escuchar la conversación.

—No nos podemos permitir seguir cayendo en audiencia y últimamente no conseguimos temas potentes. Está claro que el programa está sufriendo un gran desgaste. Si continuamos así, y no tomamos medidas, estaremos abonando el camino a la competencia.

Tras las palabras del productor, hubo un largo silencio que rompió Rosa con una propuesta que se cargaba no solo el código deontológico del periodismo, sino también cualquier atisbo de ética moral.

—Vamos a ver, los mejores datos de audiencia nos los dio la niña esa enferma. ¿Cómo se llamaba?

A Diana le parecía increíble que no se pudiera acordar del nombre de la pequeña. Con la de veces que había estado en el plató, con la tristeza que invadió a todo el equipo cuando se enteraron de su muerte, con los pucheros que puso Rosa Olmedo cada vez que le enfocaba la cámara.

—Daniela —respondió el productor, que conocía tanto a Rosa que no se sorprendió de la pregunta.

—¡Eso, Daniela! Tenemos que buscar otro caso como el de Daniela. Hay que traer al plató una niña moribunda. Eso nunca falla. La gente no puede apartar la vista del televisor. Se sienten mal si cambian de canal, creen que dan la espalda a la pobre niña.

—El problema es que no es fácil encontrar ese tipo de casos. No siempre los padres están dispuestos a participar en un *show* con su hija que padece una enfermedad terminal.

—Pues nos lo inventamos. Busquemos una niña guapa, con una sonrisa bonita y unos grandes ojos claros. Una niña que tenga unos padres guapos y simpáticos y nos inventamos una historia. Una enfermedad incurable que acabará con la vida de la pequeña en pocos meses. Los espectadores serán incapaces de ver otro programa. Podemos hacer una campaña solidaria en la que intervenga toda la sociedad. Luego diremos que se ha encontrado un

remedio gracias a la colaboración de todos y que la niña se ha salvado. No solo nos aseguramos la audiencia sino que además habremos salvado la vida de una niña. Si sale bien, es perfecto.

—Y si sale mal, podemos acabar hasta en la cárcel. ¿Te has vuelto loca? —se oyó algo de cordura en la conversación.

—No va a salir mal nada. —La cordura no tardó mucho en salir por la ventana—. Hay que buscar a alguien que reúna las características que te he dicho y que tenga una enfermedad de esas raras que no entiende la gente. Nosotros solo nos inventaremos la gravedad de la enfermedad.

A Diana se le atragantó la buena noticia que le había dado su director. Decidió no seguir con el detalle de cortesía y se bajó a la redacción sin haber hablado con Rosa Olmedo.

Los planes maquiavélicos que había presenciado Diana estaban previstos para el comienzo de la nueva temporada. El período estival estaba a la vuelta de la esquina y Rosa Olmedo no pensaba regalarle ni una décima de audiencia a su sustituta, aunque Diana jamás hubiera aceptado participar en un embuste de esas características.

El verano fue muy duro para Diana. La ilusión y la felicidad de estar al frente del programa perdieron la batalla contra los nervios, la responsabilidad enorme que le daba su nuevo rol, el malestar que le producía el embarazo, el calor y sobre todo la ausencia de Marcos, que se había ido unos días de vacaciones a la playa. Solo se fue una semana a la casa que tenían sus padres en Alicante, pero a Diana le pareció una eternidad. Tener a Marcos a su lado le daba tranquilidad y más en esos momentos de cambio, pero también entendió que su marido se fuera a desconectar unos días. Había sido un año muy intenso. A decir verdad, Marcos no consiguió desconectar, estaba más pendiente del día a día de Diana que del vaivén de las olas de la playa, así que decidió poner punto y final a sus vacaciones antes de lo previsto y volvió a Madrid para estar cerca de la madre de su futura niña.

Marcos acudía casi a diario a los estudios de Diana. Le gustaba ver a su chica en acción, aprender cómo se trabajaba en una cadena grande y soñar con ser el presentador de un programa así.

La compañía de Marcos había mejorado el estado de ánimo de Diana, pero el embarazo no estaba siendo nada bueno. Las náuseas, los mareos y los dolores eran constantes y el ritmo de trabajo no le dejaba descansar lo suficiente. Su primera experiencia como presentadora de un gran formato no le estaba yendo muy bien en lo personal. Todo lo contrario que en el terreno profesional. Diana estaba recibiendo muy buenas críticas y la audiencia no se

había resentido desde la marcha de Rosa Olmedo. La finalización del período estival coincidió con el ultimátum de la ginecóloga, que, muy enfadada, obligó a Diana en su última visita a cogerse la baja y guardar reposo. Estaba de seis meses y corría el riesgo de que la bebé prefiriera estar mejor fuera que dentro de una madre hecha un manojo de nervios.

Diana decidió tomarse muy en serio la advertencia de la ginecóloga y comunicó a la dirección de la cadena que se iba a quedar en casa en reposo hasta el parto. Tenía claro cuáles eran sus prioridades en la vida y el bienestar de su primogénita estaba por encima de cualquier otra consideración. El reposo de Diana precipitó la vuelta de Rosa Olmedo de vacaciones y el adelanto de la nueva temporada. La audiencia no la había echado de menos, había respaldado a Diana y eso lo llevaba clavado muy dentro. Rosa Olmedo sabía que tenía que dar un golpe de efecto, marcar su territorio demostrando que ella era la reina. Era el momento de poner en marcha su plan, de subir la audiencia con un gesto de solidaridad. A diferencia de lo que ocurrió con Daniela, en esta ocasión el plan era que hubiera un final feliz. La niña salvaría la vida gracias a la campaña solidaria que iba a realizar el programa. Rosa Olmedo se mostraría ante el público como la gran salvadora. Era el broche de oro a su larga trayectoria profesional. Lo que no sabía era que el broche se le iba a incrustar en el pecho. Esa estrategia inmoral les serviría a Diana y a Marcos para triunfar en la televisión como nunca antes lo había hecho nadie.

11. EL FRAUDE

La sala de espera estaba abarrotada. Era la primera niña que llegaba a la familia desde hacía muchos años. Diana tenía una familia muy extensa y estaban todos muy unidos. Ni sus padres, ni ninguno de sus hermanos acompañados por sus respectivas parejas se ausentaron en un día tan importante. La familia de Marcos se reducía solo a sus padres, que estaban deseando ver la cara de su nieta. Ambas familias ya se habían juntado en otras ocasiones. La relación era buena entre los consuegros, algo que siempre había preocupado a Diana. La primera vez que se conocieron, Diana estaba muy nerviosa. A sus padres, a pesar de que eran muy disciplinados y rectos, les gustaba mucho la juega y gastar bromas. Les avisó de que los padres de Marcos eran muy tímidos y poco dados a las gracias.

—Papá, ni se te ocurra empezar con tus chistes. Y como te metas con ellos para hacerte el gracioso, no te vuelvo a hablar en mi vida.

—¿Estás diciendo que yo no sé comportarme? Te recuerdo que yo te he educado a ti. ¿Piensas que estás maleducada? Sé perfectamente cómo actuar en estas circunstancias, pregúntales a tus hermanos —respondió Roberto con algo de sorna.

—Papá, al suegro de Róber le dijiste que una vez al año llevabas a tus hijos al mejor sitio de venta de sexo de Madrid. Y delante de su mujer comentaste que estaba invitado la próxima vez para disfrutar de una tal Émily.

Diana empezó a pensar que no era buena idea que sus padres conocieran a los de Marcos.

—Jajaja. Aún recuerdo la cara que puso la mujer, parecía que había comido un trozo de pescado en mal estado. Sin embargo, a él no le noté muy disgustado con la idea. Jajaja. Creo que se llevó un gran chasco cuando le dije que era una broma.

Diana estalló.

—¡Papá! No tiene ninguna gracia. A la primera que te hagas el gracioso, cojo a Marcos y a sus padres y nos vamos.

El encuentro se produjo en un restaurante especializado en mariscos y pescados. A la tercera copa de vino blanco, Roberto comenzó a soltarse. Esta vez su broma preferida la iba a emplear para poner a prueba a Marcos.

—Con la cantidad de pretendientes que tendrás saliendo en la tele. ¿Tienes claro que vas a cortarte la coleta? Si no es así, dímelo y te apunto para la próxima vez que vaya con mis hijos a jugar con Emily.

Marcos se dio cuenta de la jugada y decidió adelantarse a la broma.

—Estoy abonado a ese puticlub, cuando vayas dímelo tú a mí y te conseguiré descuentos.

Roberto se quedó desconcertado, no sabía si el chico le había seguido la broma o era cierto. No supo qué contestar hasta que oyó la carcajada de Marcos y de su padre. Esta vez le habían superado en el factor sorpresa. Decidió no volver a dárselas de listo y dejó el vino para combatir la sed solo con agua. Diana, que hacía como si no estuviera escuchando la conversación, sonrió. Una vez más, se sintió orgullosa de su pareja. El resto de la cena transcurrió con normalidad, las tres parejas se limitaron a interpretar el papel estándar en esos casos. La madre de Diana elogiando a su yerno y hablándole como si llevara toda la vida en su familia. La madre de Marcos haciendo lo mismo con su nuera, y los padres hablando entre ellos de fútbol. Lo que más les sorprendió, incluso a Marcos, fue cuando Diana se sumó a la conversación futbolera como una más.

—No sabía que te gustara el fútbol —le preguntó extrañado Marcos.

—Y no me gusta. Soy incapaz de ver un partido entero —respondió Diana.

—Pues para no gustarte, estás muy puesta.

—Me guste o no, todo el mundo habla de fútbol. Odio estar en una conversación y no saber de qué están hablando, así que intento estar informada por lo menos de las noticias más importantes.

Una vez más, Marcos se sintió muy orgulloso de su pareja.

Marcos nunca había tenido tanto miedo como en ese momento. Fue un instante que se le hizo una eternidad, los segundos que transcurrieron entre que Daniela sacó su cabecita y se echó a llorar parecieron horas. Un lapso de tiempo en el que todo va a cámara lenta, en el que el silencio se apodera de la estancia. El doctor no dice nada, las enfermeras callan y Daniela se toma su tiempo. Marcos observaba los gestos de todos, intentando entender lo que decían sin pronunciar palabra. Diana estaba exhausta, dolorida y atemorizada como su marido, esperaba una señal de vida. El único momento en el que el

llanto de un bebé produce alegría y tranquilidad es ese, cuando lo hace por primera vez.

Cuando ya pasaron a la habitación, se fue la familia y se quedaron los tres solos. Marcos cogió a Diana y juntó su nariz con la naricita de su hija mientras pensaba que, sin dudarlo, daría la vida por ella. Daniela se dio cuenta de que todo lo que amaba en la vida estaba en esa habitación. La tele, el periodismo, incluso su familia pasaban a un segundo plano. Su círculo se había reducido a dos personas, Marcos y Daniela. O mejor dicho, para ser más exactos: Daniela y Marcos.

La nueva temporada televisiva comenzaba con los mejores estrenos en todas las cadenas. Los formatos que continuaban tras el verano renovaban secciones. Algunos remodelaban sus platós y todos incorporaban nuevos rostros. Todo para ser mejor que la competencia, pero, sobre todo, para tener más audiencia, una premisa que Rosa Olmedo tenía muy clara. Le importaba muy poco que su programa tuviera más o menos calidad, mejor o peor crítica, lo único que le interesaba era que tuviera más audiencia que ninguno. Y para eso había puesto ya en marcha su plan. La persona de más confianza de su equipo de producción ya estaba manos a la obra. Había recorrido todas las asociaciones de enfermedades raras en busca de la niña que iba a llevar a Rosa Olmedo al altar de los presentadores emblemáticos, aquellos que perduran en la memoria y en la hemeroteca por muchos años que pasen.

Tardó casi un mes en conocer a Eva. Una niña preciosa de siete años, morena, ojos verdes y tez oscura. Tenía una sonrisa contagiosa que no perdía nunca a pesar de padecer tricotiodistrofia, una enfermedad genética que le impedía desarrollar el intelecto con normalidad además de perder el cabello y envejecer de forma prematura. Una enfermedad que solo padecían doscientas personas en el mundo y de la que no se disponían demasiados datos, salvo que no tenía cura y que no era mortal. Este último aspecto era clave para los intereses de Rosa Olmedo. Era el broche de oro que buscaba y así se lo hizo saber a los padres en la primera reunión que tuvieron en su despacho.

—Con esta historia lo que quiero es remover las conciencias, promover la solidaridad entre nuestros espectadores. Que se den cuenta de que ellos son importantes, de que su actuación puede salvar vidas. Es importante llenarles de optimismo, que comprueben que sí se puede.

Naturalmente, obvió que realmente todo se reducía a subir los datos de audiencia. Los padres de Eva pensaron que lo que les decía la presentadora estaba muy bien si el programa empleara esa solidaridad con alguna otra niña que sufriera una enfermedad más grave y con solución. Al fin y al cabo, la

enfermedad de Eva ni era grave ni tenía solución. Pero Rosa Olmedo supo muy bien cómo convencer al matrimonio.

—La idea que tengo es que el programa ponga en marcha una campaña para recaudar fondos a través de donaciones, actuaciones benéficas, venta de libros o cualquier cosa que se nos ocurra para poder obtener más ingresos. Por supuesto, el programa no se quedará con un euro. Todo el dinero recaudado será para vosotros, para el tratamiento de vuestra hija, para la investigación, para que ayudéis a otros niños enfermos o para lo que creáis conveniente. No pienso meterme en cómo utilizéis ese dinero.

A los padres se les olvidó rápidamente que hubiera otros niños que pudieran necesitar esa ayuda más que Eva. Se convencieron de que ese dinero sufragaría todos los gastos que habían ocasionado las innumerables visitas a los diferentes médicos que nunca daban con el diagnóstico correcto. Limpiaron su conciencia diciéndose a sí mismos que el dinero podría compensar las infinitas noches en vela por la preocupación de no saber por qué las células de su hija corrían más que el reloj. No tuvieron que deliberar mucho antes de responder a Rosa Olmedo que estaban de acuerdo. Pero ni siquiera la solidaridad es gratis y la presentadora les explicó cuál era la contraprestación.

—Habría veces que, para tocar el corazón de los espectadores y poder recaudar más dinero, tendríamos que exagerar ciertos aspectos de la enfermedad de Eva. Necesito que confiéis en nosotros, que os dejéis llevar por los guionistas del programa, que son de los mejores que hay en este país. Por supuesto, tendríamos que firmar un contrato de exclusividad y de confidencialidad.

Rosa no estaba dispuesta a permitir que los padres y la niña aparecieran en un programa de la competencia y mucho menos para contar la verdadera historia. Eso no solo la hundiría profesionalmente, sino que además podría hacer que se enfrentara a un delito de estafa.

Diana echaba de menos su trabajo, aprovechaba que Daniela dormía para ver a sus compañeros en directo. Analizaba el programa como espectadora. Imaginaba los cambios que ella introduciría, lo que quitaría y lo que añadiría. Sin duda, lo que jamás hubiera permitido era el espectáculo que estaba viendo en ese momento: Rosa Olmedo sentada en el suelo del plató jugando con Eva con unos juguetitos que el personal de producción había colocado de atrezo. Rosa Olmedo desplegaba todas sus artes interpretativas, que tampoco eran muy buenas. Besuqueaba a la niña, hablaba como si tuviera su edad, reía y

lloraba cuando miraba a la cámara para hablar directamente con sus espectadores.

—Yo nunca les he pedido nada. Tampoco lo haría ahora si no fuera estrictamente necesario para este encanto de niña. Solo tienen que llamar o escribir un mensaje al número que ven en pantalla. Eva necesita su ayuda por pequeña que sea. Su solidaridad le puede salvar la vida. El dinero recaudado es necesario para un nuevo tratamiento muy esperanzador que puede acabar con su enfermedad. Mañana, Eva ingresa en la clínica para comenzar una aventura que le puede llevar a ser una niña normal, como cualquier otra niña de su edad. Nosotros no la vamos a dejar sola. Conectaremos en directo con la clínica para ver su estado, para que nos cuenten los médicos cómo responde y, lo más importante, para darle nuestro apoyo y que sepa que no está sola, que toda España está con ella.

Rosa Olmedo no paraba de chantajear emocionalmente a su audiencia. ¿Quién osaría poner otro canal y no apoyar a una pobre niña enferma? La jugada le estaba saliendo perfecta. Los datos de audiencia cada vez eran mayores, su programa empezaba a estar muy por encima de la competencia. Todos los profesionales del medio veían el amarillismo que estaba utilizando la diva, pero nadie se atrevía a criticar una acción solidaria. El sensacionalismo que utilizaba era asqueroso, pero si era capaz de salvar la vida de una niña era bienvenido y nadie podría cuestionarlo.

No solo subían los índices de audiencia, también las donaciones. Los espectadores no paraban de llamar al número de teléfono facilitado por la productora. La mayoría de las personas aportaban cantidades pequeñas pero el goteo era continuo y diario. A veces llevaban al programa algún artista invitado que se veía en la obligación de hacer una donación por encima de los quinientos euros. La bola de nieve estaba creciendo demasiado. Eva se había convertido casi en una cuestión de Estado. Rosa Olmedo sabía muy bien cómo alimentar el fuego. El truco para mantener el interés estaba en poner un objetivo. Siempre había una fecha límite, una prueba importante, un medicamento novedoso, una recaída, incluso una vez llegó a asegurar que Eva había tenido que ingresar de urgencia y que seguramente no sobreviviría. La primera aparición televisiva en el programa de Rosa tras la «milagrosa» recuperación fue vista por cuatro millones de espectadores. Ese día casi llegaron a triplicar la audiencia de la competencia.

Diana se revolvía en el sofá de su casa, no sabía hasta qué punto la historia era falsa, pero no se podía quitar de la cabeza la conversación que escuchó en el despacho del productor. El señor Sabatini le había pedido que

se reincorporara cuanto antes al programa, ella también tenía muchas ganas de volver a trabajar, pero prefirió alargar todo lo que pudo su baja por maternidad para no tener que participar directamente de esa farsa.

Una noche, cuando Marcos volvió de su programa, Diana seguía despierta.

—¿Qué pasa, Daniela no te deja dormir?

—Daniela está hecha un cesto desde hace un par de horas. Lo que no me deja dormir es lo que está haciendo Rosa con esa niña y con los espectadores. Esta mañana han anunciado que en estos tres meses en los que llevan hablando del caso de Eva, han recaudado casi dos millones de euros. Tengo la sensación de que están estafando a la audiencia.

—Rosa Olmedo tiene dinero para vivir ella y sus descendientes el resto de su vida sin dar palo al agua. No creo que se la juegue a estas alturas. El señor Sabatini tampoco permitiría algo así en su cadena de televisión. Además, todos los medios están hablando de Eva, si fuera mentira ya lo habría destapado alguien. No sé, tal vez escuchaste algo que malinterpretaste.

—Marcos, sé perfectamente lo que escuché. Rosa y su productor hablaban exactamente de lo que está sucediendo ahora. De buscar a una niña enferma para montar un espectáculo alrededor de ella y subir la audiencia.

—En cualquier caso, es del todo inmoral, pero no creo que sea una estafa.

—Marcos, la idea era buscar una niña con una enfermedad que no fuera mortal. Lo que quiere Rosa es hacer ver a la sociedad que, gracias a ella, la niña ha salvado su vida. Si la enfermedad de Eva no es tan grave, están estafando a todas las personas que diariamente donan parte de sus ahorros. Creo que tenemos el deber de hacer algo y tú tienes la herramienta necesaria para destapar la farsa. Ahora ningún medio de comunicación afín al señor Sabatini va a poner en entredicho uno de sus programas y la competencia prefiere no hablar del tema de Eva para no darles publicidad, pero tú trabajas en un medio independiente que no compite directamente con las grandes cadenas. Tienes el programa perfecto para investigar este caso.

Marcos lo vio claro. Diana tenía razón, era su oportunidad. Si conseguía desenmascarar a Rosa Olmedo, su programa y él darían el espaldarazo definitivo. No lo dudó ni un momento y se puso manos a la obra. Sabía quién era la persona idónea para empezar a tirar de la manta. A la mañana siguiente llamó a su amigo, socio y abogado, Jacinto Calero.

12. EL HUNDIMIENTO

Mucho había cambiado el despacho del abogado desde la primera vez que lo visitó Marcos. Jacinto Calero había conseguido aumentar considerablemente la cartera de clientes y eso le había permitido ampliar las dimensiones de su bufete. Jacinto sabía que Marcos Ro había tenido mucho que ver en su éxito profesional. Gracias al presentador se había hecho un hueco entre los abogados más mediáticos y la popularidad de un abogado estaba unida a la afluencia de clientes.

Marcos Ro volvió a llamar a su puerta y esta vez lo que iba a proponerle le daría un gran prestigio.

—¿Estás dispuesto a enfrentarte a uno de los imperios mediáticos de este país?

—Uff. No sé si tengo envergadura para algo así.

—No te preocupes. Te lo voy a dar mascado. Solo nos tenemos que asegurar de lo que ahora son sospechas. Pero en cuanto las confirmemos, tú y yo nos colocamos como los grandes héroes de este país.

—¡Guau! Qué bien suena eso. ¿De qué se trata?

—El programa de Rosa Olmedo está estafando a miles de personas con el caso de Eva. A decir verdad, la niña no se va a morir y ya han recaudado cerca de dos millones de euros con las donaciones.

—¿Cómo sabes que la niña no está enferma? —respondió el abogado.

—La niña sí está enferma —se apresuró a decir Marcos al tiempo que sacaba un papel para leer con dificultad el nombre de la enfermedad—: Padece tricotiodistrofia. Es una enfermedad rara que nadie conoce muy bien, ni sus síntomas ni su final, pero parece que no es mortal y que de momento no tiene cura. Así que el programa está recaudando dinero para unos tratamientos inexistentes para que la niña no muera de una enfermedad que será una putada padecerla, pero que no mata.

—No sé, Marcos. ¿Y cómo es posible que no haya saltado ya la liebre en algo tan mediático? ¿Por qué ningún médico ha dado la voz de alarma? ¿Por

qué ningún medio ha desmontado esta historia?

—Por varias razones. Todo el mundo da por bueno lo que sale en televisión y nadie se cuestiona nada. Generalmente, la gente piensa que los programas verifican todas las historias que emiten. En este caso, la productora tiene los análisis que confirman que la pequeña sufre esa enfermedad, pero lo que no pueden demostrar, en ningún caso, es el grado de gravedad de la enfermedad. Los médicos no dicen nada porque no saben a ciencia cierta cuál puede ser el desenlace y los padres supuestamente se están llevando a Eva fuera de España para tratarla. Hazme caso, tengo la convicción de que todo es un montaje.

—Ya me imagino que lo tendrás bien atado. Tu mujer trabaja en ese programa. Nadie mejor que ella para saber los entresijos de la producción.

—La historia real solo la conocen Rosa Olmedo y su director de producción. Pero es verdad que, si destapo yo el escándalo, todo el mundo llegará a la misma conclusión que has llegado tú y pensará que mi fuente es Diana. Lo tengo todo pensado. No quiero que esto salpique a mi mujer, así que voy a filtrar la información que te acabo de dar a una revista científica y mi programa se subirá al carro después. Lo que necesito es que pongas a trabajar a tu equipo para recabar toda la información posible. Yo me encargaré de dosificarla a la opinión pública.

—Marcos, te debo mucho en mi carrera, así que te ayudaré en todo lo que me pidas. Cuenta con ello.

—Ni se te ocurra pensar por un momento que te estoy pidiendo ayuda. De todo esto tú también vas a sacar tajada. Podrás llevar la acusación de todas las personas estafadas. Tendrás lo que siempre buscas, un caso mediático en el que cuentas con todas las de ganar y una gran cartera de clientes. Así que sigues estando en deuda conmigo.

Los dos detectives que Jacinto Calero tenía contratados para su bufete no tardaron demasiado tiempo en conseguir las pruebas necesarias para destapar la estafa. Los padres de Eva habían creado una asociación que les daba cierta libertad para poder gestionar el dinero que recaudaban de las donaciones sin tener que fiscalizar las cuentas. Lo que más sorprendió fueron los números que manejaban. Los dos millones de euros que anunciaba el programa se habían quedado muy cortos. Esa cifra solo mostraba las donaciones vía teléfono, pero los padres habían conseguido otras fuentes de ingresos. Artistas, deportistas y personajes de la farándula habían sucumbido a la causa y no les importaba prestar su imagen en diferentes actos en los que también se recogían donativos o se vendía *merchandising*. Según la investigación

realizada por los detectives privados de JC Abogados, los padres de Eva habían ganado en cuatro meses tres millones y medio de euros. Al estudiar toda la documentación que le habían pasado sus trabajadores, Jacinto llamó a Marcos para decirle que, si quería llevar la iniciativa, tenía que darse prisa en actuar porque era cuestión de tiempo que todo saltara por los aires.

Cuando Rosa Olmedo cerró el trato con los padres de Eva, lo tenía todo controlado, salvo una cosa. Lo que no pensó es que la historia fuera a tener tantísima repercusión, ni que la gente fuera a volcarse de esa forma. El caso es que la historia se les había ido de las manos y ni la presentadora ni los padres supieron parar a tiempo. Los padres de la pequeña gastaban ese dinero en viajes de lujo, coches de alta gama, ropa exclusiva y restaurantes de postín. No disimulaban lo más mínimo y derrochaban el dinero como si lo hubieran ganado trabajando. El entorno de la familia de Eva comenzaba a hablar, incluso algunas personas habían emprendido una tímida campaña en las redes sociales para que se dejara de hacer donaciones. No podían entender que pidieran dinero para el tratamiento de la niña mientras se mudaban a un chalé de dos plantas.

Marcos llamó a un amigo suyo que trabajaba en la redacción de una revista científica y le filtró los datos suficientes para que pudieran publicar un artículo poniendo en duda la enfermedad de Eva. Ya no había vuelta atrás. Al día siguiente de esa llamada, saltaría un escándalo sin precedentes en la televisión. Marcos dejaba que la exclusiva la diera otro medio para salvaguardar la posición de Diana y que nadie sospechara de ella, pero se había guardado información suficiente para seguir destapando la trama en su programa.

«La mentira de Eva. Su enfermedad no es mortal.
Los padres utilizan las donaciones para una vida de lujo».

La revista que publicaba la estafa no tenía demasiados lectores pero el titular no tardó mucho tiempo en circular por todas las redacciones, las cuales se iban haciendo eco de la noticia hasta tal punto que llegó a abrir el informativo del mediodía. Los programas de la tarde también abordaron el tema aportando nuevos datos y entrevistando a expertos que ahora sí se atrevían a afirmar que en ningún caso la enfermedad acabaría con la vida de la pequeña. Por la noche, el programa de Marcos hizo un especial desgranando la estafa completa. Mostraron las propiedades de los padres, enseñaron los billetes originales de los cruceros de lujo que habían contratado y enumeraron los artículos exclusivos que habían adquirido, como un reloj de

la marca Tag Heuer valorado en cinco mil euros. A las nueve de la mañana del día siguiente, en el mismo instante en que Marcos se emocionaba con su récord de audiencia, la Policía Nacional detuvo a los padres en su domicilio acusándolos de estafa, apropiación indebida y blanqueo de capitales. La abuela de Eva se hizo cargo de la pequeña mientras su hijo y su nuera permanecían en el calabozo.

Rosa Olmedo no había pegado ojo en toda la noche. La primera llamada que hizo cuando llegó la noticia a sus manos fue a su hombre de confianza, el director de producción. Le preguntó que qué había fallado. El hombre no supo contestar pero tampoco se atrevió a recordarle las veces que le había advertido de que debían acabar con la farsa porque se estaba yendo de madre. El señor Sabatini no tardó mucho en llamar a Rosa para pedirle explicaciones.

—Ha dejado tocada la cadena. Espero que tenga una buena justificación para no despedirla ahora mismo y denunciarla por daños y perjuicios.

—No se preocupe, señor Sabatini, yo asumiré las consecuencias. En ningún caso la cadena saldrá perjudicada. Estamos seguros de que ha sido una filtración malintencionada. Los increíbles datos de audiencia nos han creado muchos enemigos que no han dudado en sacar su artillería, pero le aseguro que han disparado con pólvora mojada. Mañana todo quedará solucionado.

Cuando al día siguiente todo empeoró con la intervención policial, a Rosa Olmedo solo le quedaba una salida. Decidió dar la cara ante los espectadores y contar la verdad... su verdad.

—Señores, este programa está tremendamente dolido por las informaciones que han visto la luz en las últimas horas. Llegados a este punto, es el momento de darles las gracias por el seguimiento tan fiel que hemos tenido en los últimos meses y sobre todo por la solidaridad y generosidad que han demostrado. Nuestra redacción está comprobando la veracidad de todo lo que se ha dicho hasta ahora, pero les aseguro que, de ser cierta, este programa habría sido engañado como ustedes y emprenderá acciones legales contra esta familia. Entonamos el *mea culpa* en lo que nos corresponde, pero también tengo que lanzar una pregunta al aire: ¿por qué las autoridades sanitarias no nos advirtieron? Nosotros no somos expertos en medicina, solo somos un programa de televisión con buena intención, con afán de ayudar al más necesitado. Y estábamos convencidos de que Eva nos necesitaba.

La estrategia de Rosa Olmedo estaba clara, desentenderse de todo. Hacer ver a la opinión pública que era una damnificada más. Pero sus problemas no habían acabado todavía. Esa noche, Marcos había invitado a su programa al abogado Jacinto Calero para anunciar en exclusiva una denuncia colectiva

contra los padres de Eva y una demanda a Rosa Olmedo para que las personas estafadas pudieran recuperar las donaciones realizadas mediante el programa. En realidad era muy difícil demostrar que la presentadora estuviera en el ajo, pero simplemente que la sombra de la sospecha planeara sobre ella haría que su carrera acabara antes de lo que ella tenía previsto.

El señor Sabatini no volvió a llamar a Rosa Olmedo; la siguiente vez que cogió el teléfono fue para comunicarse con Diana. Había llegado el momento que estaba esperando para vengarse de la veterana presentadora por haberle chantajeado en su despacho antes de contratarla.

—Querida Diana, ¿cómo te encuentras? No sabes lo que te estamos echando de menos. En estos cuatro meses todo se ha desmoronado. Necesito que te reincorpores cuanto antes.

Diana no daba crédito. No se podía creer que el gran jefe la necesitara.

—Muchas gracias, Braulio. La verdad es que estoy ya recuperada y, aunque estoy disfrutando mucho de Daniela, me apetece volver al trabajo. Ya he visto todo lo que ha sucedido y, si le digo la verdad, me alegro de haber estado alejada de la televisión estos meses. Creo que el programa ha perdido mucha credibilidad y no sé si es el mejor momento para reaparecer. Espero que me entienda.

—Te entiendo a la perfección. Por eso precisamente necesito que vuelvas, para recuperar la credibilidad. A partir de la semana que viene Rosa Olmedo ya no presentará más el programa y en su lugar estarás tú. Esto que te estoy diciendo no lo sabe todavía nadie, así que te pido discreción, por favor.

Por un momento Diana se quedó sin palabras. Le invadió una mezcla de sensaciones de ilusión, miedo, vértigo, pero sobre todo de emoción.

—Muchas gracias por confiar en mí, pero creo que un cambio de cara no va a ser suficiente para enderezar el programa. Me da la impresión de que se va a necesitar mucho más.

—Por supuesto. La remodelación va a ser completa. Voy a cambiar de productora, de director, de colaboradores, en definitiva, va a ser un programa nuevo. Por eso te pido un compromiso total con la cadena, porque te necesito al cien por cien desde ya. El cambio será en tiempo récord.

—¡Cuenta conmigo! —exclamó Diana, casi pegando un brinco.

Los gritos se oían en todo el edificio. Rosa Olmedo estaba en el último piso, encerrada en el despacho con el señor Sabatini, que la había llamado para comunicarle su decisión de retirarle el programa. Como era de esperar, la estrella no se tomó muy bien el despido y amenazó con emplear todos sus contactos para montar un buen escándalo. Esta vez el magnate de la televisión

no cedió ni un ápice. Sabía que los días de esplendor de Rosa Olmedo habían acabado y que la presentadora se había hundido por completo profesionalmente. Pocas personas iban a apoyarla después de haber estafado presuntamente a miles de personas. Ella también lo sabía, por eso, aunque salió del despacho hecha un basilisco, decidió no tomar represalias contra la cadena, bastantes problemas tenía ya como para enfrentarse a un gigante audiovisual.

La jugada a Marcos le salió a la perfección. Su programa había doblado la audiencia y se había convertido en la referencia de los espectadores para informarse acerca de la estafa de los padres de Eva. Supo manejar con acierto los tiempos dosificando la información de tal manera que todos los días daba una exclusiva. Su nombre empezaba a sonar en todos los medios nacionales. El de Diana también; nadie había sospechado de ella y además se iba a poner al frente de un magacín. El matrimonio empezaba a despuntar, ambos se habían hecho un hueco en la televisión. Sus nombres eran sinónimo de rigor, de prestigio y de credibilidad. Eran dos valores en alza que pronto se iban a disputar todas las cadenas.

13. EL DESPEGUE

Marcos se levantó de la cama como cualquier otro día. Desayunó los mismos cereales de siempre y dejó a Daniela en la guardería. Cada mañana recibía la misma bofetada de olor a pañal mezclado con su contenido al entrar en el edificio. Daniela no necesitaba los estúpidos gestos que hacían algunos padres para dejar a sus hijos con el profesor. Se conformaba con un beso de Marcos y rápidamente se concentraba en los juguetes que había en la clase. A Marcos le hacía gracia ver a los padres perder la vergüenza para que sus hijos no lloraran al irse. Le recordaba los tiempos en los que iba a los *castings* de publicidad; muchos de esos padres no hubieran tenido ningún problema para realizar esas dichas pruebas.

No solía estar más de una hora en el gimnasio, lo suficiente para mantenerse en forma y conservar un buen físico. La rutina se estaba apoderando del día hasta que recibió una llamada que lo cambiaría todo.

—Buenos días, soy Francisco Torres, productor ejecutivo de Atelier Producciones. Quería hablar con Marcos Ro.

A Marcos se le dibujó una sonrisa. Atelier Producciones era una de las productoras más importantes del país y enseguida intuyó que le iban a proponer algún proyecto televisivo.

—Soy yo. ¿Qué es lo que quiere?

—Antes que nada, permítame que le dé mi enhorabuena. Usted solo ha conseguido destronar a la reina de las mañanas.

Marcos estaba encantado con el piropo, pero prefirió ser modesto.

—Muchas gracias. Pero creo que la reina ha abdicado ella solita. Yo solo he contado sus tropelías y he tenido bastante ayuda por parte del equipo que hace mi programa y de los informadores que me pusieron en la pista.

—Cierto, pero usted ha sabido conectar con el público, y por mucho que Rosa Olmedo intentara echar balones fuera, los espectadores le creyeron a usted. En nuestra productora hemos valorado mucho más que la información que dio cómo la dio, y por eso hemos pensado en usted para que presente el

nuevo programa que estamos preparando para la noche. Será un programa muy ambicioso que hará que Canal Nacional vuelva a ser la cadena más vista.

—Le agradezco enormemente su interés, pero, como sabe, estoy al frente de otro programa y ni puedo, ni debo irme antes de que acabe la temporada.

Marcos midió muy bien las palabras en su respuesta. Se hizo valer poniendo difícil su fichaje, pero en ningún momento le dijo que no querría irse de su cadena. Estaba deseando que contraatacara el productor.

—No ha debido de entenderme bien. Le estoy ofreciendo jugar en la Champions League. Si le parece bien, mañana podemos reunirnos en Canal Nacional con el consejero delegado, el señor Betanzos. Estoy seguro de que, después de que le contemos el programa que queremos hacer y de que le hagamos una oferta, no va a querer seguir jugando en segunda.

Marcos estaba tremendamente ilusionado con lo que estaba oyendo. Si se hubiera dejado llevar por lo que sentía en ese momento, hubiera gritado de alegría y, sin pensarlo, le hubiera contestado a Francisco Torres que lo que le había ofrecido era la ilusión de su vida y que hasta lo haría gratis. Sin embargo, decidió seguir con su estrategia y contestó:

—Por supuesto, no pierdo nada por escuchar. Mañana nos vemos.

El día se le hizo largo a Marcos. Estaba impaciente de conocer al señor Betanzos, una persona muy respetada en el mundo audiovisual que había conseguido que Canal Nacional llegara a liderar la audiencia en numerosas ocasiones. Era el rival natural del señor Sabatini. Muchos años atrás, los dos magnates de la comunicación fueron compañeros de trabajo e incluso grandes amigos. Les unía la pasión por el periodismo, pero ambos coincidían en algo que no les permitiría mantener esa amistad mucho tiempo. Los dos tenían una ambición y una competitividad desmesurada que superaba cualquier atisbo de honestidad o fidelidad. Cuando sus carreras profesionales se distanciaron, su amistad quedó en el limbo y en el momento en que ambos consiguieron llegar a lo más alto, liderando los dos grupos mediáticos más importantes del país, esa amistad salió del limbo para convertirse en una despiadada enemistad.

La lucha por liderar las audiencias no tenía límites para ellos. Apenas se habían visto desde aquella época, aunque nunca se habían perdido de vista a pesar de los años que habían transcurrido. Siempre estaban pendientes el uno del otro. A veces parecía que se fijaban más en la programación de la competencia que en la de su propia cadena. Carlos Betanzos no dudó en sacar provecho del hundimiento de Rosa Olmedo, desprestigiando en todos sus informativos no solo a la presentadora sino a la cadena entera. Se vengaba así de Braulio Sabatini, que, unos años atrás, le quitó la serie que le hacía liderar

la audiencia. El magnate siempre se jactó de que había realizado una jugada maestra. Compró el ochenta por ciento de las acciones de la productora que realizaba la serie y, cuando se hizo con el control, mandó un burofax a la cadena del que fuera su amigo para comunicar que la serie no iba a renovar. Inmediatamente después firmó con su propio canal la emisión de la misma. A partir de entonces la BST no dejó de ser la cadena de televisión más vista en el país.

Marcos se levantó muy nervioso. Sabía que tenía ante sí la oportunidad de su vida. No todos los días Carlos Betanzos se quería reunir con un presentador en su despacho para ofrecerle un programa. Aun así, pensaba seguir con su estrategia de hacerse querer y no sucumbir a la primera de cambio.

Cuando llegó con su coche al primer control de seguridad, solo le bastó decir que tenía una reunión con el señor Betanzos para que se pusiera en marcha la maquinaria de un recibimiento de lo más exquisito. El vigilante de seguridad avisó con su *walkie* al segundo puesto de seguridad de que Marcos Ro tenía permiso para poder entrar en el aparcamiento exclusivo solo para directivos o visitas importantes. El segundo vigilante le señaló a Marcos la plaza reservada para aparcar el vehículo, la misma en la que una mujer atractiva de mediana edad y elegantemente vestida esperaba pacientemente a que Marcos se bajara del coche para saludarlo con cordialidad y pedirle que le acompañara. A Marcos se le escapó una media sonrisa pensando en cómo habían cambiado las cosas en apenas unos pocos años. Recordó la última vez que visitó los estudios de Canal Nacional para hacer un *casting*. Tuvo que inscribirse en una larga lista que había en recepción y esperar casi dos horas para realizar la prueba. Ahora, una secretaria le esperaba en la puerta de su coche para acompañarle directamente al despacho del consejero delegado de la cadena. No estaba mal el cambio.

Subieron a la planta más alta. Al salir del ascensor entraron en una antesala en la que había dos mesas con sendas secretarias. La mujer que le había acompañado le presentó a una de ellas y se marchó.

—Ya he avisado al señor Betanzos de su llegada. Ahora está reunido, pero no tardará mucho. ¿Quiere tomar algo mientras espera? —le preguntó la secretaria, dejando en una mesa una botellita de agua y un vaso de cristal.

—Muchas gracias. Muy amable —contestó Marcos con una sonrisa.

Los nervios, la incertidumbre y la expectación le habían dejado sin ganas de consumir nada, pero no quiso ser descortés con la amabilidad de la secretaria y se sirvió un poco de agua.

Habían pasado unos diez minutos desde que llegó a la planta noble de Canal Nacional cuando se abrió la puerta del despacho de Carlos Betanzos. Marcos sabía que era su turno, pero esperó en la sala a que alguien le dijera que ya podía pasar. Fue el propio consejero delegado el que se acercó a la sala de espera para darle la bienvenida y acompañarlo a su despacho. En el interior ya estaba esperando Francisco Torres, que le estrechó la mano antes de sentarse. Por un momento, Marcos se sintió en desventaja, eran dos contra uno y, por lo que había visto, habían estado preparando la reunión antes de que él llegara. Su estrategia seguía siendo la misma, escuchar lo que tuvieran que proponerle y decirles que se lo tendría que pensar porque estaba muy a gusto en su programa.

Una vez sentados los tres en una mesa redonda de reuniones, el primero en romper el hielo fue Carlos Betanzos, dándole la enhorabuena por su programa y por haber sacudido los cimientos de la BST destapando el escándalo de Rosa Olmedo. Las felicitaciones fueron del todo sinceras. Carlos Betanzos estaba profundamente agradecido a ese chaval que tenía delante y del que jamás había oído hablar antes. Solo había tenido constancia de la existencia de Marcos Ro cuando empezó a salir en todos los medios nacionales que en su programa estaban desmontando el *show* de Rosa Olmedo. El magnate había ideado un plan para rematar la faena y darle la puntilla a Braulio Sabatini. Fichar a la persona que había torpedeado la línea de flotación de la BST. Fichar a Marcos Ro le saldría más barato, y el golpe de efecto sería más efectivo, que robarle a alguno de sus presentadores estrellas. Sabía que tenerle en su cadena iba a ser pan comido.

Una vez acabados los formalismos, fue Francisco Torres el que empezó a hablar del formato que querían poner en marcha. Un programa de sucesos parecido al que Marcos estaba presentando pero con mucho más presupuesto. Marcos comenzó a esconder sus cartas tal y como tenía previsto.

—Como le dije ayer por teléfono, me enorgullece que hayan pensado en mí para este proyecto tan ambicioso, pero acabamos de empezar la temporada en mi programa y no me parece ético dejarles tirados en estos momentos.

Entonces tomó la palabra Carlos Betanzos para poner fin a la negociación.

—Vamos a ver, Marcos. Como te he dicho, te estoy tremendamente agradecido por haber destapado la gran mentira de la BST. Entiendo que estés a gusto en tu cadena y que te debas a ella, eso te honra, pero quiero que formes parte de mi plantilla y no me apetece empezar ahora una negociación, así que voy a ir directamente al grano. Te ofrezco un contrato de dos años

para presentar un programa diario en *late night*. Se titulará *La huella*. Tu sueldo será de un millón de euros al año.

Marcos clavó su mirada en la del señor Betanzos. No quiso o no supo decir nada. Tenía miedo de que cualquier cosa que dijera estropeará ese momento y, lo que era peor, estropeará la oferta. Su estrategia se había ido al traste. Antes de la reunión había pensado en hacerse valer, pero no pensaba que valiera tanto. Se acordó de Diana, tenía ganas de llegar a casa y contárselo. Recordó los *castings*, la cantidad de veces que le habían dicho que no. Pensó en lo mucho que le había costado llegar a esa situación. Quiso saborearlo. Reunido en el despacho del gran jefe de una de las cadenas de televisión más importantes del país y le estaba ofreciendo nada más y nada menos que dos millones de euros. La millonaria cifra que le ponía encima de la mesa el señor Betanzos le estremeció el cuerpo. Marcos intentó disimular la emoción, pero nunca llegó a saber si consiguió contener las lágrimas cuando le estrechó la mano al tiempo que le preguntaba que cuándo empezaba.

Esa noche, Marcos y Diana salieron a cenar a uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Estaban pletóricos, la vida les sonreía como jamás habían imaginado. Ella se quedaba al frente del magacín diario de por las mañanas en la BST y él empezaría en breve en las noches de Cadena Nacional. Sus sueldos se habían disparado en apenas unos meses y la pequeña Daniela les hacía embobar cada vez que llegaban a casa. Después de la cena, llegó el brindis, luego las copas en el reservado de la discoteca de moda y finalizó en casa haciendo el amor. Para Marcos la noche acabó como había empezado el día, estremecido.

La euforia dio paso a los nervios, las dudas y la responsabilidad. Diana afrontaba la situación con más miedo que Marcos. A medida que se acercaba el día del estreno, tenía más inseguridad. Quería controlarlo todo, le costaba delegar en el equipo. Tenía miedo de que algo no saliera como ella esperaba, de que no funcionara en audiencia, de que el público le diera la espalda, pero sobre todo tenía miedo de defraudar al señor Sabatini. Le hubiera tranquilizado mucho haber podido contar con algunos de sus antiguos compañeros del programa de Rosa Olmedo, sobre todo con su amiga Sonia, pero la cadena se lo prohibió. No podía haber nada ni nadie que recordara a la anterior etapa. Diana se había salvado porque estaba de baja cuando se destapó la estafa, pero sus amigos no corrieron la misma suerte. La telequema mucho la imagen de los que se ponen delante de la cámara, y tanto Alfredo como Sonia se habían implicado mucho en el caso de Eva. Ellos nunca supieron que estaban participando en una estafa, como tampoco

supieron que eso les iba a condenar al ostracismo. Era una injusticia que ninguna cadena quisiera contratarlos y que desde entonces tuvieran que seguir sus carreras lejos de los focos, pero nadie dijo que la tele fuera justa.

Por su parte, Marcos se reunió con su director, Julián Orellana para decirle que iba a dejar el programa. Sabía que la noticia le iba a sentar a cuerno quemado, así que había ideado un plan para utilizarlo como paños calientes.

—Julián, he estado reunido con Carlos Betanzos y me ha hecho una oferta que no puedo rechazar. Quiere que presente un programa de sucesos en Cadena Nacional. Empiezo el mes que viene.

Quería ver la reacción de Julián antes de hacer uso del analgésico que tenía preparado.

—¡Vaya! Sabía que tarde o temprano llegaría este momento pero esperaba que fuera más adelante. Eres un gran profesional y es normal que las grandes cadenas se interesen por ti.

—¿Eso es todo? Pensaba que ibas a presentar batalla —contestó algo desilusionado Marcos.

—Es inútil luchar contra las grandes cadenas. Y es ley de vida. Lo normal es que una persona vaya evolucionando. No pasa nada. Buscaré otro presentador que esté a tu altura.

Esa última afirmación no le gustó nada a Marcos e hizo que se marcara un farol.

—No, Julián, no. Lo que es ley de vida es que los programas, igual que las personas, nazcan y, tarde o temprano, mueran. Te aseguro que en cuanto yo me vaya, este programa muere. He oído que la dirección de la cadena tiene intención de probar con otros formatos en nuestra franja horaria. Mi salida será el detonante que buscan para cancelar el programa.

A Julián se le torció el gesto. Su semblante mostraba preocupación. Sabía que Marcos tenía razón, iban a eliminar el programa y eso significaría seguramente el fin de su carrera. Él ya estaba mayor para volver a buscar empleo. Las televisiones estaban contando con gente joven que tuviera ideas nuevas y que supiera conectar con el público. Marcos vio la decepción de su director y entendió que era el momento de aliviar su pena. Se había hecho un experto en sacar un conejo del sombrero cuando la situación se volvía dramática.

—Bueno, cuando se cierra una puerta se abre una ventana. En este caso lo que se abre es un gran ventanal. Le dije al señor Betanzos que quería llevarme a parte del equipo que hace este programa, empezando por ti. Me sentiré

mucho más tranquilo sabiendo que tú sigues siendo mi director. ¿Qué me dices?

A Julián se le iluminó la cara.

—Suenan muy bien. No sé si tengo edad para luchar otra vez por los datos de audiencia, aunque lo cierto es que me apetece mucho. Deja que me lo piense unos días.

—No hay nada que pensar. Quiero que te vengas conmigo. Es el momento de hacer este programa a lo grande, de que cuando demos una exclusiva la vean millones de personas. No te hagas de rogar, Julián, estoy seguro de que los colaboradores a los que llamemos vendrán sin pensárselo dos veces. Seremos los mismos pero en una tele de verdad. Y económicamente no hay color, en un año ganarás lo que aquí ganas en tres.

Julián permaneció en silencio durante unos segundos y, tras mirar un rato a la nada, le estrechó la mano a Marcos; diciéndolo todo.

Marcos Ro comenzaba a conformar su equipo; Diana Bex ya lo tenía. Los dos iniciaban una nueva etapa profesional. A partir de ese momento dejaban de ser unos niños. Empezaban los éxitos de verdad pero también los verdaderos problemas, las decepciones, las traiciones, los celos y las envidias. Habían llegado al punto de no retorno. No había vuelta atrás, sus vidas se dirigían a un abismo donde las luces, los aplausos y los egos impedían ver el fondo.

14. *PRIME TIME*

—«Un niño de diez meses ha aparecido muerto en el interior de una maleta. Los trabajadores de una planta de tratamiento de residuos avisaron a la Policía cuando vieron que de la maleta salía parte del cuerpo del menor».

Las frases iban subiendo poco a poco por el teleprónter mientras Diana leía con total naturalidad una de las noticias más impactantes de la mañana.

Unas horas más tarde, por la noche, Marcos seguía al pie de la letra las frases que subían por su cámara.

—Buenas noches. Terrible hallazgo en un vertedero situado a las afueras de Madrid. Ha aparecido un bebé descuartizado en el interior de una maleta. La sangrienta imagen no se le olvidará nunca a uno de los trabajadores del centro, que llamó rápidamente al 112. El grupo de homicidios de la Policía Nacional sospecha que los padres del menor, por ahora en paradero desconocido, puedan estar relacionados con el crimen. También se busca a la hermana mayor del bebé, de tres años de edad. Yo soy Marcos Ro y esto es *La huella*. Bienvenidos.

Era frecuente que abordaran las mismas noticias, la diferencia estaba en la forma de contarlas. Diana era más aséptica. Estaba convencida de que las noticias que daban tenían la suficiente fuerza por sí solas como para no tener que aderezarlas con sensacionalismos. Además, tenía muy presente que, detrás de un caso dramático, había una familia destrozada que seguramente lo estaba viendo para enterarse de las novedades y no quería infligir más dolor. Marcos era muy distinto. Solo se acordaba de los familiares de las víctimas si entraban en su programa clamando justicia o llorando por la pérdida. Para él la noche era diferente, entendía que para mantener a los telespectadores despiertos había que darles ciertos estímulos. No solo bastaba con contarles los sucesos, había que meterles en situación, que sintieran el horror que vivían los protagonistas de la historia, mentalizarles de que cualquiera se podría ver en una situación similar. Su programa tenía un público muy fiel, y cada vez

sumaba más adeptos. Eran muchos los espectadores que demandaban ese tipo de contenidos.

A mucha gente le gustaba conocer la crónica negra, ese submundo en que la vida no vale nada, donde las personas pueden violar, torturar o matar simplemente por diversión. Una realidad que, por suerte, no se ve de forma habitual cuando uno va a trabajar, a comprar a un centro comercial o a bañarse en la playa, pero siempre está ahí, no descansa. Un inframundo que muestra las taras del ser humano, donde «los renglones torcidos de Dios» son personas sanguinarias y despiadadas que, a pesar de no estar internados en un centro psiquiátrico, tienen unas mentes mucho más dañadas que las de los personajes de la novela de Luca de Tena.

El despertador sonaba todos los días a las cuatro de la mañana. Diana no sabía si eso era madrugar o traspasar, pero era la hora a la que se tenía que levantar para darse una ducha, tomarse un zumo, vestirse y montarse en el coche de producción que la esperaba en la puerta de su casa treinta minutos después de despertarse. A las cinco de la mañana llegaba a las instalaciones de la BST donde tenían la primera reunión para decidir los temas que iban a tratar ese día. Ella pensaba que esa reunión se la podía ahorrar porque los temas que seleccionaban cambiaban siempre a medida que avanzaba la mañana. Lo siguiente que hacía era leer la prensa, se sentía más segura conociendo la actualidad para afrontar las cuatro horas de directo que tenía por delante. En la segunda reunión de la mañana analizaban la audiencia del día anterior. No solo era importante conocer el *share*, también el número de espectadores, el minuto a minuto y la curva que comparaba el programa con la competencia. Con todos esos datos, interpretaban los contenidos, invitados y colaboradores que habían gustado a los espectadores. Si la curva bajaba en un determinado tema, no volvían a hablar de ello por muy interesante que pudiera parecer. Si un invitado no conectaba con el público, no lo llamaban de nuevo. Con los colaboradores ocurría exactamente igual. No solo bastaba con conocer los casos y traer información, había que saber transmitirla, dar juego en el plató y hacer el programa entretenido.

Una vez que habían decidido los contenidos del día, empezaba un ritmo frenético de guiones, documentación, maquillaje, vestuario y peluquería para estar lista delante de la cámara y dar los buenos días a los espectadores a las nueve en punto.

«El bebé de la maleta», así había bautizado Marcos el caso que más tiempo ocupaba en su programa. Tenía todos los ingredientes para que enganchara a la audiencia. Un hecho traumático y horrible —los casos en los

que las víctimas son menores siempre lo son—, unos padres sospechosos y una niña desaparecida. En el programa de Marcos habían aportado varias novedades. Al parecer, el crimen se había producido en la casa familiar, a juzgar por las fotografías que mostraron en exclusiva en el programa. Imágenes del interior del salón en las que se veía salpicaduras de sangre por las paredes, por el suelo y hasta en el techo, lo que hacía ver la virulencia con la que habían acabado con la vida del bebé. Pero la fotografía más escabrosa era la que mostraba una mano amputada del pequeño, olvidada debajo de una silla y que el autor de tan espeluznante crimen no había metido en la maleta. Marcos no dudó en enseñar la foto a bombo y platillo, como si fuera el tesoro mejor guardado.

Las redes sociales ardían criticando a Marcos Ro por emitir esas imágenes que, según los detractores, no aportaban nada más que amarillismo. El programa se puso a la cabeza de la lista de los temas más mencionados en redes sociales, lo que hizo que Marcos saliera de los estudios contento, sabiendo que, a pesar de las feroces críticas e insultos, alcanzaría una buena audiencia. No se equivocó, fue líder en su franja. El presentador sabía que la gente criticaba los contenidos pero sin dejar de mirarlos. Los datos le daban alas para seguir en esa dirección. Poco le importaban los insultos si ese tipo de contenidos le llevaban a liderar la noche. La única crítica que no se esperaba era la de su mujer. Diana no se explicaba cómo su marido había sido capaz de emitir esas fotografías sangrientas que mostraban la crueldad con la que había muerto un bebé. Unas fotografías que también había conseguido la redacción de su programa, pero que en ningún momento se les pasó por la cabeza enseñar a los espectadores.

—Es una barbaridad mostrar los restos mortales de un bebé. Eso no es periodismo, no es información relevante. No todo vale por la audiencia. ¿Te has parado a pensar cómo se habrán sentido los abuelos del niño al ver esas imágenes? Ellos son los que se ocupaban de los nietos, los que tenían la custodia. Los habían dejado con sus padres solo una hora y mira lo que ha ocurrido. Su remordimiento ya es demasiado grande. Esa gente está destrozada y tú les enseñas el horror que se vivió en esa casa.

Era de las pocas veces que Diana se enfurecía con Marcos por los contenidos de su programa. Siempre estaba de acuerdo en todo lo que hacía, pero esa vez se había excedido, había traspasado la línea roja.

—A los padres les habían retirado la custodia por su adicción a las drogas. Ya hubo episodios de maltrato, así que los abuelos tienen bien empleado el remordimiento. No tenían que haber dejado a los niños ni un minuto a esos

descerebrados. Yo no sé lo que es periodismo porque no soy periodista, pero sé perfectamente lo que quiere ver la gente en televisión y la prueba está en que ayer conseguí que mi programa fuera el más visto, así que no lo debí de hacer muy mal. Llegaron unas fotos a la redacción y mi obligación es compartirlo. Eso es todo.

—No es necesario compartir todo lo que llega a la redacción. Nosotros también teníamos esas fotografías y las hemos guardado en un cajón. También hemos recibido el informe de la inspección ocular y te aseguro que vamos a omitir algunos detalles muy escabrosos.

—¿Quién os ha dado ese informe? Nosotros hemos estado detrás de él y nadie ha querido facilitárnoslo.

—Tengo un buen contacto dentro de la Policía. Esta mañana me ha dicho que los padres ya están localizados. No hemos dicho nada en el programa porque me ha pedido que no demos todavía esa información hasta que no sepan dónde está la niña. Creen que lo más seguro es que también la hayan matado y esperan encontrar el cuerpo antes de detenerlos. Los vigilan para ver si dan un paso en falso y proporcionan alguna pista sobre el paradero de la pequeña.

—Diana, está claro que cada uno tenemos formas diferentes de hacer televisión. Yo no me meto en tu trabajo, así que no te metas tú en el mío — zanjó Marcos la discusión.

El crimen del niño de la maleta se había convertido en un hueso que los programas dedicados a los sucesos no dejaban de roer. Esa misma noche, Marcos siguió exprimiendo la fuerza visual que transmitían las escabrosas fotografías de la escena del crimen. No solo hizo caso omiso a las críticas sino que analizó con expertos la fotografía de la mano cortada del bebé. Especularon sobre el objeto que pudo utilizar el asesino para cortar la mano o sobre la posibilidad de que el pequeño estuviera, o no, con vida cuando le amputaron la extremidad. Pero lo que iba a provocar la primera crisis fuerte en su matrimonio llegaría casi al final del programa cuando Marcos desveló la exclusiva que llevaba anunciando desde el inicio.

—Es el momento de informarles de los avances de la investigación. Como hemos estado contando durante todos estos días, los padres son los principales sospechosos de haber asesinado y descuartizado a su propio hijo de tan solo diez meses. Desde el macabro hallazgo, no se ha sabido nada de los padres, que han permanecido desaparecidos, ni tampoco de su otra hija de tres años. Pues bien, este programa ha podido saber que la Policía Nacional cree que la pequeña ha corrido la misma suerte que el bebé y, atención, en estos

momentos la Policía ya tiene localizados a los padres. Los presuntos parricidas están completamente vigilados, los agentes esperan a reunir todos los datos para encontrar a la niña antes de detenerlos.

Una vez más, el programa de Marcos había conseguido tener más audiencia que el resto de la competencia, pero esta vez el precio que tuvo que pagar fue la primera discusión seria en su matrimonio. Diana se sintió traicionada.

—Te di una información confidencial que solo sabía yo, y la has desvelado en el programa. ¿Te has parado a pensar en qué posición me has dejado? Mientras tú te llevas la audiencia, yo me llevo la reprimenda del director de mi programa y de la persona que confió en mí para darme esa información.

—Esa información la he podido obtener de otra fuente. No tienen por qué señalarte a ti. Mi programa tiene un gran equipo de periodistas que también consiguen exclusivas. No te creas que eres la única.

—Sabes perfectamente que esa noticia solo la conocía yo y que me habían pedido no emitirla. Has hecho que pierdan la confianza en mí y, lo que es peor, has hecho que yo pierda la confianza en ti. No sé si en casa vivo con mi marido o con el presentador de un programa de televisión.

—Vives con tu marido, que es presentador de televisión. Y deberías alegrarte cuando las cosas van bien.

La discusión no fue a más, pero por dentro iba una procesión que creó un germen de desconfianza, que poco a poco, sin saberlo, fue afectando a la relación entre ambos.

La exclusiva que desveló el programa de Marcos precipitó la detención de los presuntos parricidas. Ambos se derrumbaron en el interrogatorio practicado en dependencias policiales y confesaron. A nadie le sorprendió cuando reconocieron que también habían acabado con la vida de la hija mayor. A ella la metieron en bolsas de basura y las depositaron en el mismo vertedero donde apareció la maleta con los restos del bebé. Ninguno de los dos admitió ser el autor material de los asesinatos. Se echaron la culpa mutuamente hasta que al fin confesaron los hechos justificando lo injustificable. Pensaban que hacían un favor a sus hijos librándolos de una vida en la que, según ellos, no iban a ser felices.

Cuanto más escabroso era un tema, más éxito tenía Marcos en su programa y nunca faltaba un violador que atemorizara a un municipio entero con sus agresiones sexuales nocturnas, un marido celoso matando a su pareja

creyendo que le era infiel o un padre acabando con la vida de su prole para vengarse del divorcio de su mujer.

Tanto era el éxito de Marcos por la noche que hizo que Cadena Nacional volviera a estar en el primer puesto de audiencia. El señor Sabatini tenía que actuar rápido para recuperar el liderato de la BST y empezó a mover fichas. Lo primero que hizo fue tantear a presentadores de éxito que pudieran competir con Marcos por la noche. La tarea no era fácil porque no existían muchos presentadores que estuvieran especializados en el mundo de los sucesos. Sabatini sabía que no se podía permitir el lujo de fallar. Tenía que estar muy seguro de que quien se pusiera al frente del espacio se fuera a llevar gran parte de la audiencia que había cosechado Marcos. Era un secreto a voces que la BST estuviera preparando un formato para competir con Marcos en el *late night*. En la televisión todo se prepara en secreto, nada se hace oficial hasta que no está ya en marcha y no queda más remedio que anunciarlo. Aunque lo cierto es que, por mucho que se intente preservar las nuevas apuestas de una cadena, los rumores corren rápidamente por los pasillos de todas las televisiones. Marcos sabía que la BST estaba preparando algo grande para competir con él y decidió sacar tajada. Había pasado medio año desde que había emprendido su andadura en Cadena Nacional. Durante esos seis meses solo había dado buenas noticias al canal que dirigía Carlos Betanzos. Salvo cierta crítica o leve protesta de algún accionista por determinados contenidos del programa, todo eran buenas palabras, en especial por los grandes datos de audiencia. Marcos tenía el viento a favor para sacar rédito.

Preparó una comida con Carlos Betanzos con el pretexto de hablar sobre la marcha del programa. Esperó a los postres para echar el órdago.

—Hace unos días, el señor Sabatini me propuso una reunión. Está siendo difícil cuadrar nuestras agendas, pero supongo que no tardaremos mucho en hablar. No tengo ni idea de qué es lo que querrá decirme pero sé que anda nervioso por el bajón de audiencia que ha experimentado su cadena.

A Carlos Betanzos casi se le atraganta el *brownie*.

—Yo sí sé lo que quiere ese hijo de puta. Quiere llevarse lo que no es suyo. Lleva haciendo lo mismo toda la vida. Su forma de hacer televisión es robando mis éxitos. Claro que sé lo que quiere; te quiere a ti, pero esta vez no voy a permitirselo. Pienso blindarte, a ver si tiene cojones esta vez de llevarse lo que no es suyo.

El farol no le podía haber salido mejor a Marcos. Solo había hecho falta nombrar al señor Sabatini para que Betanzos desconectara de la sensatez.

Marcos prefirió no abrir la boca y que fuera Betanzos el que siguiera con su ira desbocada. El empresario zanjó el tema de inmediato. Le miró fijamente con las mejillas enrojecidas por el vino que había consumido durante la comida y amoratadas de solo pensar que el señor Sabatini pudiera jugársela de nuevo.

—Ocho millones de euros y tu programa pasará a emitirse en *prime time*, el horario de máxima audiencia. Te ofrezco cinco años a ocho millones de euros cada uno. Es el mejor contrato que se ha firmado nunca en la televisión. Eso sí, pondré una cláusula para que si te vas antes de que finalice el contrato, Cadena Nacional ingrese cincuenta millones de euros.

A Marcos directamente se le cortó la digestión. Jamás hubiera pensado en una oferta así. Creía que el señor Betanzos le subiría un poco el sueldo, pero lo que acababa de suceder se escapaba incluso de sus mejores sueños. Por un momento le entró un poco de miedo pensar que Carlos Betanzos se pudiera enterar de que había sido todo una invención suya y que el señor Sabatini no le había ofrecido ninguna reunión. Desde luego, ya era tarde para ser sincero y solo acertó a decir:

—Me parece bien. Si me permite, a esta comida, invito yo. —Pero cuando pagó la cuenta se le ocurrió subir la apuesta y siguió tirando de la cuerda—: De todas formas no quiero ser descortés con el señor Sabatini. Me reuniré con él, escucharé lo que tenga que decirme y declinaré su oferta. Usted no se preocupe, le mantendré informado.

A Carlos Betanzos no le hizo mucha gracia la propuesta, pero, antes de soltar un improperio, prefirió contar hasta diez y, cuando iba por el ocho, pensó de que a lo mejor no era tan mala idea que Braulio Sabatini se diera cuenta de su poderío y de que estaba jugando en serio. Betanzos siempre pensó que Sabatini era muy listo y un gran estratega para llevarse el gato al agua, pero también que era un rãcano al que no le gustaba rascarse demasiado el bolsillo. Estaba seguro de que no iba a superar su oferta.

En cuanto se despidió de Carlos Betanzos, Marcos se empleó a fondo para rematar su jugada. Conocía a la persona perfecta para seguir con su fábula y no dudó en llamarla:

—Despacho JC Abogados, qué desea —respondió la voz de una joven.

—Buenas tardes, soy Marcos Ro, quiero hablar con Jacinto Calero.

—Enseguida le paso con el señor Calero.

Marcos recordó cuando conoció al abogado. Se identificaba mucho con él. Ambos rondaban la misma edad y sus ambiciones eran más grandes que sus credenciales. Jacinto había crecido mucho desde entonces. Antes le llamaba y

se ponía él directamente al teléfono. Ahora ya contaba con una secretaria y decenas de ayudantes. Marcos había tenido mucho que ver en el ascenso meteórico de Jacinto. La última vez que le llamó fue para representar a las víctimas de la estafa del programa de Rosa Olmedo. El señor Sabatini se tuvo que ver las caras más de una vez con él y se dio cuenta de su valía. Sabatini era experto en aliarse con sus enemigos para sacar tajada. Llegó a un acuerdo muy ventajoso con Jacinto Calero, no tanto para los damnificados de la estafa, a cambio de que JC Abogados pasara a ser el bufete de cabecera de las empresas del magnate. Jacinto no tenía el más mínimo escrúpulo profesional con tal de convertirse en el número uno. Él solo se bastaba para llegar a lo más alto, pero Marcos le había facilitado mucho el camino, así que el presentador no tenía el más mínimo reparo en pedirle un favor.

—Dichosos mis oídos. Desde que te codeas con las altas esferas, ya no quieres saber nada del populacho. En qué puedo servirte, querido amigo.

Jacinto se relamía cada vez que le llamaba Marcos, siempre que lo había hecho había sido para darle un caso goloso que le había proporcionado fama, prestigio, clientes y dinero. No sabía que esta vez el tema era bien diferente.

—Necesito que me hagas un favor, Jacinto.

—A sus órdenes. Lo que tú digas —respondió solícito el abogado.

—No te preocupes, no es nada complicado. Necesito que llames la semana que viene al departamento jurídico de Cadena Nacional y preguntes por mi situación contractual con la cadena.

—Uff. No lo veo nada fácil, Marcos. La ley de protección de datos impide a las empresas dar ese tipo de información, pero en este caso lo veo todavía más complicado. Todo el mundo sabe que yo represento a don Braulio Sabatini, así que no creo que su principal rival, Cadena Nacional, me vaya a poner las cosas fáciles.

—Sé perfectamente cuál es mi situación contractual con la cadena. No te he pedido que consigas esa información. Lo único que quiero es que llames interesándote por mí. Eso es todo.

—Ah. Entendido. Quieres tocarle los cojones a Carlos Betanzos, ¿eh? No te preocupes, la semana que viene hago esa llamada.

Jacinto Calero era de esas personas a las que no había que explicarle las cosas dos veces.

La jugada le salió redonda a Marcos. La llamada de Jacinto a Cadena Nacional produjo una especie de terremoto en la planta noble de la cadena. Carlos Betanzos entendió que peligraba uno de sus grandes activos y se tragó

el anzuelo hasta el fondo. Tras reunirse con sus abogados esa misma tarde, le pidió a Marcos que subiera a su despacho para zanjar el tema.

—No me has contado cómo fue la reunión con la sanguijuela de Sabatini, pero, es igual, tengo mis contactos y ya sé por dónde van los tiros. Le acabo de pedir a mis abogados que redacten este contrato en el que mejoro considerablemente la oferta que te hice la semana pasada. Contrato de cinco años a doce millones de euros al año. Estoy seguro de que lo que te ha ofrecido Sabatini ni se acerca a esta cantidad. Eso sí, la oferta expira en cuanto salgas de mi despacho. Si aceptas, tienes que firmar ahora mismo el contrato. De lo contrario, lo rompo y te aseguro que haré lo posible para que fracasases en todo lo que hagas.

—No hace falta ponerse agresivo, solo necesito un boli para firmar — respondió Marcos con una media sonrisa.

Estaba tremendamente orgulloso de sí mismo. Le había salido la jugada perfecta. Saboreó el instante, se recreó a la hora de firmar y plasmó la mejor rúbrica que había trazado hasta el momento.

Efectivamente, el señor Sabatini había puesto en marcha toda la maquinaria para volver a recuperar el liderazgo, pero no se había planteado en ningún momento fichar a Marcos Ro. La prensa ya había publicado hacía unos días que Cadena Nacional iba a adelantar el programa de Marcos Ro al *prime time* y que el famoso presentador había firmado un multimillonario contrato por cinco años. El señor Sabatini sabía que tenía que competir en esa franja con un programa similar, que es lo que demandaban los espectadores, y a su vez dar un golpe de efecto. Tenía que fichar a alguien que tuviera credibilidad, que enganchara al público y que levantara expectación. De pronto le vino a la cabeza un nombre, la persona perfecta, se dio cuenta de que no tenía que buscar fuera, de que la persona que reunía todos los requisitos era de la casa. Levantó el teléfono, esperó tres tonos y, cuando escuchó que descolgaban, dijo con voz firme:

—Diana, sube a mi despacho.

15. GLAMUR

El trajín de gente no cesaba. Un sinfín de idas y venidas de los operarios que seguían a rajatabla las instrucciones de María Esnáider, una argentina afincada en España que se había convertido en la decoradora por excelencia de la alta sociedad. La joven interiorista había trabajado para la *jet set* de medio mundo y no paraba de recordar anécdotas que había vivido con los actores más famosos de Hollywood. Para hacer más glamurosa su presencia, mezclaba varios idiomas cuando hablaba. Marcos Ro y Diana Bex habían sido los últimos en entrar en ese reducido círculo. En poco más de un año sus vidas habían cambiado de un modo radical, ahora eran inmensamente ricos.

A Diana le costó aceptar la oferta del gran jefe. El proyecto que le ponía encima de la mesa el señor Sabatini era muy tentador, pero tenía muchos inconvenientes. Trabajar por la noche significaba ir a contracorriente del resto de la gente, incluida Daniela. Eso era lo que más le costaba asumir. Cuando su hija salía del colegio, ella estaría ya en los estudios preparando el programa, lo que significaba que solo podría disfrutar de Daniela los fines de semana. Otro aspecto que, aunque a Marcos le resultaba gracioso, ella sabía que iba a traer consecuencias negativas era competir con su marido en el *prime time*. El olfato de una mujer suele ser más agudo que el del hombre, y esta vez no iba a ser menos. Diana no se equivocó, la competencia entre los dos fue enriquecedora profesionalmente, pues ambos luchaban para ser mejor y superarse cada día, pero también fue un torpedo en la línea de flotación de su matrimonio. A pesar de las primeras reticencias de Diana, el gran jefe se salió con la suya añadiendo ceros a la oferta. A Diana no le importaba tanto el tema económico, pero a Marcos sí y no tardó demasiado en convencerla de que aceptara la última oferta de Sabatini.

—No sé si perjudicará a nuestra relación que compitamos el uno con el otro, pero te aseguro que si rechazas la oferta de los ocho millones de euros que te ha hecho Sabatini, me lo tomaré peor que una infidelidad, y eso sí que va a afectar a nuestra relación. Sería un desprecio al porvenir de esta familia.

Tienes que pensar también en Daniela y en su futuro, y te aseguro que será mucho mejor si aceptas.

Diana no estaba de acuerdo con ese planteamiento. El futuro de Daniela estaba asegurado con el sueldo de Marcos y con lo que ganaba ella en ese momento, pero no quiso discutir con él. Se dio cuenta de que estaba condenada a aceptar la oferta, de lo contrario solo provocaría los enfados de Marcos, del señor Sabatini y del resto de su equipo, que preferían la franja de máxima audiencia.

Lo primero que hicieron fue buscar la casa de sus sueños y la encontraron en una de las zonas residenciales más prestigiosas de Madrid. Ya solo la entrada a la finca era majestuosa. Dos grandes puertas de unos tres metros de altura se abrían automáticamente para dejar paso a los vehículos. La entrada peatonal no se quedaba atrás. Un descansillo techado, decorado con plantas y vigilado con cámaras de seguridad, daba la bienvenida antes de pasar al jardín. Al entrar en la residencia uno parecía hallarse fuera de Madrid, era un pequeño oasis en el centro de la ciudad. Olivos, palmeras y chopos se mezclaban perfectamente organizados por toda la finca. Una gran piscina con arena blanca, simulando una playa, precedía a la mansión. Mil metros cuadrados de construcción en los que no faltaban varios salones, un cine privado, sala de juegos, gimnasio y una piscina cubierta con *jacuzzi*.

María Esnáider tenía que equilibrar los gustos de Marcos, ostentosos y típicos de «nuevo rico», con los de Diana, mucho más discretos para decorar todas las estancias. Ella lo definía a su manera.

—Una mezcla de la *dolce vita* de Diana con el *deluxe* de Marcos. Pero no os preocupéis, queridos, yo tengo *solutions parfait* para todo. —Los aspavientos de María Esnáider exasperaban a Marcos, pero, aun así, no reparaba en gastos y le hacía caso en todo.

Veía que sus arcas no tenían fin por mucho dinero que gastara. Contrató a tres personas de servicio y, aunque le gustaba mucho conducir el Corvette descapotable que había adquirido, compró un Mercedes berlina y contrató un chófer porque pensaba que le daba mucho más prestigio. Diana no se oponía a los aires de grandeza de su marido. Creía que se merecía cualquier capricho, al fin y al cabo había llegado a esa posición por méritos propios. La única condición que ponía era elegir ella al personal. Daniela pasaría muchas horas con esa gente en casa y tenían que ser de fiar.

Cuando la vivienda estuvo a su gusto y terminaron las reformas que habían realizado, organizaron una gran fiesta de inauguración. Marcos se tomó muy en serio la celebración. Pensaba que las fiestas no se miden por el

lujo que hay en ellas o por el dinero que has gastado, eso lo hace cualquiera. La grandeza de una fiesta va en función de la calidad de los invitados. Y la suya tenía que ser la mejor. Quería llenar su casa de cantantes, políticos y estrellas de la televisión, del deporte y del cine. Lo consiguió. Se habían convertido en los presentadores del momento y a mucha gente le convenía asistir a esa fiesta. Era una oportunidad para muchos de hacer negocios o entablar relaciones interesantes. Las ausencias más significativas fueron las de los jefes. Braulio Sabatini y Carlos Betanzos declinaron las invitaciones alegando sendos viajes. Ni Marcos ni Diana insistieron. Sabían que ninguno de sus jefes iban a irse de viaje pero entendían, y casi agradecían, que ambos hubieran decidido no asistir. No querían que su fiesta se transformara en un campo de batalla si los dos enemigos íntimos se encontraban frente a frente.

La fiesta transcurrió sin sobresaltos. Tal y como ellos la habían planeado. Lo más granado del país se dio cita en su jardín y las muestras de admiración por la majestuosidad del lugar y de la fiesta fueron constantes. No faltó ningún detalle. El cóctel fue servido por Aleco Catering, que era la empresa más selecta y prestigiosa del momento. En la barra, cocteleros sirviendo a los invitados sus combinados previo *show* malabarista. Y como colofón, un miniconcierto improvisado de Shakira, que había acudido a la fiesta como pareja de uno de los futbolistas españoles del momento. Fue la fiesta del año, los programas dedicados al corazón no hablaron de otra cosa en la siguiente semana y las revistas llevaban en la portada la fotografía de Marcos y Diana.

No era la primera vez que salían en el papel cuché. Cuando nació Daniela, varias revistas les llamaron para hacerles un pequeño reportaje y presentar así a la pequeña en sociedad. Marcos pensó que era una buena forma de promocionarse, pero Diana se negó en rotundo y esa vez no hubo forma de convencerla. Estaba acostumbrada a dar demasiadas noticias de personas que se obsesionaban con niños y hacían auténticas aberraciones. No quería dar a conocer a su hija en los medios y ponerla en el disparadero. Cuanto menos supiera la gente de su vida personal, más segura se sentiría. Bastante expuestos estaban ya ella y su marido saliendo en la tele. Finalmente sus esfuerzos por preservar su intimidad fueron en vano porque, aunque no posaron para el reportaje, varios fotógrafos esperaron agazapados a las puertas del hospital donde dio a luz y fotografiaron a la pareja saliendo con la niña en brazos. Marcos se hizo el enfadado, pero no le importó demasiado la publicación de esas fotos. Para él fue como un halago que las revistas no solo hubieran querido hacerles un reportaje sino que, a pesar de la negativa, hubieran empleado sus recursos para obtener las instantáneas. A saber cuánto

tiempo habían permanecido esos *paparazzi* esperando a que ellos salieran del hospital.

Esta vez fue diferente, Diana comprendió que la prensa rosa hubiera bloqueado prácticamente la entrada de su casa con numerosos reporteros y fotógrafos para inmortalizar la llegada de los invitados. Ella misma salió con Marcos para posar delante de los objetivos y facilitar así la labor de sus compañeros. Ordenó a varios camareros que sacaran bandejas de comida y bebida para todos ellos. Detalles que facilitaron el trabajo de los periodistas y que hicieron que el tratamiento de la redacción y comentarios de la noticia que publicaron las revistas fueran amables con el matrimonio.

Era curioso que, aunque estuvieran acostumbrados a salir en televisión, les siguiera haciendo ilusión que hablaran de ellos en los programas o revistas del corazón. Los programas que no podían ver los grababan y se los ponían cuando tenían tiempo libre. Les gustaba verlos juntos y comentarlos. La madre de Marcos no dejaba de llamar para avisarlos de dónde habían salido. Estaba profundamente orgullosa de su hijo, había triunfado en su trabajo, se había casado con la mujer perfecta y le había dado una nieta maravillosa. Casi le da un infarto el día que fue al centro de Madrid y vio desplegado un enorme cartel que ocupaba toda la fachada de un edificio en construcción con la imagen de Marcos anunciando el nuevo programa de Cadena Nacional. Hasta entonces no había interiorizado el grandísimo éxito que estaba teniendo su hijo.

Algo parecido le pasó a Diana. Se dio cuenta de la relevancia que había adquirido junto a Marcos cuando una mañana, mientras desayunaba en la terraza de su dormitorio, llamó a la puerta su doncella.

—Buenos días, Diana.

—Hola, Nieves. Enseguida bajo y te doy la lista para que vayas al mercado a hacer la compra.

—De acuerdo. He subido porque hay una carta para ti y creo que es importante. El sello es de la Casa Real.

Diana se levantó como una exhalación para abrir el sobre y sonrió de emoción cuando leyó el contenido:



Su Majestad el Rey
y en su nombre
el Jefe de su Casa
tiene el honor de invitar
a los señores Marcos Rodríguez Álvarez y Diana Bex Vicens, periodistas y comunicadores de la
televisión española,
a la recepción que, con ocasión del día de la fiesta nacional,
ofrecerán sus Majestades los Reyes en el Palacio Real de
Madrid
el 12 de octubre a las 12.45 horas.

Casi mil quinientas personas estaban invitadas a tan majestuoso fasto. Autoridades, políticos, aristócratas y personalidades de relevancia fueron los elegidos para acompañar a los reyes ese día. Era un honor y un privilegio formar parte de ese reducido círculo. Un día emocionante no exento de nervios que comenzó con la elección del vestido. Diana eligió un traje de chaqueta ajustado de color azul marino con unos zapatos beis a juego con el bolso. Marcos lo tenía más fácil, traje negro y corbata roja. El chófer les acercó hasta los límites que marcaba la seguridad y se dieron un baño de multitudes al bajar del vehículo. Muchos curiosos atestaban la calle para ver de cerca a los invitados. En el interior del Palacio Real, varias personas de protocolo les iban marcando los movimientos. Les situaron en una larga fila que llegaba hasta el salón del trono, donde los reyes, de pie, saludaban uno a uno a sus invitados. Mientras la cola avanzaba lentamente, Marcos se fue fijando en algunas de las personalidades que esperaban con evidentes signos de impaciencia y nerviosismo. Algunos, de forma disimulada, ensayaban una especie de reverencia, otros no paraban de pasarse la mano por el pantalón para secarse el sudor antes de estrechársela a los monarcas. Le parecía un poco ridículo todo aquel espectáculo y un tanto anacrónico. Pensaba que estaba inmerso en una película ambientada en el Medievo en la que los plebeyos rendían pleitesía a los reyes. Ya les quedaba poco para llegar, a medida que se iban acercando se escuchaban los sonidos de las cámaras de fotos que disparaban como metralletas cada vez que los reyes extendían sus manos. A pesar de que los organizadores les habían advertido de que no debían hablar con los monarcas para no retrasar el ritmo, había muchos que se

saltaban las normas e intercambiaban algunas palabras con ellos, que respondían amablemente. Los saludos eran de lo más variados, unos se limitaban a dar la mano como cuando saludas a un conocido que no te alegras de ver, otros se cuadraban con saludo militar y taconazo, algunos se inclinaban con reverencia, y con los menos, pertenecientes a la Iglesia, era el rey el que mostraba respeto. Llegó el momento: primero Diana saludó al rey, estrechándole la mano y bajando la cabeza.

—Es un placer conocerla, Diana. Me gusta su programa. Gracias por venir.

—El placer es mío, majestad.

Diana repitió el saludo con la reina. Marcos ya estaba a la altura del rey pero no quitó la vista de su mujer. La observó saludando a la reina y pensó que Diana la eclipsaba. Que le absorbía la luz, que brillaba más que las joyas de la monarca. Pensó, orgulloso, que estaba por encima de ella. El rey le sacó del trance.

—Encantado de conocerle. Enhorabuena por su programa. Sé que es un éxito, aunque mis compromisos no me permiten verlo.

Marcos le apretó la mano, pero no hizo ningún ademán de reverencia. No le gustaron las palabras del rey, las interpretó como que su programa no le gustaba al monarca.

—Muchas gracias por la felicitación. El programa muestra una cruda realidad muy alejada del lujo de palacio.

Marcos pasó a la reina y le dio la mano. Ella siguió la conversación.

—La historia nos ha enseñado que nadie está completamente a salvo. Ni siquiera en el interior de un palacio. Yo sí le veo cada noche. Me parece un gran programa. Enhorabuena.

—Muchas gracias, majestad. Es un honor para mí saber que cuento con una espectadora de lujo como usted.

Inclinó un poco el cuello y agarró a su mujer para ir juntos al comedor de gala del palacio, donde se serviría el ágape.

Al mando policial y militar lo tenían ya muy controlado. El día de la Hispanidad les sirvió para entablar relaciones con el estamento político, incluido el presidente del Gobierno. La mejor herramienta de un periodista es su agenda de teléfonos y Marcos y Diana la tenían repleta.

La cresta de la ola se les quedó pequeña. En ese momento estaban surfeando lo más alto de un tsunami y, aunque acababan de llegar a ese estatus, los dos se movían con soltura. Pero ese *modus vivendi* llevaba implícitas demasiadas tentaciones y no todo el mundo está preparado para

rechazarlas. Diana tenía muy claro su objetivo en la vida. Sus prioridades eran, por este orden, su hija, su marido, su familia y hacer un buen periodismo. El lujo, la fama, las loas y el ego eran algo añadido que acompañaba al éxito de su trabajo. Elementos de los que se podía despojar fácilmente si fuera necesario. Sabía que en cuanto dejara de salir en televisión, desaparecería todo eso y no le importaba. Tenía que luchar por retener lo realmente importante en su vida, y eso estaba dentro de su casa. A Marcos le costaba más contenerse. ¿Por qué conformarse si lo podía tener todo? La ambición dio paso a la avaricia, y ese cambio tiene un precio que no se paga con dinero.

16. TÚ, TÚ Y YO, YO

Habían subido tan rápido a lo más alto que se pasaron de frenada y, si no paras en la cima, lo que viene a continuación es la ladera cuesta abajo. A medida que iba pasando el tiempo, el matrimonio se iba secando. La casa era cada vez más grande, las habitaciones más frías y la cama era solo para dormir. Daniela era la única que impregnaba todo de ilusión y risas. Los dos se habían centrado demasiado en su trabajo, sobre todo Marcos, que estaba empeñado en recuperar el liderato que le había arrebatado precisamente su mujer. A ella nunca le hubiera importado tanto sucumbir en audiencia en favor de su marido, pero Marcos no lo llevaba nada bien. Diana se esforzaba en recuperar la relación que tan feliz le hacía, de avivar el fuego que hubo, pero apenas conseguía esparcir en el ambiente unas cuantas pavesas.

Hacía tiempo que Marcos ya no era Marcos y dos no se aman si uno no quiere. Él seguía poniendo los cinco sentidos en su programa, en ser cada vez mejor, en volver a ser líder, y había olvidado que la audiencia más importante la tenía en casa. Marcos formaba parte de otra familia, la que componían los redactores, el director, el equipo técnico y los tertulianos de su programa. A ellos les prestaba más atención que a su mujer. Descubrió el mundo tan complicado de los colaboradores. Ninguno tiene su silla asegurada, el día que el director no les llama es un día que no cobran. Se afanan, por tanto, en llevar exclusivas al programa y, si no, procurar que el debate esté encendido para que los espectadores no cambien de canal. Había tertulianos a los que no les importaba defender posturas en las que no creían con tal de polemizar y tener peso en el debate. Otros preferían hacer horas extras para asegurarse el puesto.

Leticia Romero era una de las abogadas más famosas del momento. Su popularidad se debía más a su espectacular físico que a su valía como letrada. Nunca había tenido un caso importante de verdad, pero se desenvolvía muy bien en los platós de televisión. La competencia entre los abogados para acudir a programas de sucesos como los de Marcos y Diana era atroz. Les

pagaban exageradamente, pero lo más valioso era que la publicidad que adquirían les proporcionaba un gran número de clientes para sus bufetes. Leticia sabía utilizar muy bien sus armas para que su cuota de pantalla no disminuyese. Le dijo a Marcos que estaba trabajando en un caso que podía ser muy interesante para el programa. Información sensible que no podía salir de su despacho. Marcos no se lo pensó dos veces y quedó en hacerle una visita al día siguiente por la mañana.

El despacho de la letrada le recordaba en algo al de Jacinto Calero. Todos los puestos estaban ocupados por mujeres. Las razones eran bien diferentes, a Jacinto le gustaba flirtear con todas sus colegas y, por eso, en el proceso de selección primaba más una falda corta que un currículum largo. Leticia era una abanderada del feminismo y su despacho era un reflejo de sus convicciones.

Marcos recorrió todas las estancias del bufete mientras Leticia hacía de guía y le presentaba a todo el personal. En cuanto entraron en el despacho, ella cerró la puerta después de decirle a su secretaria que no le pasara llamadas. Marcos estaba intrigado, la abogada había tratado el tema con mucha discreción. Y no era para menos. Varias mujeres que trabajaban en el Palacio Real habían acudido a su despacho para denunciar algunos casos de acoso por parte de un alto cargo de la casa del rey.

—Para llevar este caso necesito el apoyo de los medios para tener de mi parte a la opinión pública y que no me devore la maquinaria real.

—¿Qué credibilidad tienen esas trabajadoras?

—No lo sé todavía. No he investigado lo suficiente. Antes quería saber si puedo contar con el apoyo de tu programa.

—En estos momentos es impensable. La línea editorial de Cadena Nacional es totalmente afín a la Casa Real y no quiero correr el riesgo de que me quiten el programa. Lo siento, Leticia, no puedo ayudarte y te recomiendo que no te metas en ese fango porque no vas a salir bien parada. Es más, probablemente tengas que dejar de venir a *La huella*.

—Está bien, te haré caso. No estoy preparada para un asunto de esa envergadura y mucho menos para dejar de aparecer en los programas. De hecho, también quería hablar contigo de ese tema. Me gustaría que me hicierais fija en el programa y acudir todos los días.

—Lo hablaré con el director y con producción.

No era la primera vez que le pedían a Marcos algo parecido y siempre contestaba lo mismo, que lo tenía que consultar. No mentía, esa decisión no le correspondía a él, aunque podía influir mucho para poner o quitar tertulianos.

—Estoy segura de que tú tienes la voz suficiente como para hacerme fija. Te aseguro que puedo ser muy convincente y muy generosa para conseguirlo.

Leticia se levantó de su sillón de piel. Marcos, en un alarde de caballerosidad, hizo lo mismo pero no sabía todavía por dónde iban a ir los tiros. Ella se situó delante de él y fue entonces cuando el presentador entendió que se iba a repetir la situación que vivió años atrás en su camerino con la periodista Julia López. La diferencia era que la abogada era más espectacular que la periodista y que ni siquiera preguntó. En el mismo movimiento en el que se ponía de rodillas, le bajó la bragueta. Pero la diferencia más grande con respecto a lo que ocurrió con Julia López fue que ahora no se acordó de Diana. A Marcos le hacía gracia esa situación, había ido a hablar de trabajo y había acabado con el pantalón por los tobillos. Lo que más le excitaba era que la abogada que luchaba por los derechos de la mujer, la paridad y la igualdad, le estaba practicando una felación para conseguir una mejora laboral. Solo había una cosa que le podía producir más placer que aquello y lo consiguió exactamente treinta y cinco segundos más tarde cuando Leticia consiguió no derramar ni una sola gota del placer de Marcos.

Diana sabía que algo no funcionaba entre ellos dos, se habían distanciado y no iba a permitirlo. Estaba dispuesta a luchar por su matrimonio, a mantener el amor de su vida, a seguir siendo feliz. «Tú, tú y yo, yo» era la expresión que más pronunciaba Marcos en lugar de un «nosotros», que es lo que le gustaría escuchar a Diana. Ese fin de semana dejó a Daniela con sus padres y compró dos entradas para el teatro. Cada vez tenían menos salidas románticas y las pocas veces que salían solos no se parecía en nada a cuando lo hacían de novios. Entonces Marcos se iba de compras para elegir el modelo que iba a lucir esa noche. Después iba a buscarla y la esperaba en el portal nervioso mientras se miraba repetidamente en el espejo para comprobar que todo estaba en su sitio. La mayoría de las veces recibía a Diana con un regalo que compraba en la joyería que había al lado de su casa. Siempre que la veía le parecía la mujer más guapa del mundo, la besaba como si fuera la primera vez, la miraba a los ojos, y volvía a besarla como si fuera la última vez. Entonces le agarraba la mano, caminaban hacia el coche y Marcos le abría la puerta gentilmente. Poco quedaba de aquello.

Marcos tardó medio minuto en arreglarse, hacía tiempo que no le regalaba nada a Diana y era el chófer el que les abría la puerta del coche. La obra de teatro tampoco ayudó demasiado, los dos se aburrieron soberanamente y la popularidad de ambos dinamitó cualquier atisbo de intimidad. Era imposible mantener una conversación sin que fuera interrumpida repetidas veces por

alguien que pedía una foto, un beso o un autógrafa. Llegaba a resultar tedioso tener que saludar continuamente a personas que no conocían y escuchar siempre las mismas loas. Hasta a Marcos le cansaba la fama. El ego ya le rebosaba. A la salida del teatro estaba lloviendo, ambos corrieron en busca del coche, que ya les esperaba con la puerta abierta, decidieron ir a casa, la lluvia les quitó las ganas de seguir con la velada. Por el camino, los dos miraban las gotas que recorrían la ventanilla, parecían piedras preciosas que hipnotizaban con los destellos que producían al filtrar las luces de los coches. Se acordaron de la última vez que les sorprendió la lluvia, llevaban poco tiempo saliendo. Salían del cine y caían chuzos de punta. Habían reservado en un restaurante japonés que estaba cerca del cine y no querían perder la reserva, así que se cogieron del brazo y corrieron por la calle mientras se mojaban y saltaban los charcos. Llegaron al restaurante empapados pero tardaron más tiempo en dejar de reír que en secarse. Habían pasado unos cuantos años de aquello pero parecía una eternidad. Ahora la lluvia mojaba más que antes y la ropa empapada no tenía ninguna gracia.

Llegaron a casa, cenaron algo rápido y se acostaron. Esa noche hicieron el amor mientras pensaban en sus cosas.

17. OLIVIA CARRASCO

Hacía ya unos cuantos meses que el sol no se dejaba ver. En cuanto aparecieron los primeros rayos, Olivia dejó los pantalones vaqueros en el armario para estrenar la minifalda. Le encantaba ser el centro de atención de su grupo de amistades. Le gustaba sentirse admirada, querida, tal vez era lo que le faltaba en su casa. Sus padres ya no estaban juntos y, cuando se veían, no hacían más que discutir y no tenían tiempo para fijarse en ella. Su hermana tenía bastante con superar la edad del pavo, así que Olivia intentaba estar todo lo posible alejada de su familia. Con sus amigos pasaba de ser invisible a ser la protagonista. Sabía que la minifalda que se estaba poniendo le iba a traer algún que otro problema con Borja, con el que salía desde hacía un año.

Realmente Olivia no estaba enamorada de él, pero se había convertido en su confidente y su apoyo desde que sus padres se separaron. Borja era el líder del grupo, vivía en una de las mejores casas del pueblo. Su padre había ganado mucho dinero en Francia con la exportación de vinos. Era un chico atractivo, pero Olivia solo empezó a fijarse en él cuando el resto de amigas soñaba con besarlo. Olivia era muy extrovertida, hablaba con el primero que pasaba y era muy cariñosa con cualquiera que le prestara un poco de atención. Sin ser excesivamente guapa pero con un gran tipo, tenía un encanto especial que atraía a todos los chicos del grupo. Era de esperar que los dos acabaran saliendo juntos. A Borja siempre le había gustado Olivia, pero cuando se enamoró en serio de ella fue hacía dos veranos, con tan solo diecisiete años. Esa noche, envalentonado por las copas que se había tomado en el botellón, se acercó a la joven y le pidió salir. Estaba muy nervioso porque no tenía ni idea de cuál sería su respuesta. Estaba seguro de que cualquier chica del grupo hubiera respondido que sí a esa proposición, pero tenía muchas dudas de los sentimientos de Olivia. Era una chica que se mostraba igual de simpática con todos, le podía regalar una sonrisa maravillosa y a los dos minutos hacerle una caricia a Julián, que sin duda era el más feo de todos. Esa incertidumbre la hacía más hermosa y conseguía desvelarle todas las noches. Aprovechó que

Olivia se quedó a solas para acercarse a ella y lanzarse a pecho descubierto, sin red.

—¿Quieres salir? —preguntó torpemente.

—¿Con quién? —La respuesta de Olivia tampoco es que fuera muy inteligente y no se lo puso demasiado fácil.

—¿Con quién va a ser? ¡Conmigo!

Ya estaba lanzado el mensaje. Ya no había vuelta atrás. Si decía que no, era imposible disimular.

—¿Quieres que seamos novios? Pues, verás, es que yo ahora no quiero tener novios. Tengo solo dieciséis años y prefiero disfrutar de mis amigas para que no me pase como a Zaira, que desde que empezó a salir con Javi no se le ha vuelto a ver el pelo.

—Ah, vale.

Borja no insistió lo más mínimo. Prefirió salir cuanto antes de esa situación y rezar para que nadie se enterara de las calabazas. Pero fue en ese preciso instante, cuando no paró de pensar en Olivia, cuando se enamoró de ella o, mejor dicho, cuando se obsesionó con ella.

Borja no volvió a insistir directamente pero nunca dejó de intentarlo hasta conseguirlo. Le mandaba notas anónimas de amor a su casa. Llamaba a su teléfono para oír su voz y en silencio, sin atreverse a decir nada, esperaba a que Olivia colgara. Así fueron pasando los meses. Olivia le seguía tratando como cualquier otro amigo. Nunca habló de esa noche, parecía que no hubiera sucedido, como si Borja no le hubiera pedido salir nunca. Por un lado, eso le aliviaba a Borja, porque ninguno de sus amigos se enteró de que fue rechazado pero, por otro lado, le enfurecía tanta indiferencia. Todo cambió en Nochevieja. Fue la primera vez que los padres de Olivia discutieron fuertemente.

Ricardo Carrasco era un hombre con carácter, impulsivo y acostumbrado a conseguir todo lo que se proponía. Se había hecho a sí mismo. Había conseguido una fortuna con la compra-venta de coches, nadie le había regalado nada. Había trabajado muy duro toda su vida y consiguió triunfar. Años atrás se enamoró de Dolores, una chica tímida de buena familia que jamás se hubiera fijado en una persona como Ricardo si no llega a ser por la constancia que empleó para conquistarla. La vida de ambos había sido feliz y cómoda. Vivían en una gran casa en una prestigiosa urbanización de Madrid, un chalé en la sierra y otro en la playa, a orillas del mar Cantábrico. Últimamente pasaban el verano y la Navidad en la costa, les gustaba desconectar y sus hijas habían hecho buenas amistades. La cena de Fin de

Año la pasaban los cuatro solos en el chalé y después el matrimonio se iba a casa de unos amigos, las niñas hacían lo propio con sus respectivos grupos. La última Nochevieja que pasaron juntos marcó un antes y un después. Por primera vez en muchos años Ricardo prefería quedarse en Madrid. Tenía un negocio entre manos que no le permitía alejarse demasiado. Dolores sospechaba desde hacía unos meses que el negocio de su marido tenía nombre de mujer, y tanto ella como sus hijas le convencieron para viajar a la casa de la playa como hacían todos los años. Tras estar más pendiente del teléfono que de las uvas, Ricardo les dijo que al día siguiente se tenía que volver a Madrid. Dolores reaccionó tirándole el champán a la cara, y los gritos entre ambos hicieron inaudibles los sonidos de los petardos y fuegos artificiales de la calle celebrando el nuevo año. Olivia y Sofía se marcharon para llegar puntuales a su cita y dejar plantados a sus padres, aunque estaba claro que el cotillón iba a estar marcado por aquella bronca.

Olivia decidió olvidar los problemas de casa con una botella de Martini. Borja se ofreció como pañuelo de lágrimas y acabó siendo su amante. Era la primera vez que Olivia hacía el amor. No se pareció a lo que tantas veces había soñado. El chico no era el amor de su vida, tampoco fue en la orilla del mar y ni siquiera alcanzó el orgasmo. Pero lo peor de todo es que al día siguiente no se acordaba casi de nada. Y así fue como inició la relación con Borja. Una relación tortuosa, en la que predominaban los celos y la agresividad de un joven acostumbrado a que nadie le llevara la contraria. Olivia, cansada de las disputas de sus padres, que solo acabaron cuando se divorciaron, se refugió en un noviazgo destructivo del que, cada vez tenía más claro, tenía que salir.

Esa mañana habían quedado en el jardín de uno de los bares que más frecuentaban los jóvenes. Ya estaban prácticamente todos cuando llegó Olivia. A Borja se le cambió la cara cuando la vio llegar con la minifalda y casi estalla de ira cuando Óscar silbó antes de decir:

—¡Madre mía! Bendito sea el buen tiempo. Si en primavera vienes así, no me pierdo este verano.

Todos rieron menos Borja, que se apresuró a coger a Olivia con fuerza del brazo y llevársela lejos del grupo.

—¿Cómo te atreves a venir así? ¿Qué quieres ser, la zorra del grupo?

—¿Qué haces? Suéltame, me haces daño. No se te ocurra decirme cómo tengo que vestirme.

—Me importa una mierda lo que te pongas, pero no voy a permitir que me dejes en ridículo. Vete a tu puta casa y cámbiate de ropa ahora mismo.

—No pienso irme a ninguna parte. Acabo de llegar, y me voy a tomar una cerveza con mis amigos. Si no te gusta, no mires.

En ese momento, Olivia logró zafarse de Borja y aligeró el paso para volver al bar. Borja fue tras ella y no tardó mucho en alcanzarla, darle la vuelta y soltarle un bofetón. La escena la estaban presenciando todos desde el jardín. Algunos chicos se lo tomaron a broma.

—¡Ostras, qué putada! Ya verás como ahora vuelve con vaqueros —dijo Óscar.

Las chicas, sin embargo, al unísono le gritaron:

—Eh, ¿qué haces? Cabrón, no la toques.

Rápidamente fueron a por él pero Borja fue más rápido y ya había metido por la fuerza a Olivia, que estaba en *shock*, en su coche.

En el trayecto, Olivia no pudo reprimir las lágrimas. Jamás había pensado que Borja pudiera agredirla de esa manera. Sabía que era celoso, que a lo mejor le podía molestar que llevara minifalda, pero nunca pensó que reaccionaría así. Borja también estaba perplejo. No entendía cómo Olivia le podía haber hecho esa putada. Le había puesto en evidencia delante de sus amigos. No podía comprender cómo su novia había llegado al bar enseñando las piernas. La minifalda era tan corta que en cualquier movimiento se le podían ver las bragas. Tenía ganas de encerrarla en una habitación para que nadie más la pudiera ver. Estaba lleno de rabia hasta que vio las lágrimas de Olivia. En ese momento le dio pena, se arrepintió de haberla pegado. Entonces paró el coche y le pidió perdón.

—Lo siento. No tenía que haberte dado esa bofetada. ¿Te duele?

—Eres un hijo de puta. No me hables.

Esta vez sí, rompió a llorar como una niña. Borja tenía sentimientos encontrados. Por un lado, estaba arrepentido, pero también furioso e incluso empezaba a estar algo excitado.

—Reconoce que los dos nos hemos pasado. Yo no te tenía que haber pegado y no me importa pedirte perdón, pero sabes perfectamente que tú tampoco deberías haber venido así vestida y tendrías que pedirme perdón también. —Borja aprovechó para acariciarle la pierna y seguir con su planteamiento—: Tengo que reconocer que estás guapísima. La minifalda te queda fenomenal. Estoy seguro de que todos estos han pensado en lo mismo, en tocarte las piernas y subir la mano hasta las bragas.

La mano de Borja iba imitando sus palabras y también subía por la pierna de Olivia, que seguía llorando a la vez que cerraba las piernas.

—Borja, por favor, no me toques. Llévame a casa.

—¿Ahora quieres que te lleve a casa? ¿No has venido así para esto?

Olivia agarró la mano de Borja para quitársela de su entrepierna, pero el joven era más fuerte que ella y había agarrado con fuerza las bragas. Olivia sentía asco por primera vez desde que conoció a Borja. En ese momento era un desconocido, no sabía quién era. Alguien extraño la estaba desnudando y no podía impedirlo.

Borja se situó encima de ella, le abrió las piernas y la penetró mientras cogía su cuello con las dos manos, apretando cada vez más.

—Repíteme conmigo: «Si me pongo minifalda es para que me follan».

Olivia no solo no reconocía a la persona que tenía encima, sino que estaba segura de que no era una persona. Tenía la cara desencajada, los ojos inyectados en sangre y babeaba a la vez que hablaba. Era como un perro rabioso a punto de devorar a su presa. Cada vez embestía con más fuerza, cada vez apretaba más el cuello, cada vez gritaba más:

—¡Repíteme conmigo, zorra, hija de puta! ¡Si me pongo minifalda es para que me follan!

Olivia solo tenía un hilo de voz pero hizo el esfuerzo de hablar porque estaba segura de que ese animal desconocido la iba a matar ahí mismo, en el asiento mugriento de ese coche. A duras penas logró pronunciar:

—Si me pongo minifalda es para que me follan.

En ese momento Borja pegó un grito de placer como nunca antes había hecho en un orgasmo y cayó desplomado sobre Olivia. A ella le faltaba el aire, tosía, le dolía el cuerpo pero más el alma. Pensó que su vida no valía nada, que ella no valía nada. Se arrepintió de haberse puesto la minifalda, pensó que no le hubiera costado nada ponerse unos pantalones, de esa forma no hubiera descubierto a esa extraña cosa que ahora descansaba encima de ella. Volvió a llorar, pero esta vez de lástima. Se acordó de sus padres, de cuando era pequeña, de cuando se querían, de cuando la querían. Se acordó de su hermana. «Ojalá que Sofía no tenga que pasar nunca una situación similar». Quería desaparecer, borrar ese momento, ducharse y olvidarlo todo. Borja ya se estaba incorporando, volvió a sentarse en el puesto del conductor y se abrochó los pantalones. No dijo ni una palabra, arrancó e inició la marcha como si no hubiera pasado nada. Olivia volvió a subirse las bragas y bajarse la minifalda. El silencio, el olor, el dolor, todo se juntaba en un clima insoportable. Tenía que repasar todo lo que había ocurrido ese día para darse cuenta de los hechos. De que todo lo había provocado una minifalda, solo una minifalda. De que tenía unos amigos que eran unos idiotas y unas amigas valientes pero lentas. De que su novio era un animal, y de que ya no era su

novio. Y lo más importante: se tenía que dar cuenta de que había sido violada. En ese momento, rompió el silencio.

—No quiero saber nada más de ti. No vuelvas a dirigirme la palabra. Hemos acabado.

Eran las ocho de la mañana y, nada más abrir los ojos, Dolores sabía que algo no iba bien. La noche anterior se había acostado preocupada, Olivia no había aparecido por casa en todo el día. No solo no había ido a comer, tampoco había ido a cenar y lo más raro es que no había pasado por casa ni siquiera para cambiarse de ropa. No era la primera vez que desaparecía un día entero, pero en esta ocasión le daba mala espina. Nada más levantarse, se dirigió rápidamente al dormitorio de su primogénita y se le cayó el alma a los pies cuando descubrió que la cama estaba hecha, tal y como la había dejado la mañana anterior. Olivia era capaz de ausentarse todo un día pero nunca había dormido fuera de casa sin avisar. Bajó todo lo rápido que pudo las escaleras hasta llegar al salón, cogió el teléfono móvil, que se estaba cargando en el aparador, y tecleó el número de su hija. Apagado. Marcó entonces el número de Borja. Era la primera vez que lo llamaba desde que Olivia se lo presentó como su novio hacía medio año. Le temblaban los dedos, la respiración era agitada. Deseaba que su niña estuviera con él, que le cogiera ella el teléfono, pero los tonos se sucedían y nadie descolgaba. Por un momento se tranquilizó, su imaginación le daba esperanzas. Si no lo cogía era porque Borja y Olivia estaban juntos y a esas horas estarían dormidos, habrían estado toda la noche de juerga. De pronto la imaginación le jugó una mala pasada y le arrojó otros pensamientos mucho menos idílicos. Podían haber tenido un accidente y estar en una cuneta malheridos. Le dio un vuelco el corazón. Subió corriendo las escaleras sin parar de gritar:

—¡Sofía, Sofía! —Abrió la puerta del dormitorio de la hija pequeña—. Sofía, ¿sabes algo de Olivia? No ha dormido en casa.

—Yo qué sé, mamá. Habrá dormido con Borja. Joder, estoy durmiendo. Cierra la puerta.

Dolores estaba sola, desesperada. No sabía qué hacer. Volvió a llamar a Olivia, pero su terminal seguía apagado o fuera de cobertura. Lo intentó de nuevo con Borja, pero nadie contestó. Le flaqueaban las piernas, así que se sentó en el sofá para no caer desplomada. Pensó en llamar a alguna amiga de Olivia, pero tenía miedo de que no le cogieran el teléfono o, peor todavía, que se lo cogieran y que le dijeran que no sabían nada de ella. Por un momento se le pasó por la cabeza llamar a Ricardo, él sabría qué hacer en una circunstancia así, siempre ponía cordura en las situaciones tensas, aunque

nunca habían vivido algo así. Prefirió dejar esa llamada para cuando no hubiera más remedio, no quería que su exmarido pensara que no sabía cuidar de sus hijas. Finalmente tecleó un número de solo tres cifras, y obtuvo respuesta en dos tonos.

—Guardia Civil, dígame.

18. DESAPARECIDA

Diana y Marcos empezaron sus programas con la misma noticia:

—«Buenas noches, ha desaparecido una joven madrileña de dieciocho años en la localidad cántabra de Suances. Esto es *Diana en directo*. Comenzamos».

—«Hola a todos, en estos momentos la Guardia Civil busca a una atractiva joven perteneciente a una adinerada familia de Madrid que ha desaparecido en Suances, Cantabria, donde disfrutaba del puente de mayo con su madre y su hermana. Yo soy Marcos Ro y esto es *La huella*. Bienvenidos».

No tenían mucha más información que la simple desaparición. Ambos programas mandaron a sus mejores redactores a Suances para recabar datos. Conectaron en directo con ellos y entrevistaron a algunos vecinos del pueblo que conocían a la familia y a la joven.

—Es una chica muy simpática y alegre. Ojalá aparezca pronto.

—En este pueblo nunca pasa nada. Seguro que ha conocido a algún chiquillo y está por ahí pelando la pava.

—Ya sabes cómo son los jóvenes. Hoy en día hacen lo que les da la gana. Cuando vuelva, su madre debería darle un escarmiento.

Impresiones vecinales que no aportaban demasiado a la noticia. El testimonio más buscado era el de la madre, la hermana o el padre, que al enterarse de la desaparición de Olivia había viajado con celeridad a Suances. Los tres estaban encerrados en su casa sin hacer de momento ninguna declaración. Marcos llevaba casi todo el año por debajo del programa de Diana, que, noche tras noche, le superaba en audiencia. Este caso le tenía que servir para dar un golpe de efecto, pensaba echar el resto y recuperar el liderazgo perdido. Su objetivo era la familia, conseguir la declaración de alguno de ellos era importantísimo para situarse como la referencia informativa en ese caso.

La tarea no era fácil, el pueblo estaba atestado de periodistas, la casa familiar era un hervidero de gente, reporteros, cámaras, curiosos y agentes de la Guardia Civil que impedían el paso a los aledaños del inmueble. La

desaparición de Olivia Carrasco se había convertido en uno de los casos más mediáticos de los últimos años. Programas y periódicos dedicados a los sucesos llenaban horas y páginas con las novedades. Todos los años desaparecían en España más de catorce mil personas adultas pero solo unos pocos saltaban a los medios de comunicación. Olivia reunía todos los requisitos para copar las portadas. Un estudio sociológico lo denominaba como el síndrome de la mujer blanca desaparecida. Una joven blanca, atractiva y de clase media-alta despertaba el interés de los medios de comunicación. Para muestra, un botón. El mismo día que desapareció Olivia, se le perdió el rastro a una prostituta brasileña que ofrecía su cuerpo y su dignidad por mil euros en Alicante. El titular llegó a todas las redacciones. Ningún medio lo publicó, solo se centraron en Olivia Carrasco. Tal era el eco mediático que la desaparición pasó a ser una prioridad para los mandos policiales.

La Unidad Central Operativa de la Guardia Civil se puso al frente de la investigación. Agentes expertos en los casos más complicados llegaban de Madrid para intentar conocer el paradero de la joven. Las primeras pesquisas se centraban en conocer la vida y milagros de Olivia. Era importante su entorno, la relación con su familia, sus amistades y enemistades, sus problemas, sus ilusiones, su pasado. Tenían que saberlo todo acerca de ella para poder descubrir, en primer lugar, si la desaparición había sido voluntaria o forzosa. La separación de sus padres había afectado mucho a Olivia y la relación con su hermana, tres años más joven, no era demasiado fluida. Había quien pensaba que Olivia podía haber cogido las de Villadiego, pero la inspección ocular en la residencia familiar no apuntaba en ese sentido. Su ropa estaba en el armario, el cargador del móvil en el cajón, la pequeña caja de caudales cerrada y en el interior varios billetes de cincuenta euros. No parecía muy normal que si una joven quisiera fugarse dejara todas sus pertenencias y el dinero. Todo hacía pensar que la desaparición no era voluntaria. Se convertía en una desaparición de alto riesgo y los investigadores trataban de averiguar el motivo. Habían pasado dos días desde que se le perdiera el rastro a Olivia y nadie se había puesto en contacto con la familia para pedir un rescate. Los padres de la joven tenían mucho dinero y no era descabellado pensar que la joven hubiera sido víctima de un rapto.

Diana estaba en contacto continuamente con el coronel Juan José Maldonado, jefe de la UCO, con el que había trabado una gran amistad desde hacía unos años cuando, siendo todavía reportera en el programa de Rosa Olmedo, le entrevistó. Entonces el coronel pertenecía a la brigada de

información de Madrid y empatizó rápidamente con aquella periodista guapa e inexperta pero con muchas ganas e ilusión y, sobre todo, mucho futuro por delante. Desde entonces habían mantenido el contacto y Diana había conseguido muchas exclusivas gracias a él. Poco le podía ayudar esta vez en el caso de Olivia Carrasco. La UCO no tenía datos relevantes que les decantara por una hipótesis u otra y todas las líneas de investigación estaban abiertas. Pero Diana se aseguraba una fuente más que fiable para estar por delante en la información del caso.

Marcos sabía que esa batalla la tenía perdida y prefirió indagar por otro lado. Puso el foco en la familia y allegados a Olivia. Necesitaba un testimonio importante para abrir esa noche el programa. Su jugada fue directa, sin rodeos. Sabía que en esos momentos la familia estaba pendiente del teléfono por si los autores de la desaparición de Olivia se ponían en contacto con ellos. Llamó a Dalecars Automoción, la empresa que Ricardo Carrasco había creado hacía veinte años y con la que había amasado una gran fortuna. Le dijo a su interlocutor que necesitaba hablar urgentemente con el señor Carrasco por un tema relacionado con la desaparición de su hija. El empleado que cogió el teléfono era un chaval joven que apenas llevaba unos meses en la empresa. En su centro de trabajo no se hablaba de otra cosa que de la desaparición de la hija del jefe, así que enseguida creyó que esa llamada podía ser importante y sin ningún filtro la desvió al teléfono de Ricardo Carrasco.

—Dígame.

Había visto que la llamada procedía de la oficina, así que suponía que tenía que ser algo muy importante porque todo el mundo se había enterado de su angustiada situación y nadie se atrevería a molestarle si no fuera por algo realmente importante. Los agentes estaban pendientes de todas las llamadas que recibían los miembros de la familia, pero en cuanto supieron que se trataba de trabajo dejaron de prestar atención.

—Señor Carrasco, soy Marcos Ro, presentador de *La huella*. Siento muchísimo la situación por la que está pasando y solo quería decirle que me gustaría ayudar a su familia dentro de mis posibilidades.

—¿Y cómo puede ayudarme en estos momentos? —contestó contrariado Ricardo.

—Puedo ser su altavoz. Están muy bien todos los carteles que han pegado por el pueblo pidiendo ayuda a los vecinos que puedan aportar alguna pista, pero le aseguro que una declaración suya en mi programa será mucho más efectiva que cientos de carteles.

—Gracias por su ofrecimiento, pero ahora mismo prefiero permanecer callado. De todas formas, le prometo que si decido aparecer en los medios, le llamaré a usted primero.

A Marcos le gustó la respuesta. Sabía que, tarde o temprano, Ricardo hablaría; todos los familiares de desaparecidos acaban haciéndolo. Necesitan compartir con todo el mundo su angustia, les reconforta saber que no están solos, que la gente sigue interesándose por su familiar desaparecido. Se había asegurado uno de los testimonios más importantes del caso. No dudaba de que Ricardo fuera a incumplir su palabra. A nadie le interesa quedar mal con un programa de tanta audiencia. Sin embargo, Marcos era consciente de que si alguien le podía robar esa exclusiva era Diana y prefirió no correr el riesgo. En cuanto llegó a casa, lo habló claramente.

—He conseguido al padre de Olivia. En los próximos días emitiremos su entrevista.

—Pobre gente. Estarán desesperados, ¿no? —Diana se seguía interesando más por los sentimientos que por la exclusiva.

—No le he hecho todavía la entrevista, se la haré en breve. No creo que Ricardo me la juegue y respete su palabra, pero, de no ser así, espero que no me pises la exclusiva.

—No te preocupes, estoy centrada en otra cosa. El foco está puesto fuera de esa casa.

—¿A qué te refieres? ¿Sabes algo nuevo?

—La UCO tiene un sospechoso. De momento lo están investigando y me han pedido que no diga nada todavía. Pero parece que es cuestión de tiempo que lo detengan.

—¡Guau! ¿Y a qué esperas a decírmelo?

—La última vez que te di un soplo similar, me dejaste en muy mal lugar y abriste el programa con esa noticia.

—Diana, sabes perfectamente que las circunstancias eran muy diferentes y no me dijiste en ningún momento que no se podía decir. Ahora es distinto, no diré nada, puedes confiar en mí.

—Eso espero. Olivia sale con un chico. Según han declarado sus amigas, el chaval es bastante celoso y el mismo día de su desaparición tuvieron una bronca importante. Algunas de las chicas aseguran que vieron cómo le pegaba una bofetada, la metió en el coche por la fuerza y ya no se le ha vuelto a ver el pelo a Olivia. Tiene muy mala pinta el caso.

—¿Y a qué esperan a coger a ese cabrón?

—A tener pruebas suficientes.

Diana había vuelto a superar a Marcos. Cuando él pensaba que tenía algo, Diana tenía algo mejor. Marcos se había acostumbrado a esa situación, pero en lugar de resignarse prefería sacar partido. Le había dado su palabra a Diana de no dar esa noticia, sin embargo no había dicho nada de no utilizarla a su conveniencia. Era el momento de que entrara en juego, una vez más, su gran amigo Jacinto Calero.

Cuando al abogado le decían que Marcos Ro preguntaba por él, dejaba lo que estuviera haciendo para atenderlo.

—Pensaba que ya estábamos en paz cuando llamé a Cadena Nacional preguntando por tu contrato. ¿En qué puedo ayudarte ahora? —respondió con sorna Jacinto.

—No te pases de listo, abogado. Esta vez voy a desnivelar de nuevo la balanza. Me he enterado de algo que te va a interesar. Es hora de que vayas saliendo del despacho y te hagas un viajecito. ¿Te gusta el norte?

—Uff. Ya puede ser interesante porque estoy hasta arriba de trabajo.

—¡Quién te ha visto y quién te ve! Te estás aburguesando. No te preocupes, te va a interesar. Van a detener al novio de Olivia Carrasco. Es hora de que muevas el culo, y te vayas a Suances. El chaval va a necesitar un buen abogado.

—Jajaja. Tú siempre pensando en el prójimo. Hoy mismo salgo para allá, pero quiero que sepas que la balanza sigue nivelada. Como comprenderás, colocarte en primera línea de la investigación es pagarte muy bien el chivatazo.

—A ver si es verdad. Espero que me mantengas informado.

En el primer interrogatorio de la Guardia Civil a Borja Sánchez, el joven no contó toda la verdad y eso hizo que los agentes se fijaran más en él. Reconoció que no le gustó nada cómo fue vestida ese día su novia, admitió que la metió en el coche a la fuerza y se la llevó a casa, pero no dijo nada ni del bofetón ni de la violación. Borja aseguró que la dejó cerca de su casa, se marchó y que no la había vuelto a ver.

—¿Dónde la dejaste exactamente? —le preguntó el teniente de la Benemérita.

—Al principio de la calle. A unos cien metros.

—¿Por qué no la dejaste en la puerta?

—Estaba enfadado con ella y no quería hacer de su chófer.

—Sin embargo, te la llevaste del bar en tu coche.

—Sí, pero, cuando estábamos llegando a su casa, me dijo que quería romper la relación, así que le dije que se bajara y se fuera andando.

—¿Viste cómo llegaba a su casa?

—No. Di media vuelta y me largué.

El relato que contaba Borja era muy corriente. Una pareja enfadada, que decide poner punto y final y cada uno toma un camino diferente. Todo muy normal si no fuera porque el camino que cogió Olivia era totalmente desconocido y porque la última persona que la vio, antes de desaparecer, había sido Borja. Otro aspecto que no pasó desapercibido fue el bofetón que le propinó a Olivia. Un detalle que contaron los amigos de la joven y que Borja se olvidó de mencionar. El teniente no tardó mucho en recordárselo.

—Cuando te dejó Olivia, ¿no reaccionaste de forma violenta?

—No. Simplemente le dije que se bajara del coche.

—¿No la empujaste, no la golpeaste?

—No.

—¿Nunca le has puesto la mano encima a Olivia? —Era una pregunta trampa.

—No. Nunca —picó el anzuelo. De forma casi inconsciente, como un acto de supervivencia, prefirió no decir la verdad y, sin saberlo, se estaba convirtiendo en sospechoso. El teniente terminó el interrogatorio sin mencionarle que sabía que le había mentado.

Habían interrogado a todo el entorno de la joven, empezando por el círculo más íntimo. Los padres, la hermana, las amistades y el novio. Solo Borja tenía un motivo para hacer desaparecer a Olivia. Según las personas que le conocían, era celoso, posesivo y, en ocasiones, violento. Era al único al que habían pillado en un renuncio y la última persona que la había visto con vida. Borja se había convertido en el sospechoso número uno, pero necesitaban una prueba que le inculpara claramente para detenerlo. Los investigadores habían solicitado al juez permiso para requisar el coche de Borja y analizar la geolocalización de su teléfono móvil el día que desapareció Olivia.

Cuando la Policía Judicial de la Guardia Civil se llevó el coche de Borja, Marcos Ro no dudó en señalarlo en su programa como el principal sospechoso de la muerte de Olivia. En ningún otro espacio televisivo se había hablado de que la joven pudiera estar muerta, pero ya habían pasado varias semanas sin saber nada de ella, y el presentador decidió apostar por el asesinato y poner a Borja en la picota. Quería meter presión para que la Guardia Civil procediera a la detención y que entrara en juego Jacinto Calero.

Diana seguía fiel a su estilo; mucho más prudente, contaba la versión oficial. No veía con buenos ojos que se condenara públicamente a Borja cuando todavía no había sido ni detenido. Hacía ya tiempo que no le decía

nada a Marcos de cómo tenía que hacer su trabajo, él nunca encajaba bien los consejos y mucho menos las críticas. Ya había pasado la etapa en la que se contaban todo, en la que eran confidentes, en la que se aconsejaban, se apoyaban mutuamente. Atrás había quedado la época en la que si uno caía el otro le ayudaba a levantarse. Ahora no, ahora caminaban paralelamente, no se unían en ningún punto; si uno ayudaba al otro significaba echarse piedras sobre su propio tejado. A Diana nunca le importó perder, si eso implicaba que Marcos ganara, pero ese sentimiento no era recíproco y acabó haciendo que cada uno fuera a lo suyo. Si uno se caía, el otro le dejaba atrás.

Las diligencias que había practicado la Guardia Civil arrojaron algunos datos interesantes para la investigación. En el registro del coche de Borja se encontraron varios vestigios que habría que analizar con detenimiento. En las alfombrillas hallaron arena procedente de la playa, en el asiento del copiloto restos de semen y fluidos con los que pudieron determinar que el ADN pertenecía a dos personas diferentes. Y lo más llamativo fue que en el maletero se guardaba una escopeta de caza y una caja medio vacía de cartuchos. Todos los elementos descubiertos hacían a Borja más sospechoso pero no lo suficiente para detenerlo. Era normal que cualquier coche de la zona tuviera arena en el interior, era un pueblo costero y, en cuanto subía la temperatura, muchos vecinos se acercaban a la playa. Los investigadores estaban convencidos de que el ADN pertenecería a Borja y a Olivia, pero eso tampoco desvelaría nada. Eran novios y es habitual que la gente joven mantenga relaciones sexuales en el coche. La escopeta también tenía su explicación, Borja, igual que su padre, era aficionado a la caza y tenía licencia para su uso, así que de momento no tenían nada contra él, salvo muchas sospechas. La UCO no le perdía de vista, esperaba que el joven diera un paso en falso, algún movimiento que les condujera al paradero de Olivia. Juan José Maldonado llamó a Diana para que le hiciera un favor. Era el momento de que fuera la Guardia Civil la que utilizara a los medios de comunicación.

—Diana, le tenemos. Todo apunta a que el novio de Olivia es el que la ha hecho desaparecer, pero necesitamos algo más que unos cuantos indicios para proceder a su detención. Sería bueno para la investigación que dijerais en tu programa que tenemos dos sospechosos. Dos personas con antecedentes por violación que no viven en Suances.

—No me hagas esto, Juan José. La idea es que mi programa vaya detrás de la verdad y no que engañe a mis espectadores deliberadamente. Este tipo de noticias atenta contra mi credibilidad. ¿Para qué quieres que haga eso?

—Necesitamos que Borja salga de casa, que se relaje, que cometa algún fallo, y para eso es importante desviar la atención. Te recompensaré. En cuanto le tengamos, serás la primera en saberlo.

—Está bien —dijo a regañadientes—. Esta noche saldremos con la historia de los violadores, pero deberías filtrar esta información al programa de Marcos Ro, así tendrá más repercusión.

—No quiero contraer demasiadas deudas con la tele. Estoy seguro de que a Marcos le puede llegar la filtración directamente de tu parte.

Marcos no quiso entrar en el juego de la Guardia Civil, a él nunca le habían hecho confidencias, y para una vez que lo hacían era una noticia falsa, así que no estaba dispuesto a engañar a sus espectadores. Ese día se iba a desmarcar de la información de *Diana en directo*, y se aprovecharía de ello. Cuando se supiera que realmente el único sospechoso era el novio de Olivia, los espectadores se darían cuenta de que su programa era el que manejaba la mejor información.

Jacinto Calero llevaba varios días en Suances hablando con el entorno de Borja, cuando conoció la noticia que daba Diana de que la Guardia Civil buscaba a dos violadores como sospechosos de la desaparición de Olivia; se sintió decepcionado y llamó inmediatamente a Marcos.

—No me digas que has patinado y me estás haciendo perder el tiempo en este pueblo —le recriminó, algo enfadado.

—Qué poco confías en mí. ¿Cuándo he patinado yo? Lo de los violadores es una noticia falsa que ha filtrado la poli para que Borja cometa algún fallo. Hoy mismo voy a abrir mi programa desmintiendo todo eso y diciendo que el novio de Olivia es el principal sospechoso, así que sigue tras la pista de Borja, que te lo voy a servir en bandeja.

—Te vas a crear muchos enemigos en la Guardia Civil. No les va a hacer mucha gracia que desbarates sus planes.

—A tomar por culo la Guardia Civil. No les debo nada. Ellos solo informan a Diana, así que me tengo que asegurar la información del abogado del detenido. No me falles.

—«Hola a todos. Borja Sánchez, novio de Olivia Carrasco, es ahora mismo el principal sospechoso de la desaparición de la joven. La Guardia Civil no busca a ninguna otra persona relacionada con el caso y está reuniendo las pruebas suficientes para detenerlo. Según nuestra información, los investigadores creen que Olivia Carrasco ha sido asesinada. Yo soy Marcos Ro y esto es *La huella*. Bienvenidos».

19. CULPABLE

Ding dong... Ding dong... Ding dong.

Tuvo que insistir bastante hasta que abrieron la puerta tímidamente. Desde que Marcos Ro abrió su programa con la noticia de que Borja Sánchez era sospechoso de haber asesinado a Olivia, todo el pueblo le señalaba por la calle e incluso le increpaban y le insultaban. Algunos habían hecho pintadas en la fachada de su casa y otros habían dibujado una diana en señal de amenaza.

El joven decidió no volver a salir de casa hasta que se esclareciese el tema.

—¿Qué desea? —preguntó un hombre con canas bien peinadas, vestido con estilo a pesar de llevar ropa cómoda de estar por casa. Se mostraba educado pero con un gesto de hastío y preocupación disimulada.

—Buenos días. Soy Jacinto Calero, de JC Abogados. Supongo que usted es el padre de Borja Sánchez. ¿Puedo pasar?

—Le conozco, le he visto en algunos programas de televisión. Le agradezco su visita, pero en estos momentos no necesitamos ningún abogado.

—Ojalá sea así, pero según la información que tengo, la Guardia Civil no va a tardar mucho en detener a su hijo, y cuando eso pase, será mejor que esté yo a su lado.

—Mi hijo no ha hecho nada. No sé por qué iba a detenerlo la Guardia Civil. Siento que se haya tomado la molestia de venir hasta aquí, pero le repito que sus servicios no son necesarios.

—Desgraciadamente, no es suficiente con que su hijo no haya hecho nada, a veces hay que hacer ver que no ha hecho nada, y ahí es donde entro yo en juego. De todas formas, no quiero molestarle más, voy a estar por aquí unos cuantos días, le dejo mi tarjeta, por si finalmente cambia de opinión.

En ese preciso instante, un coche que pasaba por delante de la puerta donde Jacinto y el padre de Borja mantenían la breve conversación bajó la ventanilla y se oyó desde el interior cómo los ocupantes gritaban:

—¡Asesino! ¡Cabron! ¿Qué has hecho con Olivia?

El padre de Borja y Jacinto observaron en silencio cómo el coche se alejaba a gran velocidad. El abogado no dejó pasar la oportunidad y, sin hacer demasiada sangre, dijo:

—Espero su llamada.

Mientras se dirigía a su coche, el padre de Borja, al que le acababan de caer diez años encima, miró a un lado y al otro de la calle antes de cerrar la puerta con lágrimas en los ojos.

Efectivamente, la Guardia Civil había puesto en marcha la maquinaria para estrechar el cerco sobre Borja Sánchez. La estrategia de distracción que había planeado Juan José Maldonado se había ido al traste con la noticia de Marcos Ro y, aunque solo tenían unos cuantos indicios que apuntaban a Borja, preferían seguir investigando con el chaval entre rejas. Su familia tenía mucho dinero y no querían correr el riesgo de que pudiera fugarse.

Solo habían transcurrido unas horas desde la marcha del abogado, cuando volvió a sonar el timbre. En esta ocasión la visita era menos cordial. La Guardia Civil traía una orden judicial para registrar la casa donde vivía Borja con su familia. Los investigadores pensaban que podrían hallar indicios que les llevaran a dar con Olivia, pero el principal objetivo de aquel registro era la ropa que llevaba Borja el día que desapareció la joven. Las amigas de Olivia coincidieron en la descripción de la vestimenta, unos vaqueros azules, una camisa de cuadros azules y rojos y unas zapatillas de deporte rojas. Encontraron las prendas en el armario y allí mismo les frotaron una especie de adhesivos blancos por encima. Esperaron unos segundos después de rociar los adhesivos con un líquido transparente y, cuando vieron que la parte húmeda se volvía azul, procedieron a la detención de Borja Sánchez. La prueba de los residuos de disparo había dado positiva y era lo que necesitaban los investigadores para acusarlo del homicidio de Olivia Carrasco.

De repente Borja se había convertido en el protagonista de una película policíaca. Las manos en la espalda y unidas por dos grilletes a la altura de las muñecas. Salió de su casa acompañado de dos agentes. Le pareció que todo transcurría a cámara lenta. Se fijó en todos los detalles que le rodeaban mientras recorría los treinta metros que separaban la puerta de su casa y el coche de la Benemérita. El vecino observando toda la secuencia, las luces intermitentes de la sirena del coche impregnando el atardecer de azul y rojo y uno de los agentes, con cara de pocos amigos, mirándolo con desprecio. Justo antes de introducirse en el coche, echó la vista atrás, hacia su casa, y pudo ver

a su madre desplomada en una silla, llorando desconsolada y su padre con su teléfono móvil tecleando el número que figuraba en una tarjeta de visita.

—Señor Calero, la Guardia Civil acaba de detener a mi hijo y se lo llevan al cuartel. Sáquele de ahí cuanto antes.

—Odio tener razón, pero sabía que esto iba a ocurrir. No podré hacer nada hasta que pase a disposición judicial, pero voy inmediatamente al cuartel para comprobar que no vulneran ni uno de sus derechos como detenido.

Jacinto había cumplido su parte. Se había convertido en el abogado del principal sospechoso. Una vez más, estaba en deuda con Marcos Ro, le había proporcionado el caso más mediático de los últimos años.

Desde dentro del coche patrulla, la percepción de todo cuanto le rodeaba a Borja había cambiado. Miraba por la ventanilla las mismas calles por las que tantas veces había caminado, pero ahora eran distintas, lejanas, distantes, como si no las conociera. Se habían transformado en calles inaccesibles, estaba detenido y, por tanto, probablemente pasaría mucho tiempo hasta que pudiera volver a pisarlas o recorrerlas con la bici. Pasaron por delante del bar donde había discutido con Olivia. Había varias personas tomando cervezas y pensó que se cambiaría por cualquiera de ellas de inmediato. Con sus problemas, sus inquietudes o sus tristezas, nada podía ser peor que su situación. El pueblo que tan buenos recuerdos le traía y en el que tan grandes momentos había pasado se había convertido en un lugar hostil.

Cuando Borja llegó al cuartel seguía pensando que no era él quien estaba allí sentado en esa sala vacía. No acertaba a saber cuál había sido el momento en el que su vida se había torcido tanto como para acabar así. Pensó mucho en sus padres y en su infancia. Hubiera dado cualquier cosa por volver a la niñez, cuando sus acciones, por malas que fueran, no tenían más consecuencias que estar castigado sin jugar a la videoconsola. Ahora era diferente, estaba detenido y acusado de un homicidio y, según le dijo un agente después de leerle los derechos del acta de detención, pasaría esa noche en el calabozo para declarar al día siguiente ante el juez. Se alegró al ver a su abogado, su cara le resultaba familiar de haberlo visto en la tele y, según le dijo, venía de parte de su padre. No estuvo mucho tiempo, el suficiente para aconsejarle que mantuviera la boca cerrada y que no contestara a ninguna de las preguntas que le pudieran formular. Al día siguiente, antes de acompañarlo al juzgado, planearían la estrategia.

La detención tan prematura de Borja fue un jarro de agua fría para Diana. Si hubieran pasado más días, hubiera ido poco a poco anunciando los giros en

la investigación. Al ser tan repentina, no le quedó más remedio que rectificar y reconocer que la línea de investigación de los dos violadores estaba cerrada. Sin embargo, Marcos había dado en el clavo, los acontecimientos se habían producido tal y como él estaba informando. La jugada le había salido perfecta y la audiencia le empezaba a respaldar. Por primera vez en mucho tiempo volvió a liderar la noche. Toda España estaba pendiente de la desaparición de Olivia. Millones de espectadores se sentaban cada noche delante del televisor para conocer los avances de la investigación y la mayoría opinaba que *La huella* tenía mejor información.

El señor Sabatini llamó enfurecido a Diana, no solo había perdido el liderazgo, sino que había desaparecido igualmente parte de la credibilidad que se había ganado antaño.

Diana estaba muy disgustada pero sabía que había hecho lo correcto, la Guardia Civil le había pedido colaboración y había aceptado. A cambio tendría información de primera mano y pensaba que tarde o temprano volvería a recuperar la confianza del público.

Borja desconocía los datos con los que contaban los investigadores y el juez se percató de inmediato de que el joven no decía la verdad. Reconoció que ese día había discutido con Olivia porque sabía que sus amigas se lo habían contado a la Guardia Civil, pero mintió cuando dijo que no había mantenido relaciones sexuales con la chica en el coche. Los resultados de los análisis habían confirmado que el ADN era de los dos jóvenes y que los fluidos eran recientes. Olivia acababa de llegar de Madrid para pasar el puente de mayo y, según habían declarado las amigas, era el primer día que salía con ellos, así que todo apuntaba a que las relaciones sexuales se practicaron el mismo día de la desaparición. Borja volvió a mentir al juez cuando le aseguró que, después de dejar a Olivia, se fue a su casa. La geolocalización de su teléfono móvil le situaba muy alejado de su casa, en una zona boscosa cercana al mar. Los investigadores pensaban que Borja había acudido allí para deshacerse del cuerpo de su novia.

Con todos los indicios en la mesa, incluidas las falsedades que pronunció Borja en su declaración, el juez decretó prisión provisional sin fianza, acusando al joven de un delito de homicidio.

Marcos había tomado la delantera y no pensaba dar un respiro a la competencia. En cuanto se enteró de que Borja había ingresado en el centro penitenciario de El Dueso, telefoneó a Ricardo Carrasco, el padre de la joven desaparecida.

—Señor Carrasco, quiero ser el primero en informarle de que el novio de su hija está entre rejas.

—Gracias por la información, aunque la única noticia que me puede alegrar el día es que me llamen para decirme que ha aparecido mi hija sana y salva.

—Sin duda, pero si Borja es el responsable de la desaparición, tiene que pagar. Al parecer, solo hay unos cuantos indicios contra él y no creo que a su abogado, que es uno de los mejores, le cueste mucho rebatirlos. Tenemos que empezar con la campaña mediática contra Borja desde ya. Será juzgado por un jurado popular y le aseguro que el pueblo llano puede ser muy influenciable.

—¿Y qué podemos hacer?

—Creo que es el momento de que el público empatice con unos padres destrozados por la desaparición de su hija. Concédame una entrevista, vamos a hacer que la gente se convenza de que Borja Sánchez es un ser despreciable.

Esa noche Marcos arrasó en audiencia, llegando a doblar en *share* al programa de Diana. Al día siguiente, no se hablaba de otra cosa. Un padre poderoso sin parar de llorar contando que Olivia estaba sometida a un joven machista, violento, posesivo y celoso, capaz de hacer cualquier cosa por el simple hecho de llevar una minifalda. Dibujaron a un monstruo que podría cometer cualquier barbaridad. Sin respetar la presunción de inocencia, habían sentenciado a Borja ante la opinión pública como el asesino de Olivia Carrasco. El chaval lo iba a tener muy difícil en el juicio, el jurado popular estaría completamente influenciado por el veredicto que ya había dictado en su programa Marcos Ro.

La brecha de audiencia entre un programa y otro hacía irrespirable el ambiente en casa. Diana nunca se había molestado por competir con su marido, pero en esta ocasión no le gustaba la deriva que tomaba la situación. Marcos era capaz de entorpecer una investigación, acusar a alguien sin que hubiera suficientes pruebas y mostrarle al mundo como un despiadado asesino cuando ni siquiera se sabía qué había pasado con Olivia. Y no tuvo ningún miramiento en utilizar a su padre para el linchamiento. Lo peor de todo era que, aunque se saltara todas las normas de ética, la audiencia lo respaldaba a él y le daba la espalda a ella. Por si fuera poco, corría por los pasillos de la BST el rumor de que el gran jefe empezaba a creer que Diana estaba acabada y le buscaba un sustituto, alguien más agresivo, que supiera dar carnaza al espectador, un perfil que se asemejara más al de Marcos Ro, un presentador o presentadora que recuperara el liderato. Se hablaba de Rufino González, un

periodista de toda la vida que llevaba unos cuantos años en el dique seco. Los últimos programas que había presentado tuvieron bastante audiencia pero recibía muchas críticas precisamente por ser demasiado sensacionalista, una característica que cuadraba con lo que buscaba el señor Sabatini.

La desilusión de Diana chocaba con la euforia de Marcos, eran el día y la noche, dos polos opuestos que, desafiando la física, no se atraían. Se habían distanciado a miles de kilómetros, solo vivían para el trabajo y casi no hablaban entre ellos. El único punto en común era Daniela, se desvivían por ella. Era lo único que les recordaba el amor que una vez sintieron, la única ilusión que tenían aparte de los buenos datos de audiencia. Marcos madrugaba todos los días para llevar a su hija al colegio. Le gustaba dejarla en la puerta y verla caminar hacia el interior de la clase. Como si de un ritual se tratara, Daniela se daba la vuelta a mitad del camino para decirle adiós con la mano. Ese gesto le recordaba a su infancia, él hacía lo mismo con su madre. Era el único momento en el que se olvidaba de todo, del trabajo, del éxito, de la guerra de audiencias. Le ponía los pies en la tierra, le hacía ver que lo más importante de su vida tenía coletas y una mochila en la espalda.

Jacinto Calero estaba tremendamente enfadado con Marcos.

—¿Me proporcionas un caso para ponerme a los pies de los caballos? ¿A qué ha venido ese linchamiento público a mi cliente?

—Yo nunca te dije que te fuera a ayudar en esto. Te he dado el mejor caso que pueda tener un penalista, así que no te quejes. Con quien te tienes que enfadar es con Borja, que te ha mentido como un bellaco. Tú haz tu trabajo, que yo haré el mío.

Jacinto sabía que Marcos tenía razón, que el enfado era con su cliente, que no había sido sincero con él. Le habían pillado en varios renuncios y eso le podía costar caro. Era primordial tener una charla con Borja y que le contara la verdad sobre lo que pasó ese día.

—A ver, chaval, te estás jugando veinte años de cárcel. De ti depende que podamos tener una oportunidad. Si me vuelves a mentir, te aseguro que renuncio a tu defensa. Empecemos desde el principio. ¿Golpeaste a Olivia ese día?

—Sí.

—¿Mantuviste relaciones sexuales en tu coche?

—Sí —afirmó mientras apartaba la vista del abogado agachando la cabeza.

El gesto no le pasó desapercibido a Jacinto. Sabía que ocultaba algo y volvió a preguntar:

—¿Fueron relaciones consentidas?

Borja siguió con la mirada puesta en el suelo. Estaba avergonzado, atemorizado, arrepentido. Le venían a la memoria imágenes de ese momento, de la cara de miedo de Olivia, de los pechos desnudos, de las lágrimas, de la excitación que sintió.

—No.

Jacinto permaneció en silencio. Se le complicaban las cosas. Borja acababa de reconocer que pegó y violó a Olivia. Solo le quedaba una pregunta más que hacer.

—¿Mataste a Olivia Carrasco?

20. PRUEBA DE VIDA

—¡Aquí! Una sonrisa.

—¡Por favor, a esta cámara!

Marcos y Diana posaban en el *photocall* como una pareja idílica, siempre con una sonrisa y agarrados de la mano. Ante los medios se presentaban como un matrimonio enamorado y compenetrado. Era la pareja perfecta, ocupaban numerosas portadas en las revistas del corazón. Ningún periodista conocía el distanciamiento que existía entre ambos. Habían acudido un año más a la entrega de premios de la televisión. Por primera vez en sus carreras estaban nominados, cada uno en su categoría, como mejor presentador él y como mejor presentadora ella. Marcos estaba mucho más tranquilo que Diana. En cuanto recibió la nominación, comenzó a mover sus hilos para que le confirmaran si era ganador o no de ese galardón que lo otorgaban periodistas, expertos y comunicadores de prestigio de la televisión. Tuvo que amenazar con no ir a la gala si no le decían quién era el afortunado, hasta que finalmente el presidente del comité le filtró, rompiendo las normas, que ese año Marcos Ro era el mejor presentador de la televisión. Diana estaba como un flan, ella prefirió no preguntar, quería mantener la incógnita hasta el final. Cuando la pareja de actores que estaban de moda en ese momento subieron al escenario, a Diana se le desbocó el corazón. Eran los encargados de dar el premio a la mejor presentadora de las cuatro mujeres que estaban en la terna.

—La ganadora es... ¡Diana Bex!

Resopló para espirar el aire que contenía desde que los actores estaban abriendo el sobre. Mientras la platea aplaudía, Diana hizo un repaso en apenas unos segundos de toda su carrera. Cuando escribió para la revista de su colegio, cuando acudió a los primeros *castings*, cuando la descubrió el señor Sabatini, el mismo que ahora quería sustituirla, y cuando conoció a Marcos, el mismo que ahora la engañaba con una abogada, aunque eso Diana no lo había descubierto todavía.

—Enhorabuena, Diana. Te lo mereces, eres la mejor —le dijo Marcos, sincero, mientras la besaba. Realmente Marcos estaba contento, él también iba a ganar ese premio unos minutos después, así que se alegró de que su mujer lo consiguiera; de ese modo, la noche era perfecta.

En la fiesta posterior a la gala fueron muchos los artistas que se acercaron a la pareja protagonista de la noche para felicitarlos. Algunas de esas felicitaciones eran sinceras, otras envolvían un poso de envidia. Diana se mostró simpática con todo aquel que se acercaba a darle la enhorabuena, salvo con Rufino González. Desde que se enteró de que probablemente fuera el presentador que estaba tanteando el señor Sabatini para sustituirla, no podía ni verlo.

—Mis más sinceras felicitaciones, Diana. Un premio muy merecido que te convierte en la indiscutible reina de las noches —le dijo Rufino, ceremonioso y con una amplia sonrisa.

—Este premio solo me da fuerza para seguir luchando. No quiero ocupar ningún altar, no vaya a ser que haya algún cortesano esperando su momento para cortarme la cabeza. —Le mostró una sonrisa sin risa y se marchó dejando a Rufino pensando en cosas.

Durante las semanas siguientes, tanto Diana como Marcos no pararon de recibir en sus redacciones regalos de seguidores que mostraban sus felicitaciones, cariño y admiración en forma de flores, prendas que los propios fans habían confeccionado, cartas o adornos para la casa. Marcos los iba almacenando en un rincón de su despacho y los abría poco a poco cuando no estaba ocupado. Había un paquete que había llegado el día anterior que le llamaba mucho la atención. No era como los demás, no parecía un regalo, no estaba envuelto y destacaba por su sobriedad. Una caja de madera rectangular del tamaño de un ladrillo. En la nota no había dedicatoria ni felicitaciones ni poesías. Simplemente ponía: «Urgente». Tenía muchos paquetes por delante para abrir, pero, por alguna razón, no dejaba de fijarse en esa caja. Terminó de leer la carta de una joven que le proponía concertar una cita en la intimidad adjuntando una foto de ella en toples. Hacía tiempo que Marcos no desaprovechaba ninguna oportunidad sexual sin acordarse de Diana, pero siempre extremaba las precauciones para no ser traicionado por la amante en cuestión o descubierto por algún *paparazzi*. Esos reparos pasaban por limitar sus escauceos solo con mujeres de confianza y nunca con una extraña que le hubiera enviado una carta, por muy guapa que fuera o por muy grandes que fueran sus pechos.

Dejó la carta y la foto y abordó la caja de madera, saltándose otros regalos que tenían prioridad en el orden de llegada. En el interior se intuía un objeto envuelto con papel de estraza y encima una nota escrita a ordenador. Marcos pensó que iba a ser más de lo mismo, pero, aun así, sin saber muy bien el motivo, se sentó en su mesa para leer con atención la nota:

*Este mensaje es para Ricardo Carrasco. Hágaselo llegar por la vía que usted quiera:
«Incumplir las obligaciones tiene consecuencias. Esto es solo un aviso. Unos días más sin noticias, y la caja que enviemos tendrá que ser mucho más grande».*

A Marcos le dio una sacudida por todo el cuerpo. Releyó el texto dos veces más antes de dirigirse de nuevo a la caja de madera. Su imaginación iba tres pasos por delante, le sugería imágenes de lo que podía haber en esa caja. Todo lo que visualizaba en su mente era macabro. Ni rastro de lo que solía recibir. Sabía que en el interior de la caja no habría fotos de chicas desnudas ni rosas ni dibujos de alguna fan. Imaginaba una dentadura, unas falanges seccionadas o un ojo arrancado de su cuenca. Su mano temblaba mientras torpemente desdoblaba el papel de estraza. Soltó de inmediato el papel, abriendo las dos manos a la vez como un acto reflejo al ver el contenido de la caja. Comprobó que su imaginación volaba a ras de suelo, muy pegada a la realidad. Había dado un respingo y se quedó mirando el interior de la caja desde un poco más lejos como si el dedo cortado que había dentro pudiera hacerle algo. Tras unos cuantos segundos de sorpresa, volvió a acercarse para observar el dedo con detenimiento. Era delgado, estaba seccionado limpiamente a la altura del nudillo, pero lograba mantener una sortija manchada, al igual que la parte inferior del papel, de sangre.

Se presentaba ante Marcos un escenario que lo cambiaba absolutamente todo. Era increíble como un dedo, un simple dedo, significaba tantas cosas. Lo primero, y más importante, era que probablemente Olivia Carrasco seguía con vida. Lo segundo era que había sido raptada por más de una persona, ya que en la nota hablaba en plural, y que el motivo estaba relacionado con el padre de la joven. Y lo tercero era que Borja Sánchez estaba en la cárcel acusado de un delito que no había cometido.

Marcos empezó a llenar su cabeza de dudas y preguntas. ¿Por qué le habían enviado a él esa prueba de vida? Tal vez los raptadores sabían que Ricardo Carrasco estaba monitorizado por la Guardia Civil. Enviando el mensaje de forma indirecta a través de una tercera persona, les daba tiempo y sería más difícil seguir el rastro. ¿Por qué le habían elegido a él? Hacía solo unos días que había entrevistado en directo al padre de Olivia, tal vez eso fue lo que les dio la idea. Sabían que tenía contacto con él y que le podría hacer

llegar el mensaje directamente, o tal vez querían que hiciese pública aquella advertencia. Ante la duda, decidió fotografiar con su móvil la nota y el dedo. Si al final era requisado por la Policía, él se guardaba una copia en su poder que le podría ser muy útil para su programa. Sin darse cuenta se había activado en su cerebro el modo presentador y comenzó a maquinarse cómo sacar el máximo partido a esa situación. La sorpresa del inicio dio paso a la complacencia. Si sabía jugar bien esas cartas, arrasaría en audiencia. Tenía la mejor exclusiva del caso más mediático de los últimos años. No podía desaprovechar esa oportunidad, debía manejar los tiempos como solo él sabía hacer para estirar todo lo posible el caso. Esa misma noche tenía concertada una entrevista en plató con Jacinto Calero. Era la primera vez que el abogado acudía a la televisión desde que el juez había enviado a prisión a Borja. De momento le convenía que el novio de Olivia siguiera siendo el único sospechoso, así que cerró la caja y la introdujo en el congelador de la pequeña nevera que enfriaba los refrescos en su despacho.

Era la primera vez que Marcos le ocultaba las pruebas de un caso a Jacinto Calero, pero era obvio que en esa ocasión su amigo no podía saber absolutamente nada. Por muy buena amistad que les uniera y por muy inmoral que pudiera ser, el abogado, en algunas circunstancias, era parte interesada y si supiera que Marcos tenía la prueba de descargo de su cliente, la utilizaría sin dudarle un segundo.

Durante la entrevista en el plató aseguró una y otra vez que su cliente era inocente y que no había ni una sola prueba que demostrara lo contrario. Los colaboradores del programa, como el resto de la sociedad, ya habían juzgado y condenado a Borja, así que le pusieron contra las cuerdas en más de una ocasión, pero sabía zafarse con facilidad. Realmente Jacinto creía en Borja. El chaval había sido sincero con él, le reconoció que había maltratado a Olivia, que la había violado y le contó con todo lujo de detalles qué había hecho ese día después de dejar a su novia cerca de su casa. Borja estaba desconsolado, tenía complejo de culpabilidad. Sabía que se había portado fatal con Olivia y que por su culpa le habría pasado algo horrible, pero juraba una y otra vez que él no la había matado. Y Jacinto le creyó.

—¿Por qué Borja mintió al juez cuando le dijo que después de dejar a Olivia en su casa se fue directamente a su casa? Según hemos podido saber la geolocalización de su móvil, le sitúa a esa hora en una zona boscosa — preguntó uno de los criminólogos que acudían con regularidad al programa.

Jacinto estaba deseando que le hicieran esa pregunta. Era uno de los indicios con los que contaba el juez para mantener en prisión a Borja y quería

desmontarlo.

—Borja mintió por miedo. Sabía que si decía la verdad podía complicarle las cosas y decidió declarar que se había ido a casa. Pero lo importante no es eso. Lo importante es que después de dejar a Olivia en su casa se fue al bosque donde los dos solían ir para estar solos. En ese lugar hay un árbol en el que la joven pareja había escrito en su tronco sus nombres. Acababa de discutir con su novia y fue allí para recordar el inicio de su relación sentimental donde tantos días habían hecho el amor. La geolocalización de su móvil lo sitúa allí y la Guardia Civil ha rastreado la zona. No ha hallado ni un solo vestigio que demuestre que fuera allí ese día con Olivia y mucho menos que se deshiciera allí del cuerpo, como apuntaba al principio la investigación. No hay ni un indicio que desmienta la versión de Borja.

La huella siguió subiendo de audiencia, batiendo esa noche su propio récord histórico de *share*. El abogado había expuesto ante media España por qué Borja Sánchez era inocente. Logró sembrar la duda entre los espectadores y entre los colaboradores. Contó novedades que el público desconocía, como que Borja era cazador al igual que su padre y que el mismo día de la desaparición de Olivia había estado por la mañana cazando sin suerte en el monte. Eso explicaba que el joven hubiera dado positivo en la prueba de los residuos de disparo. Al día siguiente muchas personas que habían visto el programa estaban convencidas de la inocencia del joven. Jacinto estaba contento, la opinión popular empezaba a cambiar y eso le facilitaba las cosas a la hora de pedir la libertad provisional para su patrocinado.

Tenía una idea que podría ser la puntilla, pero antes necesitaba consultarla con su amigo.

Marcos estaba en el despacho pensando qué hacer con el dedo de Olivia. Había decidido que ese mismo día daría la voz de alarma, pero todavía no sabía cómo hacerlo. Tenía tres opciones: llamar a la Policía, llamar a Ricardo o que tanto la Policía como el padre de Olivia se enteraran esa noche, con el resto de España, viendo el programa.

No tenía clara la solución cuando sonó el teléfono. Era el abogado.

—Hola, Jacinto. Tengo muy buenas noticias para ti.

—Qué casualidad, yo también. Necesito que la gente empatice con Borja, que se pongan en su lugar, que vean que lo que le está ocurriendo es una injusticia y que le puede pasar a cualquiera. He decidido que escriba una carta de su puño y letra desde la cárcel contando su versión y que la publiques en tu programa. ¿Qué te parece?

A Marcos le gustaba la idea. Podía seguir royendo el hueso, sacarle más jugo. El caso le estaba dando los mejores índices de audiencia, tenía que alargarlo lo máximo posible. Esa carta era una nueva exclusiva y, seguramente, un nuevo récord. Pero eso también significaba seguir guardando el secreto del dedo. El mensaje era claro, «Unos días más sin noticias, y...» podrían acabar matando a Olivia. Otra vez las dudas, la lucha entre la persona y el presentador. Hacer lo correcto o mirar solo por el programa.

—¿La carta la podré tener para el programa de esta noche?

—Imposible. Hoy he hablado con él por teléfono y le he dicho que la vaya escribiendo. Mañana viajo a Cantabria y la recojo. La tendrás para el programa de la noche. ¿Cuál es la buena noticia que me ibas a dar tú?

—No era tan buena como la tuya. Nada importante —mintió Marcos.

Habían pasado ya dos días desde que le entregaron el paquete con el dedo de Olivia. Tardó un día en abrirlo y el segundo día decidió emitir la entrevista de Jacinto. Si aceptaba la oferta de incluir en el programa la carta de Borja, tendrían que pasar otros dos días más. No podría avisar de que Olivia estaba viva hasta el quinto día. Estaba poniendo en peligro a la joven. Necesitaba tiempo para pensar, pero era lo único que no tenía. Debía decidirse pero, de repente, llegó a la conclusión de que esa noche no haría nada. Tomara la decisión que tomara, tenía que anunciarla a bombo y platillo en el programa. Esa noche se dedicaría a cebar la exclusiva del día siguiente... Fuera cual fuera.

—«Mañana, en *La huella*, la exclusiva que lo cambiará todo en el caso de Olivia Carrasco. Este programa ha recibido algo que dará un giro en la investigación de la desaparición de Olivia Carrasco. Mañana, en exclusiva, en *La huella*».

Fueron alternando un cebo y otro durante todo el programa enriqueciéndolos con imágenes de la joven y de Borja.

Al día siguiente, Jacinto Calero cumplió, una vez más, con su parte. Unas horas antes del programa llegó al despacho de Marcos un envío urgente. Era el manuscrito de Borja Sánchez. Marcos lo leyó detenidamente. Era una carta de amor. Borja relataba los hechos que ocurrieron ese día, la minifalda, la discusión, el trayecto a casa. Contó su día a día en la cárcel, que lloraba todas las noches, el miedo que sentía, la soledad, las amenazas e insultos de otros reclusos que, como el resto de España, ya le habían condenado y querían aplicarle la implacable ley de la cárcel. Pero también contaba el amor que sentía por Olivia. Que era la mujer de su vida, que quería volver a verla para estar siempre junto a ella. Se acordaba de su familia, de lo mal que lo estarían

pasando sus padres. Les pedía perdón por hacerles pasar ese mal trago. Decía una y otra vez que era inocente y que confiaba en la justicia. Que todo quedaría en un mal sueño.

En definitiva, Borja Sánchez se mostraba como un chaval que cometía errores, con imperfecciones pero enamorado, temeroso, familiar e incapaz de matar a nadie. Una carta escrita de su puño y letra pero claramente ideada por Jacinto Calero.

La expectación era máxima. Millones de españoles frente al televisor para ver el programa de Marcos y conocer la noticia que tanto habían estado anunciando. Incluso los investigadores del caso y la propia familia de Olivia Carrasco estaban impacientes por saber de qué se trataba.

Pocas horas antes de iniciar la emisión, Marcos había colocado en la mesa de su despacho los dos envíos que había recibido. La caja con el dedo de Olivia y la carta escrita desde la cárcel por el único acusado de la desaparición de la joven. Si mostraba el mensaje de los raptos, la carta de Borja carecía de sentido, habría desaprovechado una bala. Sin embargo, si invertía el orden y primero emitía la carta, el dedo lo podía dejar para el día siguiente y estirar así el caso que tantas alegrías le estaba dando. No quiso consultar la disyuntiva con nadie. Le pidió al director que confiara en él y dos horas antes de empezar en directo ya había tomado la decisión.

—«Hola a todos, este programa ha recibido algo que puede cambiarlo todo en el caso de Olivia Carrasco. Presten mucha atención. Desde la cárcel de El Dueso, el novio de Olivia, Borja Sánchez, nos ha escrito una carta para contarnos absolutamente todo lo que ocurrió el día que desapareció la joven. Yo soy Marcos Ro y esto es *La huella*. Bienvenidos».

Marcos acababa de sentenciar a Olivia Carrasco, pero ese día volvió a arrasarlo en audiencia.

21. ADIÓS

Diana estaba hundida. Su programa estaba registrando los peores datos de audiencia desde que comenzó en el *prime time*. Su forma ortodoxa de hacer periodismo no estaba funcionando. Su código ético le estaba llevando a ella y a la cadena al fracaso. Marcos se saltaba todas las normas que ella había aprendido en la facultad de periodismo, pero su éxito era incuestionable. El señor Sabatini estaba muy nervioso y previsiblemente era cuestión de tiempo que acabara retirando el programa o prescindiendo de Diana.

El rumor de que ya había elegido sustituto era cada vez más fuerte y ese ambiente no favorecía nada para que Diana desempeñara bien su trabajo. Tampoco ayudaban los problemas en casa. Las ausencias de Marcos eran cada vez más frecuentes y prolongadas. Siempre había un pretexto para estar más tiempo fuera que dentro. Reuniones, viajes o celebraciones por los datos de audiencia eran las excusas más utilizadas por Marcos para retrasar cada vez más su llegada a casa o adelantar más su salida. Diana empezó a sospechar que Marcos tenía una relación extramatrimonial y no dudó en emplear todos sus recursos para comprobarlo. No pensaba consentir una infidelidad. Podía luchar contra la rutina, la desilusión e incluso contra el ego desmesurado de su marido, pero jamás perdonaría la traición. Si estaba con otra mujer, Diana se quedaría sin armas, se daría por vencida y pondría punto y final a su matrimonio. No tardó mucho en averiguarlo.

Marcos había bajado la guardia. Cada vez eran más numerosos sus escauceos y ya no tomaba tantas precauciones. Leticia Romero era su amante más habitual; la abogada que le había practicado una felación en su despacho había conseguido un puesto fijo como colaboradora del programa y muchas noches, cuando terminaban, Marcos la acompañaba a su casa. La noche que Marcos emitió la carta de Borja Sánchez, su programa había conseguido, un día más, ser *trending topic* en Twitter y eso auguraba un nuevo récord de audiencia. Para celebrarlo le propuso a Leticia brindar con champán en la intimidad. Los encuentros sexuales con la abogada no solían durar mucho.

Esa noche no fue distinta. Marcos llegó tarde a su casa solo un par de horas, pero ya no eran horas de llegar. Diana lo esperaba despierta, sabía de dónde venía y con quién había estado. Sin inmutarse, sin numeritos, con dignidad y casi con frialdad le dijo exactamente lo que había hecho esa noche. Marcos hizo un amago de defenderse, de decirle que no era lo que parecía, pero su mujer le interrumpió en cuanto empezó a hablar.

—No hagas el ridículo, Marcos. No me decepciones todavía más inventándote una historia. No olvides que soy periodista de investigación.

—¿Utilizas a tus contactos para seguirme? ¿No tiene otra cosa que hacer la Policía?

—¿De verdad crees que soy capaz de enterarme antes que nadie de quién es el autor de un crimen y no de lo que hace mi propio marido?

—A lo mejor si no estuvieras tan pendiente de enterarte la primera de quién es un asesino, no habrías necesitado otros medios para saber lo que hace tu marido.

—No se te ocurra echarme la culpa de tus infidelidades. El que se mete en otra cama que no es la suya eres tú. Tal vez los dos nos hemos centrado más en triunfar en lo profesional que en lo personal, pero yo jamás te he traicionado.

La discusión no subió de tono. Ni un grito ni un insulto ni un aspaviento. Diana pensó que así era mejor para no despertar a Daniela, pero también que era lo peor que le podía pasar a su matrimonio, la indiferencia. La conversación se fue enfriando poco a poco, se fueron quedando sin palabras, sin cariño, sin ilusión, sin futuro. Ya estaba todo dicho cuando llegó el momento de decir algo:

—Marcos, esta situación es insostenible. Lo mejor es poner punto y final y que cada uno haga su vida. Quiero que nos separemos.

Diana lanzó el misil directo al corazón de Marcos. Tenía tomada la decisión, pero en lo más profundo deseaba que saliera de la boca de Marcos un «lo siento» o un «me he equivocado» o incluso un «no volverá a ocurrir». Sin embargo, Marcos no dijo nada. Se quedó mirando fijamente a Diana, recordó brevemente su historia de amor y se dio cuenta de que había llegado a su fin cuando en ese momento de ruptura sintió una sensación de liberación en lugar de pena. Apartó la mirada de la que había sido la mujer de su vida, agachó la cabeza, suspiró y se dio media vuelta para salir de la habitación. Diana sabía que era una despedida, que no había vuelta atrás, se le llenaron los ojos de lágrimas y, aunque estuvo tentada de decirle que no se fuera, que

no quería haber dicho lo que dijo y que podían solucionarlo, solo abrió la boca para coger aire y llorar desconsoladamente.

Habían pasado cinco días desde que Marcos recibió la caja con el dedo cortado de Olivia. Decidió que esa misma noche daría la noticia en su programa. Había avisado a la Guardia Civil, a Jacinto Calero y a la familia de Olivia de que estuvieran atentos porque la exclusiva de ese día sería un punto de inflexión en el caso. El capitán de la Benemérita le advirtió de que si tenía alguna prueba tenía que comunicarlo a los investigadores antes de emitirla en un programa de televisión o, de lo contrario, le acusaría de obstrucción a la investigación. Marcos hizo caso omiso a la advertencia, estaba ya acostumbrado a hacer equilibrios en un alambre y el departamento jurídico de Cadena Nacional se encargaría de resolver cualquier incidencia. Muy poca gente de su equipo sabía el contenido de la caja. Lo llevaban en un absoluto secreto. Habían marcado en la escaleta el momento exacto en el que desvelarían la exclusiva. Justo veinte minutos después de haber comenzado el programa, darían el campanazo. La primera parte transcurrió según lo previsto, se dedicaron a cebar la exclusiva, a especular con los colaboradores de qué podría tratarse y, antes de irse a publicidad, Marcos enseñó la caja cerrada:

—Ha llegado el momento, señores. El contenido de esta caja echa por tierra todo lo que conocemos hasta ahora en la investigación de la desaparición de Olivia Carrasco. Después de publicidad, abro la caja.

En ese instante, más de quince millones de espectadores estaban pegados al televisor y el programa era *trending topic* mundial. Todo iba según lo previsto, Marcos había sido capaz de acaparar la atención de media España. Entonces pasó algo inesperado, el castillo de naipes se derrumbó. Lo que iba a ser el punto de inflexión en la investigación se convertiría en el punto de inflexión de su carrera y de su vida.

Esa noche Diana también había preparado un gran programa para contrarrestar la exclusiva de Marcos. Había convencido a Juan José Maldonado, el jefe de la UCO, que acudiera al plató para entrevistarle y contara los avances de la investigación. Era la primera vez que un mando de la Guardia Civil concedía una entrevista en televisión para hablar de un caso que estaba abierto. El coronel no se podía negar, al fin y al cabo le debía una a la periodista después de que Diana se jugara su reputación emitiendo en su programa las pruebas falsas que Maldonado le pidió.

La entrevista no estaba decepcionando en absoluto, Maldonado se había presentado uniformado y luciendo todos sus galones. Estaba respondiendo a todas las preguntas formuladas por su amiga Diana y contando numerosas novedades acerca de los avances de la investigación. La sorpresa vino cuando en una pausa publicitaria tuvo que atender una llamada que era muy urgente. La información que le estaban dando era tan importante que tuvo que excusarse para abandonar el plató.

—No puedes hacerme esto, Juan José. Voy a ser el hazmerreír de España si cuando volvamos de publicidad no estás sentado en tu sitio.

—Lo siento, Diana, te aseguro que no te dejaría tirada si no fuera de suma importancia. Tengo que irme.

—Dime al menos de qué se trata. Me estoy jugando mucho hoy y sabes que me lo debes.

—Está bien. La información que te voy a dar es mucho más importante que el que yo siga en plató.

Le susurró algo al oído que no lograron escuchar los colaboradores que tenía al lado por mucho que lo intentaron. Cuando Juan José Maldonado salió del plató, Diana sabía que iba a dar la noticia del año.

—¡Todos a sus sitios, diez segundos y entramos!

El regidor levantó la mano y con los dedos iba marcando los segundos.

—¡Cinco, cuatro, tres, dos, uno!

En ese momento bajó la mano, haciéndole a Diana el gesto de que estaba en el aire.

—Seguimos en *Diana en directo*, y como pueden ver la silla del coronel Juan José Maldonado está vacía. Ha tenido que salir precipitadamente del plató porque ha habido novedades importantísimas en el caso de Olivia Carrasco. Mientras estábamos en publicidad, hemos sido testigos de cómo le informaban de un terrible y dramático hallazgo.

»Con todo el pesar de mi corazón, tengo que informarles de que Olivia Carrasco ha sido hallada muerta en Madrid. El cuerpo de la joven ha aparecido en una nave industrial abandonada y, según el primer informe, el fallecimiento se habría producido hace unas horas y la etiología de la muerte sería homicida.

La noticia sonó como un portazo. Se quedaba fuera la esperanza de encontrar a la joven con vida. La desilusión se apoderó de los espectadores. La madre de Olivia se tiró del sofá de su casa para retorcerse de dolor en el suelo mientras Sofía la abrazaba llorando. A varios kilómetros de allí, en su casa, el padre de la chica asesinada se acordó de las dos, de su exmujer y de

su hija pequeña, imaginando lo mal que lo estarían pasando. Recordó el pasado, cuando eran una familia feliz, cuando se iban de vacaciones los cuatro, cuando Olivia era una niña y la llevaba a caballito por la calle, cuando se metía con ella en la cama para contarle un cuento antes de dormir. Solo las lágrimas le sacaron del trance y el presente se le clavó como un puñal.

Por razones bien diferentes, Marcos tampoco encajó bien la noticia. Estaba en publicidad, a la espera de soltar su bombazo, cuando el director, que desde control veía siempre *Diana en directo* para conocer los contenidos que trataba la competencia, le dijo por el pinganillo que su exmujer acababa de anunciar que habían encontrado el cadáver de Olivia. En ese momento el programa se les vino abajo, su exclusiva ya no tenía sentido. Habían perdido la iniciativa, se les habían adelantado y tenían que ir a remolque. A la vuelta de publicidad, obviaron su exclusiva. No tuvieron más remedio que hacerse eco de la última hora que había dado la competencia. Ese día la audiencia de su programa cayó estrepitosamente y Diana recuperó el trono.

Fue una pareja de adolescentes la que dio la voz de alarma. Los chavales habían buscado un lugar alejado de La Cabrera, un pueblo a sesenta kilómetros de Madrid en el que pasaban los fines de semana, para experimentar por primera vez el placer que produce el roce de la piel desnuda con la del que en ese momento crees que es el amor de tu vida. Hacía diez años que la empresa de neumáticos y recambios que tantos puestos de trabajo había proporcionado al pueblo había cerrado y desde entonces solo servía para cobijar a amantes, drogadictos y borrachos. Los nervios, la ilusión y la excitación de los novios fueron más fuertes que el miedo, la incomodidad del lugar y el olor nauseabundo del ambiente. Con cuidado de no pisar los cristales y alumbrados por la linterna del móvil, fueron entrando por las estancias que antaño hacían las veces de oficina. Buscaban el lugar más cómodo donde perder la virginidad, pero ese día no alcanzarían la madurez a través del sexo sino de una forma bien distinta. Cuando entraron en lo que diez años atrás había sido el despacho del gerente, el silencio se quebró con el grito desgarrador de la chica. La imagen que tenía delante no podía ser más macabra. Tras el *shock* no pudo contener el vómito. Al chaval le molestó más saber que ese día no iba a triunfar con su novia que ver el cadáver de una mujer. Ambos salieron corriendo al exterior y avisaron a la Guardia Civil.

Los dos agentes que en ese momento estaban en el cuartel a doce kilómetros de La Cabrera no tardaron mucho en llegar. Al poco tiempo la zona había sido acordonada y solo la Policía científica se afanaba en encontrar vestigios por los rincones de las ruinas. El despacho mostraba la

escena de un *thriller*. El cuerpo desnudo de una joven decapitada colgando del techo boca abajo sobre un gran charco de sangre. La cabeza presentaba un impacto de bala y estaba en el interior de una caja sobre una mesa que también soportaba botellas rotas, polvo y cartones. Al parecer, los captores habían salido precipitadamente antes de enviar la caja, no sin antes escribir en la pared un mensaje con letras de sangre que decía: «Ya te avisamos. Si no cumples, pagas».

Los agentes recogieron todo aquello que creían que podía ser de interés para la investigación, pero sin duda lo que más les llamó la atención, además de la pintada, fue que a la joven, a la que ya habían identificado como Olivia Carrasco, le faltaba un dedo. Al principio se especuló con la posibilidad de que la hubieran torturado, pero la falange no se encontraba por ningún lado, así que empezó a cobrar más fuerza la hipótesis de que alguien hubiera recibido el dedo como amenaza y no hubiere atendido las pretensiones de los criminales, propiciando el peor desenlace.

Solo unas pocas personas se alegraron de la desagradable noticia. Si como decía el informe preliminar del forense, el homicidio de Olivia se había producido recientemente, era evidente que Borja no tenía nada que ver en el asunto. No tardó mucho Jacinto Calero en pedir la libertad para su cliente y el archivo de la causa. Máxime cuando recibió la llamada de Marcos contándole lo que había recibido en su despacho. No daba crédito a lo que le estaba contando su amigo. Había llegado demasiado lejos y se podía meter en un buen lío.

—Marca ahora mismo el teléfono de la Guardia Civil y habla con los responsables de la investigación. Esa caja es muy importante para poder dar con los captores de Olivia. Si te preguntan que por qué no lo habías notificado antes, diles que no le diste la credibilidad suficiente. Con un poco de suerte puede que te libres de que te acusen de obstrucción a la investigación.

El servicio de criminalística de la Guardia Civil se llevó con cuidado del despacho de Marcos la caja con el dedo de Olivia y la carta de los que probablemente habían acabado con la vida de la joven. La línea de investigación había dado un vuelco. Ya no era un crimen pasional, de un novio celoso que le da un arrebató y mata a su chica. Según los nuevos datos, Olivia había sido secuestrada, retenida y, finalmente, asesinada.

Todo apuntaba a que había sido un crimen organizado y quizás elaborado por más de una persona. Los investigadores tenían que descubrir cuál era el móvil. Saber el porqué les llevaría al quién. El cuerpo había aparecido en un

pueblo de Madrid, lo que hacía pensar a la Guardia Civil que los autores del crimen tenían la infraestructura en la capital. Disminuyeron la presencia policial en Suances para centrarse más en las posibles enemistades que pudiera tener la familia en Madrid.

La primera persona a quien había que preguntar era Ricardo Carrasco. En efecto, el empresario reconoció que había contraído unas deudas con un socio. Cuando Ricardo empezó a crear su fortuna, fue a raíz de un acuerdo con Konstantin Petrov, un exmilitar ruso afincado en Serbia que se había hecho inmensamente rico con todo tipo de actividades y no del todo legales. Ricardo exportaba grandes cantidades de vehículos fuera de España que Petrov se encargaba de distribuir por los países del Este. Hacía unos meses que Carrasco no podía atender la gran demanda de coches que el ruso requería. El interés de Petrov era tan grande en recibir los vehículos que, ante los problemas financieros que estaba atravesando Ricardo, le había pagado por adelantado un par de pedidos valorados en cinco millones de euros. Si Petrov hubiera sabido que la crisis económica estaba asfixiando al padre de Olivia, no le hubiera hecho las transferencias, pero el empresario español prefirió edulcorarle la realidad. El caso era que cuando el dinero llegaba a su cuenta, el banco directamente se lo quedaba y Ricardo pasaba de tener una deuda con el banco a tener un problema con Petrov.

Carrasco no había comentado antes este tema con la Guardia Civil porque creía que la desaparición de su hija no estaba relacionada con sus problemas empresariales. Él confiaba en la primera hipótesis de los investigadores y estaba convencido de que Borja Sánchez, en un arrebato pasional, había hecho desaparecer a su hija.

Tras el hallazgo del cadáver de su hija y el mensaje en la pared, dejaba claro que el ruso estaba detrás del crimen. La sensación de culpabilidad invadió a Ricardo, su mala gestión le había costado la vida a Olivia. No tenía que haber hecho negocios con la mafia rusa, pero eso solo se piensa cuando salen mal las cosas. Lo que le extrañaba era que Konstantin Petrov hubiera sido tan radical y que no le hubiera dado una oportunidad. Hacía unas semanas que Ricardo había llegado a un acuerdo con un grupo estadounidense para exportar un gran número de coches. Había conseguido una buena inyección de dinero que podría haber utilizado para saldar la deuda con el ruso. Si Petrov le hubiese avisado, no se lo habría pensado dos veces antes de poner en peligro la vida de su familia.

—Lo cierto es que parece que Konstantin Petrov sí que avisó —le dijo Juan José Maldonado.

—Le puedo asegurar que yo no tengo noticias del hijo de puta ese desde hace bastante tiempo. Si llego a sospechar que mi hija estaba en peligro, hubiera solucionado el problema —contestó Ricardo enojado.

—Konstantin sabía que usted estaba monitorizado por nosotros y el mensaje se lo envió a Marcos Ro, el presentador de *La huella*.

—¿Qué clase de mensaje le envió?

—Le mandó una carta dirigida a usted advirtiéndole de que tenía que cumplir con sus obligaciones o, de lo contrario, mataría a Olivia. La nota iba acompañada de un dedo que la Policía Científica ha confirmado que pertenecía a su hija.

—¿Y por qué cojones me entero de esto ahora? ¿Por qué me han ocultado esa información? ¡Podría haber salvado a mi hija y ustedes no me lo han permitido!

Ricardo estaba tremendamente enfurecido con el jefe de la UCO. La vergüenza por no poder contener las lágrimas le impidió agredir al coronel, que en ese momento le hubiera desahogado más que el llanto.

—Por favor, Ricardo, tranquilícese. Nosotros no le hemos ocultado nada. Marcos Ro no nos lo ha notificado hasta hoy mismo. Según nos ha contado, no le dio la suficiente credibilidad al envío y prefirió esperar hasta estar seguro de la veracidad del paquete. Tampoco dio mucho tiempo Konstantin. Tan solo transcurrieron unos pocos días desde que recibió el paquete hasta que se encontró el cadáver.

—Sea sincero conmigo, coronel. ¿Sufrió mucho Olivia?

—Según el informe preliminar de la autopsia, le dispararon a quemarropa causándole la muerte en el acto. No tenía más signos de violencia salvo la decapitación, que fue *post mortem*, y la amputación de su dedo. Señor Carrasco, con su permiso, voy a seguir con el trabajo. Le garantizo que cogeremos al que ha hecho esto.

En cuanto Ricardo se quedó solo, cayó desplomado en la silla y dejó de luchar contra sus sentimientos para llorar desconsoladamente. Después de unos minutos de pena, llegó la rabia, la indignación y las ganas de venganza. Konstantin Petrov le quedaba muy lejos, pero había encontrado un culpable mucho más cercano. No le dijo nada al coronel de la Guardia Civil, no obstante estaba convencido de que Marcos Ro podía haber evitado la tragedia. Su cabeza no le dejaba pensar en otra cosa: «¿Que no dijo nada porque no estaba seguro de la veracidad del paquete? No se lo cree ni él. Ese hijo de puta sin escrúpulos estaría esperando el momento idóneo para dar la exclusiva. Y mientras tanto Olivia sufriendo sabe Dios cuánto». Ricardo

comenzó a dar puñetazos en la mesa como si la madera fuera la cara del presentador. La culpa era suya; si hubiera avisado a tiempo, su hija estaría a salvo. Estaba convencido, la ambición y afán de protagonismo de Marcos Ro le había cortado la cabeza a Olivia Carrasco.

22. SORPRESA

La muerte de Olivia Carrasco estaba dejando a todos tocados y no solo emocionalmente. El que más y el que menos se había visto perjudicado de alguna forma al entrar en contacto con el caso. Borja Sánchez estuvo unos meses en prisión preventiva. Cuando salió, había envejecido diez años y sus padres, que fueron a recogerle a la salida de El Dueso, quince. Su causa había sido sobreseída, pero a la familia parecía haberles pasado un tren por encima. Los medios de comunicación les habían puesto en el disparadero y el pueblo entero los había condenado. Les llamaron asesinos, les habían hecho pintadas en las fachadas del chalé, les rompieron los cristales de las ventanas y les pincharon las ruedas del coche. Sin embargo fue peor pasar todo ese tiempo entre rejas. Las amenazas a Borja fueron constantes, los insultos, las vejaciones y hasta un par de intentos de agresión. La ley de la cárcel también había condenado sin juicio previo a Borja, que llegó a pensar que se merecía el castigo por haber pegado y violado a Olivia. A la salida del centro penitenciario volvieron a Suances solo para recoger las cosas y hacer las maletas. La relación con los vecinos del pueblo nunca volvería a ser la misma, así que la idea era marcharse de allí para no volver jamás.

A Jacinto Calero el caso se le había quedado en nada. El sobreseimiento de la causa contra su patrocinado no le había sentado nada bien. Lejos de alegrarse, estaba bastante enfadado. Como abogado no le había reportado ningún beneficio salvo una entrevista en el programa de Marcos y como persona no se alegraba de que un violador anduviera suelto.

Diana tenía sentimientos encontrados. Había pasado de perder la credibilidad por la noticia falsa que tuvo que contar en su programa a petición del jefe de la UCO, a recuperar el liderato dando, casi en tiempo real, la primicia del año. Sin embargo, a pesar de que las últimas semanas había subido los datos de audiencia, el señor Sabatini seguía con la idea de sustituirla. La mano derecha del gran jefe le llegó a reconocer a Diana que un presentador de reconocido prestigio había estado comiendo con Braulio

Sabatini para escuchar la oferta que el magnate tenía que hacerle. Por mucho que Diana le suplicó que le dijera el nombre, el confidente no cedió y la dejó con la intriga. A la presentadora no le quedaba otra que seguir trabajando duro para hacer cambiar de opinión al que había sido su mentor.

El peor parado del caso Olivia Carrasco fue, sin duda, Marcos Ro. Había llevado demasiado lejos su estrategia para subir la audiencia y Olivia estaba muerta por su culpa. El día que encontraron el cadáver, Marcos registró el peor dato de *share* desde que empezó en Cadena Nacional. La Guardia Civil le estaba investigando por si hubiera cometido algún delito obstruyendo la investigación del caso y le había llegado a sus oídos que Ricardo Carrasco le culpaba directamente de la muerte de su hija. Por si fuera poco, llevaba un tiempo viviendo solo en un ático que había alquilado desde que Diana le pidió que se fuera de casa. La soledad era más fuerte que la libertad. Y la añoranza, sobre todo de Daniela, ahogaba el libertinaje.

La investigación sobre la muerte de Olivia iba avanzando y, a la vez, arrojando datos espeluznantes. Diana y Marcos seguían repartiéndose el pastel de las exclusivas, pero la batalla entre ambos iba perdiendo fuelle. Aun así, Marcos seguía sin poner freno a su amarillismo y no dudó en emitir el informe de la autopsia, mostrando incluso diversas fotos que enseñaban alguna parte del cadáver. Ese día volvió a liderar y, una vez más, volvió a ser duramente criticado, algo a lo que ya estaba acostumbrado. En esta ocasión reconocía que los insultos que le proferían en las redes sociales eran merecidos. Había mostrado el primerísimo primer plano del orificio de bala que perforó el cráneo de Olivia que aportaba el informe de autopsia, con su respectiva explicación:

Herida por arma de fuego localizada en zona cigomática izquierda, de 1 x 0,7 cm, redondeada, rodeada de una cintilla de contusión, y tatuaje, ennegrecida, rodeando completamente al orificio, de unos 3-4 mm. La dirección del disparo es perpendicular ya que el tatuaje es circular, en cuyo centro se encuentra el orificio de entrada, y descendente por el trayecto del disparo, llegando al orificio de salida en zona derecha. Junto a la existencia del collarate erosivo, hay una aureola de quemadura por la llama. La piel está apergaminada, de color oscuro y amarillento y los cabellos están quemados parcialmente. El tatuaje es denso y concentrado con granos de pólvora incrustados, lo que hace pensar que el disparo se produjo a quemarropa, es decir, a menos de 30 cm.

Pero, sin duda, la noticia más reveladora se la guardaba para el final.

—Queridos espectadores, ahora quiero enseñarles el dato más escalofriante que arroja la autopsia. Algo que da un cariz más dramático a este caso. Un hecho que seguramente desconocía la propia Olivia. Será en unos minutos. Después de publicidad.

En cuanto comenzaron a poner los anuncios, a Marcos le sonó el móvil. Era Ricardo Carrasco.

—¿Estás contento con lo que acabas de hacer? Acabas de enseñar la autopsia de mi hija. ¿Cómo es posible que no tengas el más mínimo respeto al dolor de una familia?

—Siento si le ha ofendido algo de lo que hayamos podido emitir. Yo lo único que hago es hacer mi trabajo lo mejor que puedo. Aprovecho su llamada para darle mi más sincero pésame.

—No quiero el pésame de una alimaña como usted. Su trabajo ha matado a mi hija. Si hubiera avisado a tiempo a la Policía, como hubiera hecho cualquier persona con corazón, mi hija estaría ahora viva. Pero, claro, la muerte de Olivia le da más audiencia. ¡Es usted un asesino hijo de puta!

—Señor Carrasco, entiendo que quiera señalar un culpable, pero es su mala gestión en el trabajo la que le llenó de deudas con la persona equivocada. Asuma su responsabilidad en lugar de acusar de algo tan grave a un simple presentador.

Marcos se arrepintió inmediatamente de lo que había dicho, pero le sentó muy mal el ataque de Ricardo y se revolvió como una serpiente. Tras un silencio de unos cuantos segundos, Ricardo volvió a hablar mucho más sereno.

—Cuando me informaron de la muerte de mi hija, se me vino el mundo abajo. No tenía ganas de seguir viviendo. Pero acabo de recuperar el sentido a mi vida. Le prometo que no voy a descansar hasta que usted sufra lo mismo que yo estoy sufriendo. Y la pérdida de una hija es el mayor sufrimiento.

Ricardo colgó sin esperar la reacción de Marcos, que se dio cuenta de que todo en su vida se le estaba yendo de las manos. ¿Iba en serio la amenaza de Ricardo? ¿Daniela estaba en peligro?

En cuanto volvieron de publicidad, Marcos siguió con el programa como si la llamada de Ricardo no se hubiera producido. Había prometido una exclusiva y esta vez no iba a volver a fallar a su público.

—Nos había quedado algo pendiente antes de irnos a publicidad. La autopsia de Olivia Carrasco ha desvelado algo que va a hacer que se echen las manos a la cabeza. La joven asesinada estaba embarazada. Seguramente no lo sabían los captores, pero este caso se ha convertido en un doble crimen.

A Borja Sánchez se le heló la cara, probablemente él fue quien la dejó embarazada el día que la violó. La sensación que invadió su cuerpo era difícil de describir. Lo primero que sintió fue pena al recordar a Olivia, nostalgia de los momentos felices que pasaron en Suances. Sintió rabia por lo que le

habían hecho, por habérsela arrebatado, por haberle quitado al amor de su vida y al hijo que llevaba. Pero también se sintió culpable; si ese día la hubiese acompañado hasta su casa, si no se hubiera enfadado con ella, si no le hubiera pegado, si no la hubiese violado, tal vez Olivia seguiría con vida. Por un momento se enfadó consigo mismo, aunque rápidamente responsabilizó a la joven. Si no se hubiera puesto esa minifalda, si no hubiese actuado como una puta delante de sus amigos, si no le hubiera dicho que no quería volver a verle, tal vez seguiría con vida. En ese momento el sentimiento fue de alivio, hasta dibujó una media sonrisa cuando se dio cuenta de que él no había tenido la culpa de lo que le había pasado a Olivia, ella se lo había buscado e incluso llegó a pensar que lo tenía merecido.

Esa noche Diana también tenía una exclusiva que dar en su programa. El *crawl* (el rótulo que pasa por la parte inferior de la pantalla) no dejaba de anunciar un dato importantísimo de la investigación: «El asesino de Olivia había amenazado previamente con matar a la joven y dejó algo escrito en la escena del crimen. A continuación... Los mensajes del asesino».

La presentadora contó que los investigadores pensaban que el móvil del crimen había sido un ajuste de cuentas y, aunque no desveló quién fue el destinatario, informó del envío del paquete que los asesinos habían realizado unos días antes de ejecutar a Olivia.

La audiencia de los dos programas se había igualado en las últimas semanas. No había un ganador claro, unas veces Diana lideraba y otras lo hacía Marcos, pero la estrategia de ambos no se había movido ni un ápice. Ella seguía haciendo periodismo y él, espectáculo. Las consecuencias de la forma de trabajar de cada uno tampoco habían cambiado. Ella continuaba en la cuerda floja y su puesto peligraba y él, amenazado por el padre de Olivia. Marcos ya había sufrido amenazas otras veces y no era algo que le preocupara excesivamente. Nadie las cumplía, la mayoría de las personas que le insultaban eran cobardes que se valían del anonimato que dan las redes sociales para desfogarse con un presentador famoso. Pero había algo en su interior que le decía que tras la intimidación de Ricardo Carrasco había algo diferente. Le había llamado directamente a su teléfono, no se escondía detrás de un nombre falso y estaba realmente dolido por la muerte de su hija. Lo que más le preocupaba a Marcos era que Ricardo no le había amenazado con hacerle daño a él sino a Daniela, y eso no podía permitirlo. Creyó que lo más conveniente era informar a Diana, al fin y al cabo era ella la que vivía con su hija y la que debería de extremar las precauciones. No se habían visto desde que ella le pidió que se fuera de casa. Ni siquiera habían vuelto a hablar.

Cuando la llamó por teléfono para quedar con ella, estaba nervioso. Antes de marcar estuvo un rato pensando qué le iba a decir y cómo. Diana también se quedó sorprendida cuando en su móvil vio que quien la llamaba era Marcos.

—Hola, Marcos. No esperaba tu llamada. ¿Pasa algo?

—Hola, Diana. Necesito hablar contigo. ¿Cuándo te viene bien que quedemos?

Diana estaba desconcertada. ¿Marcos necesitaba hablar? Sería la primera vez que necesitara algo de ella. Le notaba preocupado, incluso desesperado, y eso le dio confianza en sí misma. Por un lado, estaba intrigada pero, por otro, creía saber el motivo de esa llamada. Diana pensó que quería volver con ella. Estaría arrepentido, se habría dado cuenta de que había cometido un error. Eso la satisfacía, le producía una sensación de nostalgia y de cariño hacia él que, por primera vez, mostraba sus sentimientos. Aunque también la incomodaba, tenía claro que no cambiaría de opinión. Había tomado una decisión y no pensaba dar marcha atrás. Él había roto la confianza y la relación nunca volvería a ser lo mismo. Aun así, le seguía teniendo cariño. Lo mínimo que podía hacer por él era escucharlo.

—Mañana por la mañana estoy libre. Si quieres quedamos para desayunar.

La noticia de la separación había ocupado todas las portadas de las revistas del papel satinado. Durante días no se había hablado de otra cosa en los programas de la crónica social. Salvo en aquellos en los que Marcos tenía a algún amigo que lo defendía, la mayoría no le dejaba en muy buen lugar. Lo tacharon de mujeriego, de no tener escrúpulos, de no respetar a nadie, de pensar solo en sí mismo, y además publicaron la relación extramatrimonial que mantenía con la abogada Leticia Romero, lo que hizo que ese noviazgo saltara por los aires.

Cuando ambos llegaron a la cafetería donde habían quedado, se convirtieron el centro de todas las miradas. El establecimiento entero sabía que estaban separados. Todos los clientes conocían sus vidas, sus problemas, las infidelidades y ahora estaban presenciando en vivo y en directo un episodio más de ese culebrón. El local se empezó a llenar de curiosos, los que ya estaban consumiendo volvieron a desayunar por segunda vez. La barra estaba atestada de personas que pedían zumos, cruasanes y cafés, aunque estraran tarde al trabajo. A los pocos minutos llegaron varios coches de periodistas que esperaban a las puertas de la cafetería con las cámaras encendidas para inmortalizar, lo que algunos ya aventuraban a afirmar, la segunda oportunidad del matrimonio. Diferentes magacines de la mañana

conectaron en directo con los reporteros que esperaban en la calle a que salieran los presentadores. Ajenos a todo el espectáculo que se había formado en torno a ellos, Diana y Marcos intentaban mantener una conversación que poco tenía que ver con lo que se especulaba a su alrededor. Solo al principio, nada más verse, hubo un rescoldo del amor que los unió. Por un momento prendió una llama tímida de las ascuas, pero nadie sopló para que se mantuviera viva. Ella sintió un cosquilleo en el estómago, como unas golondrinas revoloteando, aleteos de nervios, de nostalgia, de cariño y también, por qué no, de deseo. Pero no era el mismo aleteo que sintió el primer día que vio a Marcos en la redacción del programa de Rosa Olmedo. Entonces las golondrinas que notó en el estómago eran diferentes, esas eran de ilusión, de amor, de futuro. Tenía razón Bécquer, esas no volverán.

Lo único que les unía ahora era Daniela, y corría peligro. Diana estaba tremendamente enfurecida. Nunca le había gustado la forma de trabajar de Marcos, se lo había recriminado muchas veces, pero en esta ocasión había llegado demasiado lejos. Esta vez afectaba a su familia, a la persona más importante de su vida.

—Tu falta de escrúpulos ha puesto en peligro a Daniela y, si le pasara algo, jamás te lo perdonaré.

—A Daniela no le va a pasar nada. Confía en mí.

—Claro que no confío en ti. Ahora mismo voy a llamar a José Luis para informarle. Te aseguro que confío mil veces más en él para que mi hija esté a salvo.

José Luis del Valle era el director general de la Policía Nacional. Diana tenía un contacto muy fluido con él desde hacía varios años. Al igual que con Juan José Maldonado, de la Guardia Civil, ambos se utilizaban para sus respectivos trabajos, aunque esta vez el favor sería personal.

—No metas a la Policía en esto, esa gente no sabe tener la boca cerrada. Al final se filtrará a los medios y pondrán a Daniela en el punto de mira.

—Eso es lo único que te preocupa, que se filtre a los medios y no ser tú quien dé la exclusiva.

—Diana, me estás haciendo creer que no ha sido una buena idea contártelo. Y haz el favor de no subir la voz, todo el mundo nos mira.

—No te preocupes, no hay mucho más de qué hablar.

En cuanto se levantó Diana para marcharse, Marcos hizo lo mismo para no escenificar delante de periodistas y curiosos el enfado que ambos tenían. Los dos salieron juntos por la puerta agarrados del brazo como si entre ellos existiera una buena relación. En cuanto pisaron la calle, numerosos reporteros

se arremolinaron en torno a la pareja repitiendo preguntas atropelladas. De fondo se oían los disparos de las cámaras fotográficas, y las luces de las antorchas de las cámaras y los flashes, a pesar de ser de día, cegaban a los dos.

—¿Os habéis dado una segunda oportunidad?

—¿Podemos hablar de reconciliación?

—Se os ve muy acaramelados. Enhorabuena. Al final triunfa el amor, ¿verdad, Diana?

Los periodistas no sabían cómo formular las preguntas para que alguno de los dos dijera algo. Unos hacían las preguntas directas, otros intentaban empatizar con la pareja y ganarse así su confianza, pero no hubo manera. Ninguno de los dos respondió a ninguna pregunta. Diana comprendía el trabajo de sus compañeros, sabía lo difícil que era esperar al famoso de turno para sacarle alguna palabra, pero no tenía las respuestas que ellos querían escuchar. No había habido ninguna reconciliación. El tema era mucho más serio y, desde luego, no lo iba a contar allí, en medio de la calle, a los reporteros, que, lejos de ayudar, solo podían empeorar más la situación. Uno de los magacines de la mañana que daba noticias del corazón había conectado en directo con su reportero para escuchar en ese mismo momento a la pareja. Ante el silencio de los protagonistas, el director no paraba de presionar por el pinganillo al chaval para que les sacara a los presentadores alguna palabra. El reportero estaba muy nervioso, sabía que su trabajo podría depender de una pregunta. Y, avergonzado, la hizo.

—¿Marcos, te arrepientes de haber sido infiel? ¿Has roto ya con Leticia Romero antes de hablar con Diana?

Marcos se paró en seco, se dio la vuelta y clavó su mirada en el periodista. Le hubiera gustado contestarle, insultarlo e incluso golpearlo, pero Diana tiró disimuladamente de su brazo y le susurró al oído que siguiera adelante, que no cayera en la provocación.

Esta vez, sí, Marcos le hizo caso a su mujer y continuó adelante. A tan solo unos pasos, junto a dos coches con la puerta trasera abierta, les esperaban sus respectivos chóferes. Cada uno se metió en su vehículo y se alejaron del lugar. El reportero no había conseguido ninguna contestación. Estaba preocupado, no sabía lo que le diría su director. Salió de dudas enseguida. Lo que había conseguido fue una reacción de Marcos casi agresiva que daba pie a que los colaboradores del magacín le sacaran jugo durante medio programa.

—¡Felicidades! Has hecho un gran trabajo. Puedes estar contento.

Las palabras del director le tranquilizaron, pero el chaval no se sentía orgulloso.

23. CASO CERRADO

La Guardia Civil no tardó mucho en detener a los autores materiales de la muerte de Olivia. La escena del crimen estaba llena de vestigios que facilitaba el trabajo. Osvaldo y César eran dos matones que hacía dos años se habían introducido en el mundo del narcotráfico. Ambos rondaban los cuarenta años y habían hecho de todo. Sus cuerpos musculados les habían servido para trabajar como porteros de discoteca cuando eran más jóvenes.

El mundo de la noche les puso en contacto con numerosas personas que ganaban dinero haciendo equilibrios en el filo de la ley. Así fue como pasaron de custodiar las puertas de las discotecas a reventar los cristales de los escaparates con una de las bandas de aluniceros más activas de Madrid. El botín que se repartían era bastante suculento pero la ambición les pedía más. Empezaron a trapichear con droga y poco a poco hicieron contactos importantes en el mundo del narcotráfico. Así es como conocieron a Konstantin Petrov, un ruso millonario que blanqueaba con la venta de coches el dinero que ganaba con la venta de cocaína. Alguien muy peligroso que valoraba mucho menos la vida de una persona que unos cuantos gramos del polvo blanco. El ruso les pagaba grandísimas cantidades de dinero para robar la droga a otras bandas de narcotraficantes, lo que en el argot del contrabando se denomina como «vuelco». Es, sin duda, una actividad muy complicada porque no solo tienes que esquivar a la Policía, sino a las bandas rivales. Tanto Osvaldo como César tenían claro que si les capturaban, lo mejor era que lo hiciera la Policía, por lo menos seguirían con vida. Y eso es lo que les pasó con el encargo que les hizo el ruso de secuestrar y matar a Olivia Carrasco. Los planes se cumplían según lo previsto.

Llevaban varios días merodeando por la casa de vacaciones de la joven y no desaprovecharon el momento en el que la vieron caminar sola para introducirla en la furgoneta. Olivia iba llorando, afligida, humillada. Osvaldo paró el vehículo a su lado y César se encargó de cogerla para meterla en la parte trasera de la furgoneta. Fue mucho más sencillo de lo que imaginaban.

La joven no puso ninguna resistencia, su cuerpo estaba allí pero su mente era una nube de confusión, indignación y asco. Acababa de ser violada por su propio novio, nada de lo que le pasara podría ser peor. Evidentemente, se equivocaba.

Utilizaron una vieja nave industrial en la que Osvaldo, muchos años atrás, había trabajado como repartidor. Olivia ya había empezado a comprender la situación, había sido víctima de un secuestro y estaba aterrorizada, ni siquiera se acordaba de lo que Borja le había hecho hacía unas horas. Los captores la habían amordazado y atado en una habitación en ruinas.

Konstantin les había ordenado mantener a Olivia con vida. Ninguno de los dos había matado antes a una persona. Osvaldo estuvo a punto una noche al propinarle un puñetazo a un cliente que quería entrar en la discoteca borracho. El golpe fue tan grande que le dejó en coma dos semanas. Desde que habían pasado al mundo de la delincuencia torturaron a otros camellos sin tener ningún remordimiento, pero este caso era diferente. Habían secuestrado a una chica joven e inocente y no sabían si podrían llegar hasta el final. No tardaron en darse cuenta de que, a pesar de los sollozos y súplicas de Olivia, no les afectaba lo más mínimo el sufrimiento de esa chica. Ni siquiera cuando, cumpliendo las órdenes de Konstantin, le cortaron uno de sus dedos para mandárselo a Marcos Ro. Por suerte, Olivia se desmayó rápidamente del dolor, porque los gritos ahogados por la mordaza estaban siendo insoportables.

Sabían que tarde o temprano acabarían matando a esa chica. Solo esperaban la llamada del ruso para indicarles cuándo y cómo tenían que hacerlo. Deseaban terminar ya, estaban cansados de esa situación. Querían dejar esa nave inmunda y volver a la rutina. Cuando se produjo la llamada, las órdenes fueron muy claras. Tenían que decapitar a Olivia, enviar la cabeza a Marcos Ro y quemar la nave para borrar todas las huellas. Echaron a suertes el cometido de cada uno. César maldijo el sorteo. No había tenido suerte y le había tocado lo peor. Tenía que rociarlo todo con gasolina para convertirlo en cenizas, y siempre había tenido pánico al fuego. Osvaldo se encargaría de la parte entretenida. Tenía que cortar la cabeza a la chica, embalarla y enviarla. En más de una ocasión se les pasó por la cabeza mantener sexo con ella. A ellos les apetecía y pensaban que a Olivia le vendría bien para soltar la tensión. Finalmente no se atrevieron porque Konstantin les había dejado muy claro las directrices y todo lo que fuera excederse o salirse del camino marcado por el ruso podría traer unas consecuencias que lamentarían el resto de sus vidas. Nada más recibir la orden del ruso, Osvaldo cargó la Glock,

entró en la estancia en la que Olivia permanecía atada y, sin mediar palabra, sin que a la chica le diera tiempo a pensar por qué su captor entraba armado, le puso la pistola cerca de la sien y disparó. Murió en el acto. Osvaldo terminó de realizar su plan con un hacha, solo le quedaba bajar al pueblo para enviar la caja, pero entonces entró César en la habitación apresurado.

—Shhhhh. No hagas ruido. Tenemos que salir de aquí sin que nos vean — le dijo, medio susurrando y con la cara desencajada.

—¿Qué dices? ¿Qué te pasa? Tenemos que terminar esto si no queremos tener problemas con Konstantin.

—Los problemas los tendremos ahora si no nos vamos. Acabo de ver dos coches de la banda del Lucho.

—¿Quién cojones es ese? —le preguntó Osvaldo, todavía con los restos de salpicadura de la sangre de Olivia en la cara.

—¿No te acuerdas de él? Pues seguro que Lucho sí se acuerda de ti. A estos les quitamos hace cinco meses cien kilos de coca y no creo que vengan a pedirnos por favor que se las devolvamos. O salimos echando hostias, o esto se va a convertir en una batalla campal.

—¡Joder! ¿Y qué hacemos con esto?

—Nada. Déjalo todo como está. En cuanto registren el sitio y vean el cadáver se irán derrapando. No creo que quieran comerse ellos el marrón.

—Un momento. Voy a escribir el mensaje que nos dio Konstantin. Si al final no podemos volver para terminar el plan, que por lo menos haya servido de algo todo esto.

No le costó demasiado a Osvaldo escribir en la pared el mensaje, había tinta roja por todas partes.

Lograron huir del lugar sin que Lucho y su banda les vieran, pero, tal y como había presagiado Osvaldo, no pudieron volver a la nave para terminar el plan. Esa misma noche una pareja de novios había dado la voz de alarma al ver la macabra imagen.

Una vez detenidos por la Guardia Civil, era cuestión de unir unas cuantas piezas del puzzle para dar con el inductor del crimen. Osvaldo y César no tenían escapatoria, había una gran cantidad de pruebas que los inculpaba. Acabaron reconociendo el crimen, pero la confesión no les iba a rebajar mucho la pena. Detención ilegal, tenencia ilícita de armas y asesinato eran delitos lo suficientemente graves como para que estuvieran en la cárcel mucho tiempo. Lo complicado era llegar a Konstantin. El juez dictó una euroorden de detención que se sumaba a otras peticiones de entrega que habían firmado jueces de diferentes países. El ruso llevaba muchos años

moviendo los hilos del narcotráfico y la trata de personas desde un lugar desconocido. Muchos pensaban que su escondite estaba en Serbia, donde estaba fuertemente protegido por el propio Gobierno. El asesinato teledirigido de Olivia era uno más en su largo historial y a la Policía española no le quedaba otro remedio que abocarse a la impotencia de ver cómo, una vez más, Konstantin el ruso quedaría impune.

Cuando Diana le expuso la situación a José Luis del Valle, el director general de la Policía Nacional la tranquilizó. Casi la totalidad de las amenazas de ese tipo no llegaban a materializarse y la detención de los dos asesinos habría aplacado un poco la sed de venganza de Ricardo Carrasco. Aun así, le prometió que vigilaría al empresario por si realizaba algún movimiento extraño. A Diana le serenaron mucho las palabras de José Luis. El tiempo le fue dando la razón. Los meses iban pasando y no parecía que Daniela pudiera estar en peligro. Diana bajó la guardia y ya no era tan proteccionista con su hija. La Policía también dejó de vigilar a Ricardo. Sin embargo, Marcos sabía de primera mano que nada había cambiado. El mismo día que se dio a conocer la detención de Osvaldo y César le llamó por teléfono Ricardo.

—Han detenido a dos desalmados y espero que pasen mucho tiempo entre rejas. Ahora quedan otros dos libres que, tarde o temprano, pagarán, y uno de ellos es fácil de localizar.

Era la segunda vez que Ricardo lo amenazaba, pero esta vez no se lo tomó tan en serio. Le pareció incluso ridícula la llamada y ni siquiera se dignó a contestarle. Directamente le colgó el teléfono. Enseguida se arrepintió. Tal vez hubiera sido mejor seguirle el rollo. Darle la satisfacción de que tenía la sartén por el mango. Era lo menos que podía hacer con alguien que le culpaba de haber matado a su hija. Despreciarle podría enfurecerle más y obligarle a cumplir su amenaza. Estuvo a punto de devolverle la llamada y decirle que se había cortado, pero le dio pereza; prefirió seguir con su vida y no darle más importancia a Ricardo Carrasco. El programa ya no trataba el caso de Olivia, ya no había noticias al respecto y la audiencia se había cansado del tema. Era el momento de pasar página definitivamente.

Marcos siempre esperaba hasta que habían salido prácticamente todos los niños del colegio y se habían marchado con sus padres. Cuando ya casi no quedaba nadie se bajaba del coche para recoger a Daniela, que ya estaba acostumbrada a esperar más de la cuenta. Ya le había explicado Marcos que si la recogía al mismo tiempo que lo hacían los padres y las madres de sus compañeras, tenía que hacerse un montón de fotos, firmar muchos autógrafos

y dar demasiados besos, lo que hacía que al final tardaran más en salir que si esperaba a que la recogiese la última, cuando ya se había ido casi todo el mundo. Daniela tenía ya diez años y era una niña muy inteligente que había madurado con rapidez desde que sus padres se separaron. Marcos la recogía del colegio dos semanas al mes y la mayoría de las veces se la llevaba a casa directamente. Pero esa vez a Daniela se le antojaron unos churros para merendar y Marcos quiso complacerla, a pesar de que no le gustaba acudir a lugares públicos masificados. Pensó que había cambiado mucho. Recordó cuando le hacía ilusión que la gente le reconociera por la calle. Le encantaba firmar autógrafos, se sentía orgulloso cuando le pedían hacerse una foto. Ahora preferiría no ser famoso, poder ir con su hija a merendar sin que nadie les interrumpiese para decirle que le gustaba su programa. Quisiera ser invisible para el resto de los clientes de la cafetería y dedicarse exclusivamente a hablar con su pequeña.

Antes de que la camarera les sirviera las dos raciones de churros, Daniela ya le había contado con pelos y señales todo lo que había hecho en el cole desde las nueve de la mañana, que había entrado, hasta que la había recogido. Le cantó la canción que estaba de moda y que sus amigas y ella entonaban en el recreo y le confesó lo mal que le caía un niño que quizás era el que le gustaba. Marcos no había abierto todavía la boca cuando Daniela se acordó de algo que había ocurrido en el patio.

—Estaba cambiando los cromos con Irene y ha venido un hombre que me ha dicho que era el profesor de educación y que me tenía que dar dos lecciones. Esa materia no existe, ¿verdad, papá?

A Marcos se le desencajó la cara.

—No, claro que no existe. ¿Qué dos lecciones te ha dado?

—La primera que cuando me den un mensaje para otra persona hay que enviarlo inmediatamente y la segunda lección era que no hay que colgar nunca el teléfono a nadie. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan serio?

—No me pasa nada, hija. ¿Y qué más te ha dicho?

—Nada. Me ha dicho: «Adiós, Daniela», y se ha ido. Irene y yo nos hemos reído un montón porque era muy raro ese tío.

En ese momento una señora que llevaba varios minutos mirando a Marcos desde la mesa de al lado se llenó de valor para levantarse y decirle:

—Tú eres el de la tele, ¿verdad? Es que no veo tu programa pero el otro día estaba zapeando y te vi. ¡Anda, levántate y échate una foto conmigo, que se la voy a mandar ahora mismo a Paqui, que se va a morir de envidia!

La mujer le cogió el brazo, pero Marcos tiró fuertemente para zafarse. La tensión que le produjo lo que le había contado su hija la descargó increpando a la mujer:

—¡Déjeme en paz, señora! ¿No ve que estoy tranquilamente hablando con mi hija? Me importa una mierda si ve o no mi programa, como también me importa una mierda si a Paqui le da o no envidia. No me voy a hacer una foto con nadie porque quiero estar merendando con mi hija con calma. ¡Así que váyase y déjenos tranquilos!

La mujer, como el resto del local, se quedó tremendamente sorprendida y, farfullando, se fue a su sitio avergonzada. Marcos había cumplido su deseo a medias. No se había vuelto invisible para el resto de los clientes, pero consiguió que nadie más le molestara.

Le dijo a Daniela que no le contara a nadie lo de aquel señor y, en cuanto la dejó en casa de Diana, llamó a Ricardo Carrasco.

—¡Vaya! Ahora eres tú el que me llamas. ¿Qué te parecería si te colgara el teléfono?

—Como vuelvas a acercarte a mi hija, yo mismo te haré lo que le hicieron a Olivia.

—¿De verdad crees que he visitado yo personalmente a Daniela? Tengo gente para ese tipo de trabajos. No deberías amenazarme, yo no tengo ya nada que perder. Ahora que parece que ya me tomas en serio, ven mañana a mi despacho para ver cómo podemos solucionar este asunto. Te llamará mi secretaria en un rato para concertar la cita. Hasta mañana.

Esta vez fue Ricardo quien colgó el teléfono sin esperar contestación.

A los pocos minutos llamó la secretaria de Ricardo.

—Buenas tardes. Me dice el señor Carrasco que usted quiere darle una información importante. Le esperamos mañana a las doce.

—Está bien, allí estaré.

No había entendido muy bien qué quería decir la secretaria con que tenía que darle una información, pero prefirió no preguntar nada y esperar al día siguiente. La vida de su hija seguía en peligro y tenía que zanjar ese asunto cuanto antes. Estaba dispuesto a todo con tal de proteger a Daniela.

24. LA MUERTE

Esa noche Marcos casi no pudo dormir. No paraba de darle vueltas a lo que le había contado Daniela. Pensaba que las amenazas de Ricardo Carrasco se quedarían en nada, como las muchas que había recibido a lo largo de su carrera, ni una sola se había materializado. Pero esta vez era diferente, él no era el objetivo, lo era su hija y un extraño había estado en el colegio, conocía su nombre, se había acercado a ella y le había dado un mensaje. Le preocupaba la reunión con el empresario. No sabía por dónde le iba a salir. Había demostrado que le culpaba realmente de la muerte de Olivia y le guardaba rencor. Parecía estar dispuesto a todo, pero no podía faltar a la cita. Daría la vida por la de Daniela si fuera necesario, aunque esperaba no tener que llegar tan lejos. Hacía tiempo que Marcos andaba con pies de plomo, tenía miedo a las filtraciones a la prensa, así que actuaba siempre con mucha discreción. No le dijo nada a nadie sobre la reunión con Ricardo, ni siquiera a su chófer. Prefirió acudir por su cuenta, conduciendo él mismo. No era la primera vez que lo hacía, le gustaba conducir, le relajaba, le recordaba a su juventud, cuando estaba lleno de ilusiones. Entonces soñaba con ser una estrella, millonario, famoso, tener una mansión, chófer y personal de servicio. Ahora que lo había conseguido todo, deseaba ser una persona normal, anónimo, con una familia unida y, por supuesto, tener chófer le tenía sin cuidado.

Bajó al sótano comunitario de su edificio, abrió la puerta cortafuegos que separa el descansillo del *parking*, sacó las llaves del Mercedes deportivo que se había comprado hacía tres meses, apretó el botón de apertura del mando a distancia y, cuando iba a abrir la puerta, notó que alguien le llamaba la atención dando un par de golpecitos en su hombro derecho. Nada más girarse sintió una especie de frío en su abdomen que le dejó sin respiración. Marcos intentó separarse de él pero no pudo, algo se lo impedía. Estaba unido a ese desconocido precisamente por el abdomen, pero ahora el frío se había transformado en un dolor muy intenso. Agachó la cabeza para ver qué era lo

que le impedía despegarse de ese hombre y se dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

La mano derecha de aquella persona estaba pegada a su tripa, intentó separarla pero no tenía fuerza. Agarró con sus dos manos el puño del desconocido e hizo un gran esfuerzo para quitárselo de encima. Logró separarlo unos centímetros y comprobó que lo que le impedía moverse era la hoja de un chuchillo que tenía dentro. Vio cómo la sangre la salía a borbotones cuando el desconocido sacó el cuchillo y se lo volvió a clavar un poco más arriba. Le volvieron a fallar las fuerzas, esta vez ni siquiera le valieron para mantenerse en pie, tuvo que apoyar su espalda en el coche para no caer al suelo. En ese momento logró descansar, sabía que le había llegado la muerte por sorpresa.

Dejó de esforzarse por vivir, no tenía fuerza y ya no le dolía nada. Entonces empezó a recordar, los sentimientos se apoderaron de él. Se acordó de Daniela, de que la quería con locura. Se arrepintió de no haber estado todos los días con ella y se moría por darle un beso y decirle lo mucho que la quería. Pensó en su exmujer cuando era su pareja. Por un momento se volvió a enamorar de ella. Le hubiera gustado besarla en ese instante y decirle que la quería. También se acordó de Olivia, no la conocía pero sentía que le había fallado, sabía que por su culpa había muerto. Se merecía lo que le estaba pasando por lo que hizo. No le quedaba mucho para reunirse con ella, para tenerla cara a cara. Le daría explicaciones y, por supuesto, le pediría perdón.

La culpa que había invadido a Marcos se transformó en tristeza. Sabía que todo se acababa en ese momento y le daba pena. Quería seguir viviendo un poco más pero no podía. Tenía frío a pesar de que estaba sudando. En su cara se mezclaba el sudor con las lágrimas y en el vientre, la sangre con la rabia. Comenzó a sentir odio hacia la persona que tenía delante, quien le arrebatava la vida. No le conocía de nada, jamás le había visto y en apenas unos segundos se había convertido en la segunda persona más importante de su vida. La primera fue su madre, quien le parió, le protegió, le aconsejó y le apoyó en todo lo que hizo; y después, este individuo que le quita esa vida tan preciada de lucha y de esfuerzo, de un plumazo.

Marcos nunca había pensado en su propia muerte, ni se le había pasado por la mente que acabaría siendo asesinado. De haberlo hecho, describiría a su verdugo como al malo de una película de Hitchcock, o se hubiera imaginado a Jack Nicholson metiendo la cara en un agujero que hubiese hecho en la puerta con un hacha, o a Anthony Hopkins abriendo la boca para comerle los sesos mientras escuchara música clásica. Aunque si de verdad

hubiera podido elegir su asesinato, Marcos hubiera preferido a Sharon Stone clavándole un picador de hielo después de haber echado el polvo del siglo. Sin embargo, no había nada de cinematográfico en su muerte, la realidad era otra bien distinta. Su vida acababa en el garaje del piso de soltero. Marcos supo que quien le estaba asesinando era un hombre que no le llegaba a la suela de los zapatos, un paleta que no había conseguido nada en la vida. Un perdedor al que seguro que le habrían pagado mucho menos de lo que le podía haber pagado él para que le dejara con vida.

Pensó en que abrirían los informativos con su muerte. Los periódicos y los digitales lo llevarían en la portada. Escribirían un titular llamativo pero seguramente edulcorado: «Marcos Ro asesinado por arma blanca».

Se dio cuenta de lo ridículo que eran los periodistas utilizando eufemismos. En un asesinato nada es blanco. El cuchillo enseguida se tiñó de rojo y las uñas de la mano que lo empuñaba estaban negras. Darían datos del asesino, su nombre, su estatura, su complexión, pero jamás contarían que sus ojos estaban vacíos, que no había odio, solo indiferencia. Que ese día no se había afeitado, que ni siquiera se había peinado para poder matarlo sin despeinarse. Nunca dirían que el tío era feo y que le olía el aliento. Marcos comprobó que la realidad es mucho más dura, no es tan romántica como en el cine. Mientras exhalaba su último aliento, no sonaba ninguna música, ni salían las letras del *casting* a la vez que el plano se elevaba como si alguien le grabara desde el cielo. Lo único bueno de ese momento es que ya no sentía dolor, solo notaba cansancio y ganas de dormir. Y entonces cerró los ojos y ya no los volvió a abrir más.

—Emergencias 112. Dígame.

—Hola. Eeehh, mire. ¡Vengan rápidamente porque hay un hombre que se está muriendo aquí mismo, en el garaje de mi casa, eh!

El vecino que hizo saltar las alarmas estaba muy nervioso cuando llamó al teléfono de emergencias. Le parecía imposible ver así a Marcos, el famoso presentador del ático, con el que tantas veces había coincidido en el ascensor. El operador del 112 le hizo unas cuantas preguntas acerca del estado del herido y envió una ambulancia y a la Policía. Cuando llegaron los sanitarios, Marcos ya estaba muerto y de nada sirvieron las maniobras de reanimación. Había claros indicios de que la muerte había sido violenta, así que enseguida se acordonó la zona para no contaminar lo que se acababa de convertir en la escena de un crimen. Antes de que apareciera la Policía Científica y el juez para el levantamiento del cadáver, la calle se había llenado de periodistas. No

se había confirmado todavía la identidad del fallecido, pero ya se rumoreaba por las redacciones de que podía tratarse de Marcos Ro.

La carrera por ser el primero en dar la noticia hizo que muchos medios no contaran al principio lo que realmente estaba pasando.

«Marcos Ro muere de un infarto en la puerta de su casa». «El famoso presentador de *La huella* ha muerto atropellado en el *parking* de su casa». «Marcos Ro ha sido asesinado». «Han hallado muerto a Marcos Ro en su piso de soltero». «Se investiga un posible suicidio».

Los primeros minutos dieron lugar a titulares de lo más variopinto. Todas las televisiones, radios y digitales se habían hecho eco de la noticia. Los magazines de la mañana modificaron la escaleta que habían preparado para conectar en directo con los reporteros que se desplazaron al portal de Marcos. Poco a poco la noticia ya se iba ajustando más a la realidad. «Marcos Ro había muerto por arma blanca». Al presentador le faltaba el reloj, la cartera y el dinero, así que la hipótesis que barajaba en ese momento la Policía era que había sido asaltado por una o varias personas con ánimo de robarle y que, tras un forcejeo, el ladrón le habría clavado un cuchillo de grandes dimensiones, produciéndole un *shock* hipovolémico que le causó la muerte.

Diana estaba en casa cuando recibió la llamada de José Luis del Valle, el director de la Policía Nacional, para confirmarle lo que ya le había adelantado Braulio Sabatini: que su marido había sido asesinado.

—Te prometo que vamos a hacer todo lo posible para dar con su asesino, Diana. Aunque sería bueno para nosotros que no se convierta esto en un circo. No ha hecho más que saltar la noticia y la presión mediática ya está siendo insoportable.

Diana estaba destrozada, todos los crímenes que trataba en su programa no le habían hecho el callo suficiente como para afrontar un suceso que le tocaba tan de cerca. Aun así, sacó fuerzas de donde no las tenía para sobreponerse e intentar actuar con profesionalidad ante el director de la Policía Nacional.

—Yo no seré un problema en ese aspecto. De todas formas, deberíamos vernos, tengo información que podría ayudaros a identificar al asesino. No creo que haya sido un simple robo.

Diana no tardó mucho en reunirse con los investigadores para conocer de primera mano las sospechas de la policía. La hipótesis del robo era la que más fuerza tenía, pero no habían descartado ninguna línea de investigación. Marcos Ro se había creado muchos enemigos a lo largo de su carrera y, sin

duda, uno de los más peligrosos era Ricardo Carrasco. Su hija había muerto precisamente por sus contactos con la mafia rusa y culpaba de la muerte de Olivia al presentador. José Luis del Valle le aseguró que investigarían al empresario antes de pedirle que no contara nada en su programa de las amenazas del empresario hacia Daniela. El ruido mediático podría entorpecer la investigación.

Ricardo Carrasco actuó con total serenidad cuando la Policía acudió a su despacho para interrogarlo. Reconoció que tenía inquina a Marcos Ro y que no iba a soltar ni una lágrima por su muerte, pero negó tajantemente que tuviera alguna implicación en el asesinato.

—Precisamente tenía una reunión con él hoy mismo. Habíamos quedado para aclarar las cosas y limar asperezas. Pensaba proponerle un trato. Quería que utilizara su influencia en su cadena de televisión para poder publicitar mi empresa a un precio asequible. Me debía una y por lo menos yo podría sacar un rédito de todo esto.

La coartada no tenía fisuras, la secretaria les dio el informe de viabilidad que había elaborado el departamento de *marketing* de Dalecars para iniciar una campaña de publicidad en televisión y les confirmó que había citado ese mismo día a Marcos Ro para reunirse con su jefe. No tenía mucho sentido que Ricardo Carrasco quisiera hacer negocios con Marcos y lo matara antes de empezar, pero no descartaron del todo su vinculación con el asunto.

Siguiendo la hoja de ruta de cualquier investigación, la Policía investigó el entorno más cercano de Marcos, incluyendo a Diana. A nadie se le escapaba que la relación entre ambos no era buena, pero todas las pesquisas daban a una vía muerta. Los compañeros de programa e incluso la competencia también fueron inspeccionados. Cuando decidieron hablar con Braulio Sabatini, el dueño de la BST, cadena de televisión que competía con Marcos, José Luis del Valle entendió que tenía que ser él quien se reuniera con el magnate.

El señor Sabatini se hizo el ofendido, aunque entendía que era una rutina obligada por parte de la Policía atar todos los cabos.

—Es una lástima lo que ha ocurrido con este chaval. Tenía todavía una larga carrera por delante. Sin ir más lejos, yo mismo le abrí las puertas de esta casa. Confío en su discreción y que lo que le voy a contar no salga de aquí. Ante los grandes datos de audiencia que estaba cosechando en su programa, le hice una oferta escandalosa que pensaba que nadie en sus cabales podría rechazar, pero, a pesar de todo lo que se ha dicho de Marcos Ro, me demostró que todavía hay personas que merecen la pena.

—No es de mi incumbencia, ni de interés para la investigación, sin embargo, ya que es usted quien me lo cuenta *motu proprio*, me gustaría saber por qué Marcos rechazó la oferta.

Diana le había contado a José Luis que llevaba meses preocupada por su posible destitución al frente del programa y que la cadena buscaba un sustituto. Quería saber qué había pasado con esa negociación para poder quitarle un peso de encima a Diana.

—Me agradeció mucho la confianza que había depositado en él, pero me dijo que no quería ocupar el lugar de Diana. Que, aunque estuvieran separados, era la madre de su hija y la mujer más importante de su vida y que nunca la perjudicaría.

—¿Sigue pensando sustituir a Diana?

—No, ya no. Con la muerte de Marcos Ro, no hay nadie que pueda hacerle sombra.

—¡Vaya! La muerte del presentador le va a beneficiar. Se ha quedado sin competencia. Me está dando un móvil para matar a Marcos Ro.

—Pueden investigarme todo lo que quieran —respondió muy seguro de sí mismo el magnate mientras esbozaba una amplia sonrisa.

Al mismo tiempo que el director de la Policía Nacional se reunía con el director de la BST, Ricardo Carrasco estaba en su despacho con la persona que había visto morir a Marcos Ro después de clavarle dos veces un cuchillo. Con la misma mano que había arrebatado la vida al presentador, cogía el sobre que le había preparado el empresario con veinticinco mil euros en el interior. Al estirar el brazo dejó ver un Rolex de oro que no cuadraba con el aspecto y vestimenta de aquel hombre. A Ricardo no le pasó desapercibido:

—Estoy seguro de que con este dinero podrás comprarte un reloj. Así no tendrás que llevar en tu muñeca la prueba de un asesinato. Me dijeron que eras un buen profesional.

—Tranquilo, jefe. Sé lo que hago.

No hubo apretón de manos, ni un gracias, ni siquiera un hasta luego. Se metió el sobre en el bolsillo interior del abrigo y se marchó. Cuando dio el portazo, Ricardo se quedó mirando fijamente la puerta. Reflexionó sobre lo que había hecho y se dio cuenta de que no estaba mejor. De que le seguía doliendo de la misma forma la muerte de Olivia, de que ella no volvería, de que no podría darle las buenas noches. El verdadero culpable era Petrov y no había tenido el suficiente valor para ir contra él. Había hecho lo fácil, matar al mensajero, pero eso no le daba ninguna satisfacción. Lo único que había conseguido era matar a una persona y destrozarse una familia. Ahora habría una

madre y un padre, como él, que estarían sufriendo la pérdida de un hijo. Comenzó a llorar, estaba arrepentido, pero ya era tarde.

El día había sido tremendamente largo para Diana, desde que la llamó el señor Sabatini para darle la noticia del triste final de Marcos, no había parado. Se había reunido con José Luis del Valle para intercambiar información acerca del crimen. En esa reunión se enteró de que Marcos había rechazado una gran oferta de la BST para no perjudicarla. Por un lado, no le extrañaba, pero fue una grata sorpresa para ella saber que Marcos la había protegido hasta el final. Ahora le quedaba preparar su programa, no pensaba quedarse en casa llorando mientras agradecía los pésames de toda la gente que la llamaba para interesarse por ella. Tuvo que desconectar el teléfono porque no paraba de sonar para que diera sus primeras impresiones a la prensa. Tenía claro que solo hablaría en su programa, con datos, con información, sin llantos ni amarillismos, como siempre lo había hecho.

Cuando entró en el estudio, solo unos cuantos se atrevieron a darle el pésame, la mayoría se quedaba mirándola sin saber qué decir. Se reunió con su director para ver la escaleta. No iban a hablar de otra cosa durante todo el programa. El director se excusó.

—La dirección de la cadena me ha obligado a que el programa de hoy sea monotema. Es la noticia del día y creen que perderíamos credibilidad si no lo damos. Creo que te han ofrecido la baja para no tener que tratar tú el asunto. Desde luego, te entendería perfectamente si prefieres que te sustituya alguien esta noche.

—De eso nada. La presentadora del programa soy yo y esta noche no voy a dar la espalda a los espectadores. La gente quiere saber y yo se lo voy a contar.

Esa noche no habría ningún programa en la competencia informando de sucesos. Cadena Nacional había decidido cancelar el programa por respeto a Marcos Ro y los directivos prefirieron emitir una película.

—3, 2, 1... Dentro cabecera.

Oía la sintonía de su programa a la vez que su corazón desbocado. Cuando por el rabillo del ojo vio que estaba en imagen, comenzó a hablar.

—Buenas noches, esta mañana han asesinado a mi marido. Esto es *Diana en directo*. ¡Comenzamos!

Diana dio inicio al programa según lo previsto. A esa hora la versión oficial era que Marcos Ro había muerto a manos de un ladrón, pero ella sabía que había otra hipótesis. Estaba convencida de que las casualidades no

existían y de que las amenazas de Ricardo Carrasco estaban relacionadas con la muerte de Marcos. Sin embargo, no había contado nada a su director ni a su guionista de las amenazas, ni de la visita de la Policía al despacho de Ricardo Carrasco. Tenía muy presente la petición de José Luis del Valle de que los medios siguieran hablando del robo para no entorpecer la investigación. Había decidido seguir su código ético y proteger a Marcos. Si contaba que el padre de Olivia le había amenazado, tendría que desvelar el motivo. Tenía que impedir que la gente supiera que Marcos ocultó a la Guardia Civil que la joven estaba secuestrada y con vida, para dar una exclusiva, y que esa decisión le costó la vida a Olivia. No quería ensuciar la memoria de Marcos, al fin y al cabo, era el padre de su hija y hubo un momento en el que el amor entre ambos fue verdadero. Estaba convencida de que lo mejor era seguir el guion establecido.

—Vamos, Diana. Sigue leyendo. ¿Qué te pasa? Estamos en directo.

Diana se había quedado pensativa, callada y el director le intentaba sacar del trance hablándole por el pinganillo. Algo le decía en su interior que no siguiera leyendo el cue, que improvisara, que contara la verdad. La noticia de que Marcos Ro había muerto asesinado por un robo no tenía demasiado recorrido. Que hubiera sido asesinado por venganza llenaría horas y horas de programa y ella tendría las mejores exclusivas. Era el momento de imponerse al resto, de volver a ser la reina. Haría lo que tantas veces le había enseñado Marcos. Contar la verdad era una forma de rendirle un homenaje. Él nunca hubiera dudado, habría contado la noticia que más le hubiese interesado. De repente lo tuvo claro, esa noche tenía que arrasar. Debía mantener su trabajo, luchar por su hija. Quería volver a ser la mejor. Esa noche daría el campanazo. Estaba decidida, iba a contar la verdad. En ese instante se dio cuenta de que el objetivo siempre había sido el mismo: ser... líder de audiencia.